

2011-01-01

Al cuerpo lo que pida

Lucia Sanchez-Llorente

University of Texas at El Paso, llsanchez2@miners.utep.edu

Follow this and additional works at: https://digitalcommons.utep.edu/open_etd

 Part of the [English Language and Literature Commons](#), [Fine Arts Commons](#), and the [Latin American Literature Commons](#)

Recommended Citation

Sanchez-Llorente, Lucia, "Al cuerpo lo que pida" (2011). *Open Access Theses & Dissertations*. 2583.
https://digitalcommons.utep.edu/open_etd/2583

This is brought to you for free and open access by DigitalCommons@UTEP. It has been accepted for inclusion in Open Access Theses & Dissertations by an authorized administrator of DigitalCommons@UTEP. For more information, please contact lweber@utep.edu.

AL CUERPO LO QUE PIDA

LUCÍA SÁNCHEZ LLORENTE

Department of Creative Writing

Approved:

Benjamín Alire Sáenz, Chair

Luis Arturo Ramos

Fernando García, Ph.D.

Patricia Witherspoon, Ph.D.
Dean of the Graduate School

Copyright ©

by

Lucía Sánchez Llorente

May 2011

DEDICATORIA

Para Andrés, Lucía, Michael y Francisco: gracias por su amor, paciencia y consejos.

AL CUERPO LO QUE PIDA

by

LUCÍA SÁNCHEZ LLORENTE

THESIS

Presented to the Faculty of the Graduate School of

The University of Texas at El Paso

in Partial Fulfillment

of the Requirements

for the Degree of

MASTER OF FINE ARTS

Department of Creative Writing

THE UNIVERSITY OF TEXAS AT EL PASO

May 2011

TABLA DE CONTENIDO

Tabla de contenido.....	v
Prefacio.....	1
Bibliografía.....	18
 <i>Al cuerpo lo que pida, capítulos</i>	
1.....	20
2.....	31
3.....	41
4.....	52
5.....	64
6.....	74
7.....	84
8.....	93
9.....	99
10.....	108
11.....	114
12.....	128
13.....	139
14.....	153
Vita.....	157

PREFACIO

MOTIVACIÓN

Si me pidieran una definición de lo que es la novela diría que es el arte literario perteneciente al género de la narrativa, mediante el cual los escritores creamos un mundo de ficción. Es un relato que, a diferencia del cuento, se distingue, casi siempre, por narrar una sola, de manera que también, la novela suele ser, salvo algunas excepciones, más extensa que el cuento. El acto creativo es un ejercicio del pensamiento y la voluntad para liberar la imaginación y transformar nuestros pensamientos en una nueva realidad que, indudablemente, nace a partir de lo que somos, en nuestro tiempo y entorno.

Al cuerpo lo que pida ha sido un proceso de escritura que va al encuentro de las pasiones y los sentimientos humanos que la conforman. Es un trayecto en el que, a veces se transita a toda luz y en otras se va a oscuras, escudriñando el fondo del corazón de los personajes que le dan vida. La meta ha sido mostrarlos en una realidad nueva, diferente a la mía, inventada y en este caso divertida, teniendo siempre en cuenta que no escribo para guardar el manuscrito en el fondo de un cajón, sino que lo hago con la finalidad de crear un mundo vívido, real y verosímil para que merezca ser publicado y leído. Por ende, mi actitud ante el procedimiento creativo ha sido abierta, libre, carente de prejuicios y alejada de mi vida personal. Me propuse no juzgar a los personajes ni imponerles mi criterio.

Lo anterior no fue fácil. Para emancipar la imaginación y poder escribir desinhibida, en un principio, me dejé llevar por algunas ideas que en otras épocas me

hubieran sonado descabelladas, absurdas. Antes de escribir *Al cuerpo lo que pida* trabajé en otro proyecto de novela y no cabe duda de que aprendí mucho, pero tardé un buen tiempo en aceptar que mi empeño por ceñirme a los hechos reales, autobiográficos, le hacía daño al manuscrito, pues no había emoción en los personajes, les faltaba la libertad y les sobraba mi pobre juicio. El diagnóstico de aquellas páginas, tanto por parte de los profesores, como de los compañeros fue enviarla a terapia intensiva. Decidí abandonarla en estado de coma y mientras tanto, el remedio a mi obstinación llegó por medio de un ejercicio corto que exigía dejarme llevar por la imaginación. Consistió en escribir un relato acerca de una artista porno, con cáncer. La única condición impuesta por el profesor fue no juzgarla. Después de redactar esas páginas me percaté de que no sólo era capaz de escribir acerca de cualquier tema, sino de hacerlo bien. Así me libré de la obsesión por buscar anécdotas en mis experiencias personales y quererlas novelar. Luego me di cuenta, conforme avanzaba el proceso creativo de *Al cuerpo lo que pida* que el género de la novela compite con la vida real. Esta revelación constituyó mi máxima motivación. Sin embargo, no fue la única. Coincido con la opinión de Joyce Carol Oates, en *The Faith of a Writer*, cuando advierte a quienes quieren tomarse en serio el oficio de la escritura:

And yet, inspiration and energy and even genius are rarely enough to make 'art': for prose fiction is also a craft, and a craft must be learned... even the writer who will seem to readers and reviewers strikingly original, has probably based his or her prose style and "prose vision" upon significant predecessors. (94)

Indudablemente, para poder encontrar una voz, un tono, un punto de vista y dar la visión de la historia que quiero narrar, cuento con la influencia de otros autores. La lectura crítica y el análisis de otras obras literarias es el respaldo invaluable de los

escritores que toman en serio su oficio. Asimismo, para poder recrear y revelar emociones verosímiles hacen falta la constancia y la entrega a la labor cotidiana de sentarse a escribir. Cada novelista tiene su método, algunos se levantan a las cinco de la mañana, otros se desvelan hasta la madrugada. En mi caso necesito estar a solas y en silencio, sin importar el horario. Sin embargo, lo primordial es no perder el ritmo. Stephen King afirma acerca de la constancia que deben tener los escritores lo siguiente: “Si no escribo a diario empiezan a ponérsese rancios los personajes, con el resultado de que ya no parecen gente real...Empieza a oxidarse el filo narrativo del escritor,...a perder el control y el ritmo de la narración” (*Mientras escribo*, 168). De este autor seguí dos consejos que funcionaron: La puerta cerrada y el tiempo para mi escritura. En *Al cuerpo lo que pida* está el bagaje literario que adquirí dentro y fuera de la academia. Lo que he podido asimilar por medio del hábito de la lectura, a lo largo del tiempo, se conserva en el archivo de mi memoria y es un recurso aprovechable en el momento de la creación literaria.

INFLUENCIAS DE OTROS ESCRITORES

Dentro de las lecturas requeridas en la formación universitaria leí ensayos y novelas que, si hubieran sido optativos, quizá nunca los habría estudiado, en cambio al tenerlo que hacer descubrí que todo, hasta lo que no es de mi agrado sirve para definir un estilo a la hora de escribir. Ejemplo de esto es la novela titulada *Desgracia*, de J.M. Coetzee, cuyo tema, para mí, es deprimente; sin embargo, reconozco que no es fácil mantener a lo largo de la narración un proceso constante de degradación en el personaje, haciendo del suspenso una de las figuras del relato. Coetzee arma a Lurie, el protagonista, con una personalidad sólida, por medio de algunas virtudes opacadas

por dos defectos: obstinación y soberbia, vicios que obstaculizan de manera continua, la oposición de este personaje a tener un proceso de mejoramiento. Lo mismo sucede con mi protagonista, Mercedes Santamaría. Ella es curiosa, impulsiva, apasionada y los resultados de sus decisiones, para bien o para mal, siempre le llegan *a posteriori*, cuando ya no hay remedio. Consecuentemente, la falta de madurez y sus impulsos irreflexivos la hacen caer en un proceso de continuo deterioro, a pesar de que ella, conscientemente, no busca ser desleal hacia Fernando, su marido.

En suma, el hábito de la lectura ha sido, probablemente, el contribuyente más eficaz para que yo escriba *Al cuerpo lo que pida*. Oates, en *The Faith of a Writer*, comenta que en un homenaje a Nelson Algren, el novelista y cineasta John Sayles remarcó que: “the people who influence you aren’t necessarily who you’re going to write like, but the fact of their existence,...opens up a possibility in your mind” (108). Nada es accidental porque lo vivido y leído queda implícito en la creación de mi escritura. Durante dicho proceso, las reflexiones de Marguerite Durás en *Escribir*, me alentaron a: “Escribir a pesar de todo pese a la desesperación. No: con la desesperación...Y sin embargo hay que aceptarlo: estropear el fallo es volver sobre otro libro, un posible otro de ese mismo libro” (31). “A pesar de los pesares mi hijita”, como hubiera afirmado doña Emilia, la abuela de Mercedes, Durás tiene razón, el novelista tiene que ser paciente consigo mismo y no darse por vencido.

TEMA

Al cuerpo lo que pida trata el gastado tópico de la infidelidad hombre/mujer. Durante el proceso de creación me pregunté muchas veces cómo podría escribir

acerca de la deslealtad matrimonial sin caer en clichés y trivialidades. Pensaba en los grandes novelistas que han escrito sobre lo mismo, como Leo Tolstoi en su *Ana Karenina*; y Leopoldo Alas “Clarín” en *La Regenta*. Pero era obvio que no podría escribir como ellos por varias razones: En primer lugar, porque son escritores del siglo XIX y ya mencioné que la novela debe pertenecer a su tiempo y entorno. En segundo lugar, la extensión de dichas obras nada tiene que ver con la mía, la cual no trata de toda una vida, como lo hacen Tolstoi y Alas, sino que sólo muestra un fragmento, de tres semanas, en la vida de Mercedes. Por lo tanto, no intento semejarme a los consagrados, ya que parodiar su clasicismo sería caricaturesco. Sin embargo, por medio de su lectura, el miedo a abordar dicho tema disminuyó. No es lo que dicen Tolstoi o Alas acerca de este tema, sino cómo lo abordan mediante el lenguaje. Concluí que si la novela está bien escrita, su tema puede ser tan viejo como el de la infidelidad del ángel caído contra Dios en el Antiguo Testamento. La fórmula para escribir acerca de la deslealtad está en encontrar el uso del lenguaje literario para abordar ese tema. Tolstoi y “Clarín” fueron cuidadosos en el uso preciso de las palabras y yo me convencí de abordar este tema con el diccionario a mi lado. De esta manera, me propuse cuidar el lenguaje de la novela, vigilando sus rasgos contextuales, según el tenor y el campo que trata cada episodio para no caer en la trivialidad de un libro que se escribe como mero entretenimiento.

REESCRITURA

En la segunda etapa, después de terminar el primer borrador, quedaron atrás los días de libertad creadora para entrar de lleno a fabricar y a organizar bien las ideas. A este respecto Durás afirma que: “El escritor, se convierte, en su propio policía” (*Escribir*, 36). Es decir que uno entra en el proceso de reescritura, lo cual no es una edición, sino “la búsqueda de la forma correcta” (*Escribir*, 36). El proceso es lento, en él volvemos a formular las ideas de manera que se lean claras y no les falte ni les sobre nada. Añade Durás que los buenos escritores, aquellos que de verdad trabajan detallando sus manuscritos logran que sus libros “se incrusten en el pensamiento y hablen del duelo profundo de toda vida, el lugar común de todo pensamiento” (*Escribir*, 36). Empecé con buen ánimo la reescritura y en el proceso me percaté de muchos errores y ajustes que hube de hacer para unir y dar coherencia a esta novela. Aún así, seguramente hay más detalles que cambiar.

Henry James propone en la primera línea de su ensayo, “The Art of Fiction”:
“The only obligation to which in advance we may hold a novel, without incurring the accusation of being arbitrary, is that it be interesting” (*Essential of the Theory of Fiction*, 13). Durás, por su parte, afirma: “No sé qué es un libro. Nadie lo sabe. Pero cuando hay uno, lo sabemos. Y cuando no hay nada, lo sabemos como sabemos que existimos” (*Escribir*, 36). Ante la opinión de los expertos decidí poner todo mi empeño para que la novela funcione. Ahora bien, la diferencia entre James y Durás es que el primero es implacable. En la oración final del ensayo ya citado de James afirma lo siguiente: “...the first lesson of the young novelist is to learn to be worthy of it” (James, 19). No dudo que tenga razón, pero tampoco creo que exista una novela perfecta porque la naturaleza humana no es así. Conuerdo más con la conmisericordia de

Durás: “Cada libro, como cada escritor, tiene un pasaje difícil, insoslayable. Y debe optar por dejar este error en el libro para que siga siendo un verdadero libro, no una falsedad” (Durás, 37). Seguramente, en *Al cuerpo lo que pida* no encontraremos sólo un error, sino varios, pero ya está escrita una historia, porque Mercedes Santamaría, junto con los personajes que la acompañan en sus eventualidades, cobraron vida real en la ficción y, por lo tanto, esta novela debería poder defenderse por sí misma.

LENGUAJE

El esmero en el uso adecuado de las palabras es de importancia primordial para escribir una buena novela y a veces, no es sencillo encontrar las precisas para lo que uno quiere comunicar. Clarice Lispector, en su último libro afirma: “Que nadie se engañe, sólo consigo la simplicidad a través de mucho trabajo” (*La hora de la estrella*, 21). El vocabulario abundante, adquirido a través de la lectura se vuelve imprescindible a la hora de escribir. Aunque tuve cuidado de no caer en repeticiones, seguramente las hay. En este aspecto aprendí mucho a través de los talleres y las observaciones de mis profesores y compañeros; por consiguiente, he tratado de escribir con el lenguaje justo, adecuado al dinamismo, ritmo y fluidez del manuscrito.

Es importante mencionar que si de alguien aprendí a expresar descripciones con instantes vivaces, según el ambiente y estado de ánimo de la protagonista, fue de Hélène Cixous. Como ella, yo también escribo en el hoy, no en el ayer, no en el mañana. Vivo el momento, instante fugaz en el espacio que me envuelve donde las cosas imaginadas vienen hacia mí, las absorbo, las pienso y las transformo en signos. Por medio del pensamiento de Cixous dejé el miedo al “qué dirán” y consentí que Mercedes se expresara con toda sinceridad.

En cuanto a mí, cuando escribo soy instante-amor–palabra. Amor es una actitud puesta en movimiento por la palabra. Los signos que escribo hacen el amor unos con otros; forman el discurso transformando el instante y deteniendo el tiempo. Mi verdadero yo, desposeído, permite a la otredad entrar en escena y que mis palabras hagan el amor al Amor:

Writing: ...with love, loving with writing. ... For Love, the words become loved and read flesh. ... Text: not a detour, but the flesh at work in a labor of love. (Cixous, "*Coming to Writing*", and *Other Essays*, 42)

Escribo y mi piel toca el aire, mi lengua saborea el olor suave del césped recién cortado. Trazo sobre el papel signos que permean el instante en el que, ante mí, desfilan coches, bicicletas y transeúntes haciendo ¡Alto! ante el octágono rojiblanco. Todos prosiguen su camino hacia destinos que desconozco. Al mismo tiempo las hormigas caminan junto a mis pies sobre el cemento. Unas van y otras vienen en continuo devenir, como Mercedes Santamaría que por la playa habla con el viento, degusta las partículas saladas que el calor evapora del mar, le llegan a los labios y se deja llevar por el contacto de otra piel.

DIVISIÓN ESTRUCTURAL

La novela está estructurada en catorce capítulos. Los eventos que suceden en el primero y el último forman un círculo en movimiento que denota la continuidad del tiempo cíclico. Es decir, las secuencias de causa y efecto en los relatos que acontecen del segundo al decimotercer capítulo terminan en el mismo espacio del comienzo: El cementerio. De esta manera se construye el marco de referencia que da unidad a la novela. La circularidad se justifica, además, porque la trama argumental sólo narra uno de los ciclos en la vida de Mercedes Santamaría, es decir que por medio del efecto

circular queda implícito para el lector que el fragmento narrado acerca de las vicisitudes de la protagonista está abierto a distintas posibilidades.

La característica del tiempo circular da mayor verosimilitud al conflicto que tiene Mercedes con ella misma, porque abre la posibilidad a un cambio. Existe la opción de estructurar esta novela en un tiempo lineal, con un principio y un final cerrado, pero perdería credibilidad por dos razones: La primera es que forzaría a Mercedes a optar por una solución definitiva, y por ende, poco natural para un personaje inmaduro que está aprendiendo a vivir como mujer adulta. La segunda es que alteraría el ritmo de la novela y su relación equilibrada con el tiempo en el que suceden los eventos, porque si se estructurara en forma lineal perdería fuerza el carácter impulsivo de la protagonista; en cambio, el recurso circular afirma la recurrencia de su modo de ser. Más aún, las personas suelen presentar un comportamiento que repiten a lo largo de sus vidas y la protagonista no es la excepción; al contrario, todavía no está resuelta a cambiar de actitud, al menos en el ciclo narrado.

Gabriel García Márquez también usa el tiempo circular como marco de referencia en algunos de sus cuentos. “La santa”, de la colección *Doce cuentos peregrinos* es un buen ejemplo porque comienza por el final abierto, en una calle del Trastévere: “Veintidós años después volví a ver a Margarito Duarte” (33). La anécdota principia con el segundo encuentro entre el narrador y Margarito, quien sigue siendo discreto y pertinaz, pues no pierde la esperanza de que algún día canonicen a su hija. Al final del relato el narrador vuelve al mismo espacio del comienzo y reitera la tesonería de su amigo que “llevaba ya veintidós años luchando en vida por la causa legítima de su propia canonización” (49). De la misma manera que el narrador de “La

santa” vuelve al Trastévere y se ve con Margarito, Mercedes recurre al cementerio a visitar a su abuela.

El tiempo, dentro de la novela, acontece en pocos días, los capítulos marcan eventos que se suceden en orden cronológico, de un día al otro, con sólo una excepción: entre el capítulo penúltimo y el último pasa casi una semana. Para armar la unidad de la novela me pareció prudente el uso de capítulos numerados, aunque he pensado que funcionarían mejor, los espacios en blanco para marcar silencios, entre un evento y otro, como lo hicieron Juan Rulfo en *Pedro Páramo* y Élmer Mendoza en *Cóbraselo caro*. Este formato tendría justificación en mi novela porque en ella está el personaje de otra mujer interesante, doña Emilia, la abuela fallecida de Mercedes, quien cumple un papel fundamental por medio de su relación con la protagonista.

A través del diálogo, la abuela y la nieta conversan con naturalidad, como si la anciana de cien años aún estuviera viva. Las dos se transmiten emociones de amor y confianza. Aún después de su muerte, doña Emilia continúa al pendiente de Mercedes como lo hizo en vida, desde que los padres de la niña murieron en un accidente. A su vez, la nieta la sigue procurando con visitas al cementerio o invocándola para conversar en otros espacios. Pero lo más interesante es que los dos personajes funcionan como espejos colocados frente a frente, en los que se ven con total franqueza la una en la otra. El *alter* ego de la nieta es su abuela, personaje que funciona en la psicología de Mercedes para que reflexione sobre su vida. Por un lado, doña Emilia querría que Mercedes, sin estropear su matrimonio con Fernando, encontrara el punto de equilibrio para vivir la libertad a la que aspira todo ser humano, aun estando casada. Por otro lado, Mercedes admira a su abuela, pero también sabe

que ella no tuvo una vida perfecta. Cada vez que la nieta se mete en dificultades invoca el espíritu de doña Emilia, la anciana aparece y dialoga con ella. La tradición familiar de la protagonista tiene un peso específico en la novela. Doña Emilia se transforma en el otro yo de Mercedes. Algunas veces es su conciencia y otras su antagonista. Los diálogos entre ellas, no sólo mueven la trama, sino que sirven también para ver por qué la protagonista piensa y actúa como lo hace.

Asunto

Trata del conflicto que resulta al pretender llevar una doble vida en la que, por un lado, Mercedes está enamorada de su pareja y, por otro, es incapaz de frenar los impulsos que le impone el ego. La falta de carácter ante la tentación señala el punto débil de la protagonista. La ausencia de fortaleza pone en peligro la estabilidad de su relación matrimonial, con el consecuente deterioro emocional del personaje.

La joven de veintitrés años, recién casada e insegura, se mete en problemas de infidelidad cada vez que el destino le presenta la oportunidad. Ella no los busca, pero los encuentra y no niega que le atraen, porque le halagan la vanidad. Sin embargo, su matrimonio y la liviandad con otros hombres no son compatibles. Por eso vive en constante conflicto, porque aunque ama a Fernando, tampoco renuncia a ser el centro de atención de otros individuos. Su marido es arquitecto, de treinta años y es más maduro que Mercedes. Esa disparidad genera parte del conflicto. Él representa al marido fiel, de éxito en su profesión. Mercedes sabe que muchas mujeres desearían estar a su lado. Los dos son de clase media educada y viven como lo hacen los jóvenes de la capital, en un ambiente relativamente tranquilo.

Título

Va directamente relacionado con el asunto del que trata la novela. Surgió de una frase que mi madre me repetía cuando era niña: “no le des al cuerpo lo que pida”. Ésta se refiere a la virtud humana de la fortaleza en lo que concierne a resistirse ante las pequeñas exigencias del cuerpo, tales como el hambre, la sed, el frío, el calor y se capaz de aguantarse un rato y no “darle al cuerpo lo que pida”. Mamá me hacía una pregunta: “¿Quién lleva el caballo, tú o es el caballo el que te lleva a ti?” Tenía razón, si el caballo se desboca no hay quien lo pare. Éste es el caso de Mercedes, quien aplica los consejos de mi madre, con la misma fuerza, pero en sentido contrario. Entonces, el lector podría preguntarse si *Al cuerpo lo que pida* tiene realmente algo de autobiográfico. La respuesta es ambigua: sí y no. Sí, porque es indudable que la novela nace, como lo afirmo en el primer párrafo de este prefacio, de lo que yo soy. Por lo tanto, reafirmo también lo ya expresado en el inciso del Lenguaje, acerca de que cuando escribo doy licencia a mi otredad para que las palabras puedan hacerse el amor en total libertad. Y no, porque en el instante-amor-palabra yo ya no soy, sólo escribo.

Punto de vista

Me llamo rojo, influyó en mi decisión para escoger el punto de vista. Orhan Pamuk usa en esta novela varios narradores en primera persona: Su técnica manifiesta la fuerza que tiene el nombre propio de cada personaje. Cuando habla el “yo”, involucra y confronta directamente al lector. Por ello resolví que la voz de Mercedes fuera en primera persona y que su “yo” transmitiera experiencias y pensamientos en forma

directa y los otros personajes adquieren voz a través de los diálogos. El efecto de la combinación antes mencionada es la verosimilitud.

Wayne Booth, en su ensayo “Distance and Point of View: An Essay in Classification”, explica que en cuarenta años de estudios acerca del punto de vista, tanto el autor, como el crítico han encontrado pocas soluciones que los ayuden a decidir cuál es la técnica más apropiada para lograr el efecto que persiguen. Incluso afina el tema de la primera persona preguntando lo siguiente:

What kind of first person? How much aware of himself as a narrator? How much confined to realistic inference, how far privileged to go beyond realism?...The sensitive author who reads the great novels finds in them examples of how ...[the] effect...was heightened by the proper narrative choice. (*Essentials of the Theory of Fiction*, 98-99)

Al cuerpo lo que pida adoptó la voz de Mercedes con ritmo y naturalidad. Sólo me dediqué a ejercitar la imaginación y a inventar anécdotas en las que los personajes me comunicaran otras más interesantes que a ellos se les ocurría contar. La inserción de diálogos mueve el relato y da voz a otros personajes que funcionan al servicio de la trama, mientras que la primera persona comunica en forma directa lo que piensa. Al mismo tiempo, conocemos a los otros personajes de dos maneras. Desde la perspectiva de Mercedes, cuando monologa y a través de los diálogos que conforman una parte importante de los rasgos contextuales en la novela. Estos últimos establecen el tenor entre quienes participan y el modo para adecuar el nivel del lenguaje, dentro del campo en el que suceden los eventos. Las palabras precisas son importantes para hacer que los diálogos sean naturales y verosímiles. Para encontrarlas imaginé a los personajes en su ambiente, hablando entre sí.

Contexto

Para que el manuscrito funcione, debe de ser incorporado a unos marcos de referencia, es decir al tiempo, espacio y ambiente en los que se desarrolla la trama. De esta manera se activa la información contextual y queda disponible para los lectores.

La contextualización, según la maestra Graciela Reyes, es un proceso con dos aspectos:

El contexto preexistente, [es decir]...por todo lo que sabemos o creemos al comienzo de la interacción lingüística [y]...el contexto [que] se va creando en el mismo acto de comunicación, porque los interlocutores van construyendo un edificio de significados. El contexto...es un conjunto de conocimientos, ideas y creencias...que nos permite interpretar el texto. (*Cómo escribir bien en español*, 123)

El contexto principal en el que interactúan los personajes es la ciudad de México. Hay referencias concretas del año 2010 al mencionar el Bicentenario de la Independencia y el Centenario de la Revolución Mexicana. Asimismo, los espacios descritos, aunque para los capitalinos son de sobra conocidos, también pueden ser vistos por los lectores de otros países a través de las descripciones.

Ambiente y Espacio

Cambia de acuerdo con el estado de ánimo de la protagonista. Es decir que la atmósfera dentro de la novela se va tornando más despejada o nublada, airosa o lluviosa de acuerdo con las emociones que suceden. Las descripciones de *Al cuerpo lo que pida* proveen lo que, como escritora, deseo que experimente el lector al situarlo en los espacios en los que los personajes entran en acción. “La descripción convierte al lector en partícipe sensorial de la historia” (*Mientras escribo*, 191), afirma King, en el inciso acerca de lo que es la descripción. Me parece que a través de un buen escenario mostro más al lector que si le describo demasiado a los personajes. Mejor, por medio

de escenarios bien armados lo pongo a pensar e imaginar los lugares en los que suceden las anécdotas. Por lo tanto, en la estructura de esta novela, el ambiente tiene bastante importancia. Sé que si describo la escena de manera exhaustiva pierdo el ritmo del relato y aburro al lector que está ávido por figurarse la historia a su manera. A este respecto King afirma que: “La descripción arranca en la imaginación del escritor, pero debería acabar en la del lector” (*Mientras escribo*, 192), asunto en el que concuerdo. Hoy se cuenta con más lectores activos que pasivos y por ende, tomo en cuenta el derecho que tienen a coparticipar en la novela que leen. Asimismo, he procurado que mis descripciones sean un poco más poéticas y sensuales, como lo es Mercedes. Para ello, como ya expliqué en el inciso del Lenguaje, me inspiré en Durás, Cixous y Lispector, porque siendo mujeres puedo identificar su voz con la mía y la de mis personajes, en particular, con la de los que son femeninos. Con esto no quiero decir que escriba sólo para mujeres. Eso sí que sería aburrido. Al contrario, escribo para todo el género humano. El uso de metáforas y símiles está al servicio de la trama, con un vocabulario sencillo que intenta no caer en clichés, pero agradecería mucho a mis lectores que si los hay me lo digan, porque mi juicio es pobre cuando se trata de criticar mi propio trabajo.

CONCLUSIONES

En suma, partiendo de la libre imaginación, *Al cuerpo lo que pida* resultó siendo una novela corta, escrita sin prejuicios y que se sustenta en la realidad de la ficción. Su proceso de escritura derivó en un ejercicio constante y consciente para construir los sucesos inesperados que surgen durante un pequeño fragmento en la vida de Mercedes Santamaría. Los personajes que van apareciendo alrededor de la

protagonista cumplen la función de mover las anécdotas para dar cuerpo a toda la novela. Los más importantes son doña Emilia y Fernando, quienes crecen y se van forjando al mismo tiempo en el que se desarrolla la estructura circular de *Al cuerpo lo que pida*.

El reto mayor de esta novela fue la constancia para tenerla, día a día, presente e ir armando el conflicto conservando el tono y el ritmo. Lo que sucede en ella está pensado para ser llamativo e interesante a los probables lectores. El principio y el final de *Al cuerpo lo que pida* está estructurado tomándolos en cuenta. Al inicio, por medio de una descripción del ambiente, tiempo, lugar y personajes, intento capturar a los lectores para que continúen leyendo hasta el final.

Al cuerpo lo que pida nació de un desafío: Comprobar que estoy capacitada para escribir una novela ajena a mi vida personal. Durante su proceso tuve presente un consejo de Joyce Carol Oates a un escritor joven, en mi caso a una escritora que empieza a escribir a la mitad de su vida: “*Write your heart out. Never be ashamed of your subject, and of your passion for your subject. Your ‘forbidden’ passions are likely to be the fuel for your writing*” (*The Faith of a Writer*, 23).

Valió la pena el reto y el esfuerzo por hacer un buen trabajo. Experimenté lo que han de sentir otros novelistas cuando, literalmente, se aíslan de todo y se sientan a escribir para sumergirse en el mundo de la ficción, la otra realidad que sólo los seres humanos somos capaces de inventar por medio del esfuerzo mental y la imaginación.

Escribir una novela no es un mero entretenimiento, sino un proceso emocionante en el que entran las muchas variables ya mencionadas a lo largo de este prefacio. La fundamental fue tener paciencia conmigo misma y valorar aún más las novelas de otros

escritores, porque ahora no sólo las leo con los lentes que traigo puestos, sino que lo hago través de un caleidoscopio conformado por infinidad de cristales que muestran una nueva realidad, la creada por medio del arduo esfuerzo del novelista.

BIBLIOGRAFÍA

- Essentials on the Theory of Fiction*. Ed. Michael J. Hoffman and Patrick D. Murphy.
Durham: Duke University Press, 2005. Print.
- Booth, Wayne. "Distance and Point of View: An Essay in Classification." 98-99.
- James, Henry. "The Art of Fiction." 13-19.
- Cixous, Hélène. "*Coming to Writing*" and *Other Essays*. Trans. Sarah Cornell, Deborah
Jenson, Ann Liddle, Susan Sellers. Cambridge: Harvard University Press, 1991.
42. Print.
- Durás, Marguerite. *Escribir*. 1994. Trans. Ana María Moix. Buenos Aires: Tusquets
Editores, 2010. Print.
- García Márquez, Gabriel. *Doce cuentos peregrinos*. 1992. "La santa". New York:
Random House, 2006. 33-49.
- King, Stephen. *Mientras escribo*. 2000. Trans. Jofre Homedes Beutnagel. Buenos Aires:
Debolsillo, 2004. Print.
- Lispector, Clarice. *La hora de la estrella*. 1977. Trans. Gonzalo Aguilar. Buenos Aires:
Ediciones Corregidor, 2010. Print.
- Oates, Joyce Carol. *The Faith of a Writer: Life, Craft, Art*. 1938. New York:
HarperCollins, 2003. Print.

Al cuerpo lo que pida

Lucía Sánchez Llorente

A las cinco de la tarde el cielo y el cementerio se tornan cenizos. Llegan las nubes veraniegas a hacernos la visita. Les da por cantar notas graves y agudas de agua al compás de percusiones eléctricas. Me mojan sin parar hasta que el viento las asusta y se alejan. Sale el sol y seca las criptas donde viven los muertos. La calzada del cuartel K forma un triángulo hacia el horizonte, las fachadas de los monumentos empequeñecen en puntitos y se pierden. Camino hasta ver el frontón del mausoleo donde se lee la palabra *Pax*, labrada en caracteres largos y angostos. En voz baja recito, *In aeternum*, como me enseñó mi abuela. En letras más pequeñas dice Familia Santamaría. Me siento en el escalón que antecede a la puerta. Una nube baja se posa sobre mi cabeza, como carbón gigantesco atizado por el viento, emite un trueno. Margarito, el encargado de la limpieza, no debe tardar con el duplicado de la llave. Quiero entrar y tocar su lápida. No traigo flores. Para qué. Se marchitan y huelen mal al día siguiente. Junto a mi abuela encontraré la paz perdida en el mundo de los vivos que deambulan como muertos en la ciudad de México.

—Seño Mercedes, le abro. Vea qué limpiecita le tengo la capilla. Doña Emilia, su abue, descanse en paz ha de estar bien contenta conmigo ¿no cree usted? ya ve cómo era—. Lo dijo buscando mi asentimiento, como lo hacía con ella. Yo le sonreí con cariño, porque es de las pocas personas a las que no hay que rogarles que hagan las cosas bien.

Margarito lleva años al cuidado de la cripta, me conoce desde que era niña. Hace dos años pulió de nuevo el granito. Está como siempre, albeando. Allí vive mi abuela, descansa en su nicho dentro de un ataúd de caoba. Ella lo escogió y pagó a

Previsión Gayosso su funeral. Fueron cuarenta y dos mensualidades para asegurarse de que a su muerte se respetara su última voluntad.

—Gracias seño, a la orden. Nomás cuando se vaya atranque bien la puerta — me dijo—. Le pagué lo de este mes y se fue de lo más contento.

Al frente está el altar con un crucifijo de caoba y su Cristo de marfil. Lo enmarcan dos candelabros de plata ennegrecida por el tiempo. Enrollo el tapete persa con grecas y flores azules, blancas y rojas. Dejo la parrilla que cubre la escalerilla de metal gris al descubierto. La levanto y bajo al fondo. Hay seis espacios grandes y doce pequeños. Están todos vacíos excepto el de mi abuela. Con letras doradas tiene una inscripción en la lápida que dice: Emilia Olivares de Santamaría, 1905-2005. Repaso las hendiduras de su nombre intentando revivirla. La necesito más que nunca. Subo de nuevo a la capilla y bajo el tapete para recostarme allí, junto a ella.

Cierro los ojos y la imagino sentada, como de costumbre, en la poltrona del costurero. Su cara se desdobra en infinitud de luces y sombras, las arrugas se fragmentan, forman cuadros distorsionados de ocre, grises y sepías. Cuatro paredes multiplican las perspectivas de claroscuros delineados por los rombos del emplomado de la ventana. Sobre la pared se plasman sus deformidades plásticas con la luz que las proyecta. Al centro, la mesa redonda flota cubierta con el tapete y, sobre éste, el mazo de naipes está listo para el juego vespertino de canasta con las amigas de los jueves. Sus manos angulosas bordan la letra S: monograma familiar. Mediante un cabello largo y castaño que atraviesa el ovillo de la aguja, traspasa miles de veces el cuadro de lino aprisionado por el bastidor de madera, círculo singular con la inicial que le da significado.

Me acerco más a ella. Su cara y cabellos huelen a azúcar. Se me antojan los caramelos que saben al olor de su perfume. Mi abuela los llamaba lagrimitas y los guardaba en el ropero bajo llave. —Quién bien te quiere te hará llorar, —escucho distorsionado su refrán favorito. Al igual que ella, los dulcecillos son: por fuera, bolitas duras escarchadas, ácidos por dentro. De niña me las daba como premio cuando llegaba del colegio y le entregaba la tarjeta de calificaciones marcada con el diez en conducta. Para ella eso era lo más importante. Si me sacaba un ocho en aritmética o ciencias naturales no se enfadaba, pero si las notas bajaban a un siete, entonces sí que me reprendía. Ella sabía muy bien que el peor castigo que podía imponerme era prohibirme salir en bicicleta.

—Abue abrázame, —le pido con insistencia, hasta que la siento piel con piel. El beso que nos damos abrillanta sus ojos. Esas pupilas llenas de ternura conforman luces indelebles grabadas en mi memoria. Guardo sus innumerables imágenes en el álbum de mi vida. Reviven. Tercera dimensión, múltiple perspectiva, geometría cubista. Hoy mi abuela me acoge en su tumba.

Recuerdo su manía con la limpieza. Para entrar del jardín a la casa me obligaba a dejar los zapatos a un lado de la puerta. Los sábados veníamos al panteón a limpiar y pulir la cripta. Qué ilusión tenía de vivir aquí. Sufría de pirofobia porque durante la Revolución incendiaron su casa. No quería que la cremaran, como hacen ahora con todo el mundo. Desde que me acuerdo, yo la acompañaba cada tercer sábado del mes para pagarle a Margarito. Doña Emilia aprovechaba el paseo para visitar a varios amigos que descansan aquí a perpetuidad, mientras yo brincaba de una lápida a otra y leía infinitud de nombres y fechas. —Polvo eres y en polvo te convertirás —al ver las

sepulturas pequeñas de los niños, le preguntaba por qué siendo tan pequeños se morían pronto. —No tenemos la vida comprada —me respondía. Decía que habíamos de estar preparados para irnos de este mundo en cualquier momento; por eso era necesario preparar y limpiar esta capilla, nuestra casa permanente. Me contó el disgusto que tuvo cuando mis padres compraron un nicho en su parroquia, sólo porque se puso de moda en México. —Ya nadie quiere que lo entierren en el panteón —me decía angustiada. No era práctica como su hija y su lugar de descanso tenía que ser en esta cripta. Muy a su pesar, mi abuela cumplió el deseo de mamá. Mis padres murieron en un accidente aéreo cuando yo tenía dos años. A ellos los cremaron y depositaron sus urnas en el nicho de la iglesia. —Así lo quiso tu mamá y así se cumplió —afirmaba con los ojos cerrados, expresando inconformidad. Yo quiero ser como mi abuela y que me entierren aquí, cremada o no, pero junto a ella.

Mi abuelo tiene otra historia. Sólo sé que un buen día, cuando yo tenía como diez años le dijo: —Emilia, regreso como los salmones, a morir donde nací —lo dijo con la maleta en la mano. Se me acercó y me abrazó con fuerza. A ella, ni un beso le dio. No dijo nada más, con gesto adusto dio media vuelta hacia la puerta y se esfumó. Mi abuela tampoco dio muestras de preocupación. Como si el abuelo hubiera salido a comprar el periódico, ella entró a la cocina a disponer el almuerzo para la una de la tarde. Oí cómo le dijo a María, la cocinera: —Ponga sólo dos lugares en la mesa. El señor no viene hoy a comer. —Después de varios días con el mismo sainete le pregunté que cuándo regresaría el abuelo. —No tarda mi hijita, tu abuelo no vive sin

mí.—Con el tiempo descubrí la verdad. El abuelo se fue a su pueblo, en España, para siempre. Allí murió solo, amargado, dicen los parientes en sus cartas.

— ¿Te acuerdas abuela cuando me compraste la bici? ¡Una *Cherry Love Cruiser* azul!—, le digo y oigo su voz hueca, a través de la lápida.

— ¡Qué exageración esperar dos meses para que entregaran el famoso velocípedo! —me respondió de esa manera para provocar la conversación y retenerme un rato. Yo, sorprendida, le di por su lado.

—Sí abue, fue una orden especial. No era cualquier bicicleta. Se nota que en tus tiempos de juventud paseaban sólo a pie.

—Qué estás diciendo, Mercedes. Ya había bicicletas y hasta coches de motor, tampoco soy tan vieja, pero en la hacienda teníamos cría de caballos. Claro, vino la Revolución y los zapatistas incendiaron la hacienda, entraron a los establos y se los llevaron.

—A veces intento imaginarme cómo eran las caballerizas dentro de la cochera de la casa.

—Pues fíjate que sí las hubo. Eran tres y teníamos un coche negro; lo tiraban dos caballos. Los asientos estaban forrados en piel abullonada con muchos botones. Cuando tenía como cinco años recuerdo que lo usábamos para hacer viajes extensos.

—¿Qué tan largos eran?

—Larguísimos mi hijita, cuando fuimos hasta Veracruz nos tomó tres días. Dormimos en Puebla, al día siguiente comimos en Orizaba y por la noche llegamos molidos al puerto.

— Huy, qué pesado, tres días de viaje, cuando ahora se llega en pocas horas ¿Y a la hacienda cada cuándo ibas?

—Íbamos para allá a cada rato. Era yo muy chiquita, apenas me acuerdo. Quién diría que ahora sólo quedan ruinas. Qué tristeza, si vieras, decía mamá que era muy bonita. Nunca pudimos reconstruirla. Nunca más hubo dinero para eso.

— ¿Restaurarla? para qué si ya se acabó la familia.

Después de un momento de silencio me preguntó:

—Dime ¿a qué debo tu repentina visita? —estoy segura de que me cambió el tema porque nunca pudo superar la ruina económica. Entendí y le di otro giro a la conversación. No me atreví a decirle por qué motivo estaba allí.

—Es que quiero que me digas, después de haber vivido tanto, si vale la pena llegar a los cien años.

—Pues fíjate que sí. Me tocaron varios derechos y reveses, pero no me quejo, gracias a los adelantos tecnológicos, con el marcapasos, se alargó mi tiempo contigo. No te imaginas qué cómodo es coser y bordar con luz eléctrica. El teléfono me encanta, no tengo que estar arreglada para conversar un rato con mis amigas, en fin, ya ves, hoy hay aviones de pasajeros y esas computadoras con las que envías mensajes y ves fotos.

— ¿Y no te dio miedo tanto cambio?

—Para nada. Antes de morirme quise viajar a Nueva York en avión. Juanita Peláez me dijo que por *Aeroméxico* tardó cinco horas para llegar al aeropuerto John F. Kennedy. Dime, ahora sí ¿qué te trae por aquí?

Enmudecí. Para qué mortificarla. Bastante sufrió en vida. Saqué de nuevo el tema del velocípedo, como ella le decía.

— ¿Te acuerdas abue? Decíamos que la bici era mi yegua de hierro.

—Ajá, pero para yegua briosa la Pinta. Era tan dócil conmigo que con sólo sentir el roce de la rienda en su cuello me adivinaba el pensamiento. Cómo me pudo cuando nos la robaron. Quién sabe cuál fue su suerte ¡Pobrecita!

—No te mortifiques con eso. La Pinta ha de haber muerto de vieja y descansa en paz.

—A la Pinta se la robaron. Cuídate de los rateros mi hijita.

—Ay abue, tú siempre con tu mal agüero. Cada que dices algo así, luego acaba pasando. Mejor pronostícame algo bueno.

—Eso será hasta que me cuentes por qué viniste.

—Bueno, ya voy, pero terminemos de recordar otros tiempos ¿sí?

—Mira Mercedes, como siempre has hecho y harás toda tu vida, con esa bicicleta te saliste con la tuya. Sabías bien que a mí no me convencían. No me gustan. Son tan poco femeninas que cuando veía a tus amigas pedaleando, a medio vestir, con esa especie de pantalones cortos arriba de las rodillas, me molestaba que mostraran los muslos y las pantorrillas ¡Abrase visto! Qué manera de perder la compostura.

—Quién te entiende ¿Qué no acabas de decir que te encantaba vivir conforme iban los tiempos?

—Sí, pero tú eres mi tesoro. No quería que te pasara nada y menos que anduvieras con falta de decoro. Ahora ya, cuéntame qué te pasa. —No le hice caso y seguí.

—Y ya ves, no me pasó nada.

—No me has respondido Mercedes: ¿Por qué estás aquí?

Se hizo el silencio de nuevo. Me quedé inmóvil. Ella sabe de sobra el motivo de mi visita, pero quiere que yo se lo diga. Para qué, si lo que necesito es sentirme querida, nada más.

No hay nada mejor que los recuerdos de la infancia para evadir el presente. Doña Emilia, así la llamaban todos, se cuestionaba cómo era posible que las niñas de sociedad montáramos en bicicleta. Nos comparaba con las cirqueras. —Es una defachatez exhibirse en esas vestimentas por las avenidas de la ciudad dando, a pleno sol, un espectáculo tan ordinario, —me decía con la boca y el seño fruncidos. Aunque puedo asegurar que si mi abuela hubiera estado más joven, la primera en andar para todos lados vestida así y en bici hubiera sido ella. Soñaba con que yo fuera una chica de sociedad y me casara bien, con un hombre, como afirmaba, —decente. Valga la traducción de dicho término en que fuera rico, además de bien parecido y amén de tener buenos modales. Por eso le molestaba que circulara por el Paseo de la Reforma, donde su queridísimo y difunto señor ex presidente don Porfirio Díaz colocó en una de las glorietas un obelisco afrancesado, rematado con un ángel de oro, para conmemorar el Centenario de la Independencia. Ahora, en pocos días será el

Bicentenario y lo festejaremos con el mismo ángel, cuyas cirugías plásticas, después de algunos temblores y los daños por tanto esmog han sido borrados. Hoy luce radiante, presidiendo el movimiento frenético de la ciudad. Hay que ver los caprichos que le entraban a don Porfirio. En medio del descontento social que había en 1910 ordenó la construcción del Paseo de la Reforma, una réplica modesta, semejante a los Champs Elysées. Pobre don Porfirio, ya no le dio tiempo de poner un Arco del Triunfo porque comenzó la Revolución. A decir verdad, no debería criticar su avenida porque sigue siendo la más bella de la capital, aunque hoy es casi imposible transitarla.

Mi abuela se sentía muy moderna, pero vivía del pasado. Yo soy igual, estoy aquí porque necesito borrar de alguna manera lo que me pasó con Fernando. Mejor pienso cosas más agradables.

Todas las tardes, cuando era niña, la veía sentada en su poltrona, nadie más osaba colocar allí sus asentaderas. En aquel costurero, lugar vedado a los hombres, me contaba el repetido repertorio anecdótico de su juventud. Yo revivía en mi cabeza las emociones que ella iba expresando. Sentimientos que a mí no me tocaron. Como cuando salía a caballo y hacía un recorrido desde Chapultepec hasta la Alameda Central, donde se apeaba para pasear un rato bajo los viejos álamos de ese parque. Me decía que iba de lo más —compuesta—, arreglada de domingo. Caminaba erguida, coqueteando, usando el lenguaje de su abanico con los muchachos que la saludaban tocando el filo del sombrero y, ella les respondía con un guiño o una sonrisa al abrir, cerrar y mover el abanico, en una lengua que hoy ya está muerta.

Añoro los tiempos de mi abuela. Hoy voy a una fiesta y bien puedo pasar toda la velada planchando el vestido contra la silla, si es que tengo la suerte de encontrar una,

de la que no me levanto ni al baño, porque si lo hago me quedo de pie el resto de la noche o bien, ando circulando con todo mi peso sobre los metatarsos, mientras los tacones altos empujan el pie hacia la punta del zapato y mis dedos se vuelven una masa pegada a la suela en forma de triángulo. A mí me dan punzadas en la esquina exterior del dedo gordo, siento que la uña se me encarna, sobre todo en el pie izquierdo, porque lo tengo un poco más grande que el otro. Si uso tacones de la talla cinco me mata el zapato izquierdo y si el par es cinco y medio chancleteo con el derecho. Qué dichosos son los hombres con la poca variedad en su calzado. Fernando tiene cuatro pares, incluidas pantuflas y tenis, con esos le basta para vestir bien y caminar cómodo.

Doña Emilia, cuando yo era niña, me repetía las mismas historias mientras yo le ponía cara de asombro. Hacía como si no las hubiera oído antes y la dejaba revivir sus recuerdos, porque notaba que le daban vida. —Ay —suspiraba— cuán agradable era charlar con los amigos y luego entrar a misa de doce. Después, a la salida del Templo Expiatorio de San Felipe de Jesús, bebíamos un refresco de limón o de jamaica y antes de las dos de la tarde, regresaba a la casa de la calle Bucareli. —Tal vez sí se daba cuenta de que ya me lo había contado, pero eso hacía parte de nuestros valores entendidos. Ahora veo que nos parecemos. Era tan paseadora como yo. Detestaba la rutina y le gustaba variar como a mí. Qué curioso, me decía que cuando volvía de misa, se iba por una ruta diferente, tomaba San Juan de Letrán hasta los Arcos de Belén para pasear por otro lado. A mí también me fascina contar historias e, igual que ella, repetirlas. Aunque ya soy mayor, con mis veintitrés años, a veces se me olvidan algunas cosas, ésas de las que no quiero acordarme. Ni modo, es ley de vida tener que

lidar con todo tipo de percances. Cuando ella me contaba sus cosas, yo aprovechaba el momento para ponerle sal y pimienta a la plática. Le decía, —eso de hablar con el abanico estuvo de moda en sus tiempos, en cambio en los míos uno se lanza directo al punto, lo que en sus palabras se diría: —lo que está en boga—. Me gusta imaginar eso de comunicarse con otros lenguajes ¡Qué tiempos aquellos de mi abuela, cuando la ciudad de México tenía menos del millón de habitantes y se respiraba el aire puro que bajaba de los volcanes; Hoy tengo que ir en el auto con las ventanas cerradas y los seguros puestos.

—Abuela, perdí la libertad de la infancia. Tengo miedo.

—Ya vete Mercedes y déjate de tonterías que no tarda en llover. Cuando estés lista hablamos los asuntos pendientes que hoy no te atreves a tocar.

Camino al coche las gotas caían espesas. Centelleó un rayo tan cerca de mí que, además de estremecerme, dejó mis oídos zumbando. Abrí la portezuela y entré rápido. Al poner reversa me vi en el espejo retrovisor la cara de mapache; el rímel corrido dibujó dos medias lunas negras sobre las ojeras. A la salida del cementerio encontré mucho tráfico. Apenas tuve tiempo de llegar al trabajo. Helen Braubach, mi jefa, como buena texana es exigente con el horario.

—Tenemos que entregar el tapiz que estás terminando mañana mismo—, y me señaló el lienzo inacabado con amabilidad, ojeando por un segundo su Rolex de acero, indicándome, sin palabras, que había llegado tarde.

—Sí, sí, hoy queda listo. No te preocupes por la hora, cuando termine cierro bien el taller y salgo por la puerta de atrás.

Por nada del mundo les fallaría, ni al arquitecto Herrera que es el jefe de Fernando, ni a Helen, quien hoy por hoy es la diseñadora de tapetes y tapices hechos a mano con mayor éxito en México. Hace apenas seis meses que acepté su oferta para asociarnos. Mis diseños han tenido buena aceptación entre los clientes y este trabajo ha empezado a ser, no sólo interesante, sino económicamente importante para mí y Fer. Hasta ahora, la mayoría de tapices los he diseñado para clientes que Helen ha conseguido; pero yo, por medio de algunas amistades que tengo del colegio, también he logrado cerrar algunos pedidos. —Ya ves abue, valió la pena el sacrificio económico que hiciste para pagar la colegiatura del Francés—. A las diez de la noche lo terminé.

Fer trabaja por las mañanas con Herrera, a sus treinta años es el arquitecto más joven del despacho. Por las tardes imparte clases de Urbanismo y regresa al depa a las

once de la noche, eso si no hay embotellamientos de tránsito. Aunque su última clase en la UNAM termina a las ocho, concuerdo con él que vale la pena dejar pasar un rato para que no le toque el tráfico tan lento. Así va por el Periférico cuando ya está despejado, atravesando toda la ciudad hasta la colonia Irrigación, donde vivimos.

A partir de las seis de la tarde, cuando suelo salir del taller de Helen, se me hacen eternas las horas mientras llega, pero trato de distraerme. A veces me pongo a preparar y teñir algunas lanas que después uso en los tapices. Otras muchas leo novelas y me meto en vidas, problemas y lugares que, siendo ajenos a mí, los vuelvo propios, familiares. Así me escapo un rato de la rutina y viajo a lugares insospechados, donde recupero el don máspreciado, la libertad. No hay placer más grato que el de vivir e imaginar situaciones interesantes sin moverme de la casa. A diferencia del cine, que también me encanta, la novela respeta aún más mi albedrío para visualizar colores, proporciones y conceptos de la manera en la que a mí me satisfacen. Me gusta experimentar las emociones que transmiten los personajes porque me parecen distintas a las de la gente real. Estoy terminando de leer *Del amor y otros demonios*, de García Márquez. Me voy un rato a los tiempos de la Colonia en Cartagena. El narrador toma asiento aquí, junto a mí, en el mismo sofá y escucho a través de su dicción nítida y modulada que Sierva María de Todos los Ángeles es una niña rebelde, no deseada, blanca por fuera y negra por dentro. Yo me identifico con la soledad de la desmadrada y la incomprensión que padece por la simple razón de ser un poco como yo, diferente al patrón que impone la sociedad.

Fui con Helen a colgar el tapiz en el despacho de Herrera. Por fin conocí a Mariate, la secretaria de la que Fernando se expresa con tanto beneplácito. Que si es un bombón, que si le prepara el café perfecto, con su cucharadita de azúcar y su chorrito de leche, que si es un placer entrar a las ocho de la mañana a esa oficina y encontrársela con esa faldita corta y sus tacones de aguja, que si huele toda la recepción a flores frescas. Hoy la recepción olía a desinfectante *Fabuloso*, pero el baboso de Fernando piensa que es el perfume de la fórmula. Seguramente huele como todas las de su especie, a crema *Teatrical* y a copia barata de *Chanel*. En fin, ya estoy harta de esos comentarios de que si esto y que si lo otro y que la tal Mariate es la Mujer Maravilla. Ya la quisiera ver con el almohadazo en la cabeza, cabello enmarañado, con la cara ojerosa y abotagada como cualquier ser humano. La verdad ya tenía curiosidad en conocer al portento ése que deslumbra a mi Fer por las mañanas. La tipa no es ningún primor, en ella aplica la ley del tordo, patas flacas y trasero gordo, o sea, tiene cuerpo de guitarrón, pero eso sí, es coqueta al máximo. Dice mi abuela que los hombres, cuando una mujer les es atractiva, no es porque sean la belleza máxima, sino por sus artimañas para seducirlos ¡Claro! Cómo no la va a ver fresca como una rosa, si a mí me deja en casa marchita, cuando todavía no he tenido tiempo de meterme a la regadera. Me da un beso de despedida y yo traigo la crisma alborotada, las chanclas rosa viejo, (eran rosa pálido, pero ya se percurdieron) porque no tengo ni tiempo ni dinero para reemplazarlas. Además, a esa hora de la mañana me siento destemplada y uso la bata de lanita, la mata-pasiones típica del ama de casa, porque el depa es una heladera. Así decimos ahora en nuestro México minimalista: depas. Con tanto que hacemos y decimos no hay tiempo para las palabras larga. Aunque quizá el vocablo

adecuado debería ser “casa”. En fin, hoy abreviamos todo. Nos ha dado por lo rápido e instantáneo. —Mercedes, te quieres comer el mundo a puños —me reprocharía mi abuela. Yo le respondería que sí. Igual que ella cuando tenía mi edad. —Tienes razón, —me diría: —Cuando yo trabajaba en *Las Fábricas Universales* sólo pensaba en vivir intensamente. Allí conocí a tu abuelo. Nos escondíamos en el elevador de la tienda para darnos nuestros besitos.

—Ay, doña Emilia, usted fue tremenda ¿verdad?

—Bueno mi hijita ¿y quién no lo es a los veinte?

Volviendo al refrigerador que es mi depa, la bata y las chanclas son elementos de confort insuperables, no me las apeo ni cuando hace calor por abril o mayo, porque de cualquier airecito me dan resfríos por la humedad que sale del piso. Hay un salitre que no he podido quitar. Vivimos en la planta baja de un edificio viejo. Ya convenimos que en cuanto a él le suban el sueldo, cuestión que no tardará, buscaremos uno nuevo, en un segundo o tercer piso, viendo a la calle y lleno de luz.

Mi tapiz quedó como lo imaginé. El diseño abstracto con líneas de distinto valor, según su textura, tono y grosor armonizó con las medidas y proporción del espacio donde lo colocamos, justo detrás del mostrador de la recepción, sobre un muro de concreto. En la esquina inferior izquierda puse mis iniciales de soltera: MS, como lo hacen hoy todas las mujeres que como yo, se consideran sin falsas modestias, verdaderas artistas. —Abuela, tú las bordabas en pañuelos, servilletas, sábanas y toallas. Ahora la S la bordaré en todos mis tapices.

Era el toque distintivo que necesitaba esa oficina de estilo minimalista. El resto del mobiliario es en colores neutros, materiales orgánicos y líneas rectas. Un cilindro de aluminio anodizado con un bambú de tres metros da el toque vivo frente al ventanal de doble altura. Entre sus tallos y hojas se asoma la vista fragmentada de las fachadas de los edificios contemporáneos que ocupan gran parte de la zona de Santa Fe.

— ¿Qué le parece el tapiz? —pregunté al arquitecto.

—Me gusta. Qué bien lograste el equilibrio de texturas y colores, Mercedes. Las espero el viernes en la inauguración.

—Aquí estaremos.

Él se puso el traje gris oscuro que compró para nuestra boda, con la camisa blanca y la corbata de seda roja a rayas que le regalé cuando éramos novios. Se veía muy atractivo. Casi nunca se arregla así. Los arquitectos tienen la merecida fama de vestirse de una manera casual que puede bordear en lo ridículo. Yo lo comprendo porque tienen que andar de obra en obra, por los andamios y el polvo de las construcciones. Al menos en esta ciudad siempre traen zapatos con suela de goma y sacos de pana o de cuero con jeans. En fin, a un arquitecto, como a un abogado o a un hombre de negocios se le reconoce por su atuendo. Las arquitectas visten igual que ellos, con blusa, jeans, zapatos de piso y chaquetas. El caso es que mi Fernando, afeitado, perfumado y trajeado me deslumbró. Yo me puse a la misma medida. Saqué el vestido de coctel que no había usado desde el viaje de bodas, sequé mi cabello y lo planché, me calcé los zapatos de tacón alto con plataforma y me prometí disimular el dolor que éstos me causan después de estar una hora de pie. Tuve cuidado al

maquillarme. Quería verme arreglada, pero natural. Cuando salí del baño vi a Fernando que abriendo los ojos me dijo:

— ¡Qué bonita estás! Vámonos.

Llegamos y la primera persona que encontramos fue Mariate.

—Hola ¿cómo estás? —la saludé con amabilidad, pero ella ni me vio. Se dirigió de golpe a mi marido.

— ¡Fernando, quién te viera y quién te ve! ¡Pareces artista de cine!

—Tú también Mariate, qué guapísima estás. Esos aretes largos con el cabello recogido te sientan muy bien —le respondió Fernando de coqueto.

El detalle del saludo me cayó en la punta del dedo gordo del pie que me empezó a punzar, pero me sobrepuse, la ignoré, tomé a Fernando por el brazo y caminamos hacia el grupo donde estaba Herrera. Nos presentó con unos arquitectos de otro despacho. Lo de la efusión emocional de la secretaria con Fer se me pasó rápido, no quise darle importancia. A mí me interesaba que él se relacionara más con el medio en el que poco a poco se va moviendo. Hasta hace poco, en ese despacho, lo tenían haciendo las maquetas y las perspectivas de los proyectos que presentaban a los clientes. Él siempre fue hábil para el dibujo, por eso nos conocimos. Yo había comenzado a estudiar diseño gráfico y nos tocó cursar la misma clase. Al casarnos conseguí trabajo con Helen.

De un momento a otro dejé de ver a Fernando. Había tal cantidad de invitados que yo también aproveché el convivio para promocionar lo que hacemos Helen y yo. Había meseros pasando bebidas y bocadillos. Decidí beber un güisqui y cada que me

acercaban la bandeja con canapés no dejaba de llevarme uno a la boca. Los de queso crema con pepino me fascinan, pero tengo obsesión por los de salmón ahumado con un pedacito de alcaparra en un cuadrito de pan negro. Vi el reloj, eran más de las diez, habíamos llegado con puntualidad mexicana, media hora después del tiempo señalado en la invitación. De pronto vi a Fernando al otro lado del salón, sonriendo y platicando de nuevo con la Mariate. ¿Qué carajos estaría hablando con esa tipa? Me sentí sola, aislada, incómoda. Los pies me volvieron a doler. En un arrebato decidí largarme. Caminé con elegancia hasta la puerta, a ver si él me veía, pero me di cuenta que sólo tenía atenciones para ella. Pensé de momento que lo mejor era irme de allí, pero reaccioné con cordura y enfrenté la situación. Me aproximé a los dos y les saqué conversación. Con una sonrisa que intentaba ser natural me dirigí a Mariate:

—Oye ¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

—Sólo tres meses, pero estoy muy contenta. Todos los muchachos del despacho son lindos conmigo.

—Sí, ya veo. Tú también eres linda ¿verdad mi amor? —Vi a los ojos de Fernando.

— ¿Estás casada o tienes novio?

—Qué va, ni lo uno ni lo otro. A mí me gusta salir con todos. Y ustedes ¿cuánto tienen de casados?

Fernando guardaba silencio. Le respondí yo.

—Ya hicimos el año ¿verdad cariño?

—Sí, ya un año, —contestó el mustio. Me dio rabia porque puso cara de víctima.

Allí decidí que esa conversación no nos iba a llevar a ningún lado bueno.

—Fer, creo que debemos despedirnos del arquitecto Herrera ¿cierto?

—Sí—. El ambiente espeso se cortaba con monosílabos.

—Suerte Mariate —le dije de hipócrita, porque la quería ahorcar.

—Adiós Mercedes. Qué lindo es tener tu tapiz detrás de mí en la recepción.

A ver si un día no te cae encima y te ahoga, pensé.

—Nos vemos el lunes, —le dijo a Fernando con vocecita de oveja inocente.

—Sí, Mariate, pásala bien, —la despedida de Fernando me cayó en el hígado.

Saliendo de allí, con todo y el dolor de pies caminé rápido, pero me tuve que descalzar. Perdí el estilo y se me rompieron las medias nuevas. El piso estaba helado y empecé a estornudar. Llegamos al coche y surgió la típica frase masculina del “qué te pasa”.

—A mí nada.

— ¿Nada? ¿Y esa cara fruncida?

—Así la tengo ¿Qué? ¿Te molesta?

—Sí, me purga.

—Pues a mí también me da diarrea que hayas estado toda la noche hablándote con esa tipa.

— ¿La llamas tipa? ¿Qué te hizo?

—Nada.

—Si no te hizo nada ¿entonces?

—Ya te lo dije, no te hagas el tonto, porque de eso no tienes ni un pelo y maneja con cuidado porque encima vamos a chocar.

—Pues será por tu culpa. Celosa.

—Llámallo como quieras.

Se hizo el silencio. Menos mal. Esas necesidades son interminables. No entiendo que los hombres se crean tan importantes como para que uno los cele. Pero esa tipa sí logró sacarme de mis casillas. Infeliz, envidiosa ¿Qué no ve que está casado conmigo? ¡A no! A una como ésas no le importa, arrasa con lo que se le pare enfrente. Se ve que está urgida de un acostón, pero no será con mi Fernando. Que se busque a otro.

Llegamos al depa con la ley de hielo de por medio. Me desmaquillé, me puse el camisón y me hice la dormida, pero no podía conciliar el sueño, estaba muy inquieta. No nos habíamos peleado así desde que nos casamos. Fernando se puso a ver televisión. Cuando parecía que ya casi había conseguido dormirme entró y encendió la luz. Tenía ganas de seguir neceando.

—Ahora qué quieres —le dije con voz medio dormida.

—No me parece bien que no me tengas confianza, Mercedes.

Comenzó a subir el tono. Se le puso la cara solferina. Sus ojos chispearon como si fueran lobeznos. El maxilar inferior le temblaba. Siguió.

— ¿Cuándo te he dado motivos para que me celes? ¡Dime! ¡Cuándo!

—Esta noche, con la secretaria. Ya me lo habías cantado antes, si no soy tonta. Que si la fulana es la maravilla andante ¡Qué otra evidencia quieres que busque!

—Pues sí lo es. Tú no vas a evitar que tenga amigas ¿En qué siglo vives? Lógico, no tienes ni parientes ni amigos.

Con esto me dio un golpe bajo, tan seco que quise llorar pero no pude. Qué desilusión. Qué tonta fui. Dejé mi soltería por un mentecato. Me agarré un ovario y le respondí como si no me hubiera alterado.

—Haz lo que quieras. Déjame dormir.

Fernando se quedó en el sofá de la sala. Por la mañana apagué el televisor y sin hacer ruido me salí a correr al parque. Cuando regresé había puesto la mesa y preparado el desayuno. Me pidió perdón. Sin hacernos de más palabras nos abrazamos en silencio y lloramos. Por la tarde fuimos al cine como cuando éramos novios. Hacía ya tiempo que no salíamos por estar ahorrando, pero con el pago del tapiz decidimos darnos un pequeño lujo. A las ocho y media cenamos en *Bondy*. A los dos nos gusta pedir la milanesa con espinacas y puré de papas. El restaurante estaba como siempre, lleno. Con estas actividades nos aturdirnos un poco para intentar olvidar lo de la noche anterior. Parecía que buscábamos reconquistarnos. Mi abuela decía que las reconciliaciones con mi abuelo eran mucho más sabrosas que el pleito. Quizás es cierto. Éste fue el primero. Vivimos una experiencia nueva y diferente los dos.

Sonó el despertador a las seis de la mañana. Fernando se levantó como un resorte y entró al baño para alistarse y salir corriendo a la oficina. Tenía una junta importante en la constructora de Herrera. A mí me esperaba un día pesado en el taller. Cuando entré a ducharme aproveché el vapor de la regadera para darle una pasada al baño. Mi marido dejó todo tirado y destapado. Me fastidia que apriete el tubo de la pasta de dientes por en medio y la deje abierta, la crema de afeitar está sin tapa y hay un montón de clínex usados encima del lavabo. Lo primero que hice fue tirar la basura que estaba encima del lavamanos, luego desarrugué el tapete de la ducha que estaba hecho un acordeón junto a la puerta, pasé una toallita desechable por el escusado y mientras hacía todo esto me aseeé. Oí la campana del carro de limpia, me puse ropa interior y bata. Vacíé los botes del estudio y del baño en el de la cocina y salí corriendo a botar la basura en el contenedor del edificio.

— ¡Mercedez, dónde estáz! —me gritaba Fer desesperado desde la puerta de nuestro depa.

— ¡Tirando la basura! ¡Qué quieres! —lo miro y sus ojos echan lumbre.

— ¡Dónde eztá mi dentadura!

— ¡Cómo lo voy a saber!

—No eztoy jugando ¿entiendez? —me reclamó con el miserable ceceo que hace cuando habla sin la mitad de los dientes de arriba. Se ve caricaturesco, con los pómulos salidos, las mejillas hundidas y la boca torcida con un hueco negro.

— ¡Quieres que las cosas te salten! ¡Búscalos! ¿Qué no están en el vaso remojándose?

— ¡No! Los dejé envueltos en un clínex encima del lavabo.

— ¿En un clínex, cómo se te ocurre? No manches, ya tiré toda la basura del baño. Yo no los vi.

— ¿Y miz dientez? Loz envolví para que a ti no te moleztaran, pero claro, zalí un inztante por mis calzoncillos y tú ya eztabas de entrometida en el baño.

—Si tú tienes que alistarte temprano, yo también. ¡Otra vez suena la campana del camión! Ay, Fernando ¡corramos al contenedor antes de que pase el carro!

—No lo puedo creer ¡Cómo te atrevez! Zabez que lo de miz dientez ez un zecreto.

—La culpa es tuya por dejarme el tiradero en el baño, cómo crees que voy a tirar tus dientes, vi un clínex hecho bolita y creí que era otro más de los que dejas por todos lados.

Salimos a la calle a la velocidad del rayo. Él seguía maldiciendo y vociferando hasta que le hablé con voz firme:

— ¡Déjate de reclamos y corre que nos gana el camión! —su boca, como el hocico de los perros rabiosos echaba espuma del coraje. Llegamos al bote grande casi al mismo tiempo que el carro de la basura. Fernando se fue de boca entre toda la mierda. El olor a materia podrida aumentaba y disminuía en olas. Los hombres de la basura estaban impresionados.

—Pos qué perdieron seño ¿algún anillo de brillantes?

—Peor que eso, su dentadura postiza. Ha de estar por allí encima, la acabo de tirar, sin darme cuenta, con el resto de la basura.

— ¡A jijo! Verá, horita la encúentramos. Voy pa dentro.

El barrendero se echó a buscarla y enseguida sacó el clínex mojado, impregnado de algo verde, amarillento y tizne de cigarrillos.

—Es ésta ¿qué no? Señor, si hay que ver todo lo que la gente tira. Yo he amueblado y vestido mi casa con lo que encuentro en el tiradero. Uy señor, en las montañas de basura encuentra uno verdaderos tesoros.

— ¡Un cadáver! —gritó Fernando espantado.

— ¡Avermaría un muertito! José, usted que traí celular, háblele a la policía —le pidió el barrendero al chofer.

Mi Fer salió disparado del contenedor. Daba las gracias al empleado de limpia y temblaba de la impresión.

—Voy a azearme y a desinfectar mi dentadura.

—No caballero, usted encontró al finado y horita ya viene la policía. Naiden nos podemos ir de aquí hasta que lleguen los gendarmes.

—Tengo que cambiarme la ropa. Apezto. No llegaré a la junta.

—Pos que se me hace que hoy no va a llegar, señor. Stese aquí. Verá, esto se arregla.

Fer me abrazó. Sentí arcadas. Su estado nervioso y el olor fétido que despedía su ropa era deplorable. Yo también, despeinada, me veía ridícula, en bata y chanclas.

—Ahora zí nos amolamos.

Enmudecí. No sé cuánto tardó en llegar la patrulla, pero se me hizo el tiempo eterno. Fernando sostenía su dentadura. Le temblaba bajo el puño derecho. Su semblante se tornó verde pálido, como papel óptico. Se acercaban las amas de casa y

las sirvientas con sus botes para vaciarlos en el camión. Cuchicheaba la gente del edificio el chisme del muerto y nos veían como si Fer y yo fuéramos los asesinos.

— ¿Qué pasa aquí? —inquirió el patrullero con voz de autoridad.

—Encontramos un cadáver en el contenedor de esta vivienda, mi teniente —dijo el chofer del camión de la basura.

—Eso se lo explican al Agente del Ministerio Público. Usted y usted quedan detenidos —señaló a Fer y al barrendero, pienso que por verlos batidos de mugre y sangre.

—Pero zi yo zólo quería recuperar mi dentadura. Ella la tiró ¡Vea! —y Fer se la mostraba como prueba de que no teníamos nada qué ver.

— ¿Qué no oyó? Queda usted detenido.

Con cara de asco, el gendarme calló a Fernando. Entonces hablé yo.

—Oiga oficial. Nosotros no sabemos nada. Pregúntele al señor del carro de basura que nos ayudó a encontrar la dentadura de mi marido.

El empleado de limpia se hizo el tonto, miraba sin mirar, serio, ajeno a lo que había sucedido.

—Eso dicen todos. Ya cállense. Todo lo que digan puede volverse en su contra.

—Explíquele usted al oficial por favor, —le pidió Fernando al chofer del camión.

El tipo se quedó en silencio. Llegaron otras dos patrullas y acordonaron el área.

Con el cabello empapado, sin maquillar y en bata me subí con Fernando y el barrendero a la patrulla camino a la Delegación.

—Nombre, apellidos, cédula o credencial de elector por favor —pidió el Agente.

Fernando y el barrendero sacaron de los bolsillos sus documentos y se identificaron. Llegó mi turno:

—Yo soy Mercedes Santamaría de Ornelas, veintitrés años, casada con él. No traigo documentos, no me dieron oportunidad ni de vestirme. Lo siento.

—Bien señora Ornelas, no explique si no se le pregunta.

—Ya oízte Meche. A ver zi te contienen y no abrez la boca hasta que te pregunten —me dijo Fer al oído. No volví a hablar. Me dio pena verlo así, sucio, sin dientes y ceceando en su declaración.

—Qué tanto se secretean esos dos, —le dijo el Agente al Oficial.

—Llévesela a los separos de mujeres. Primero interrogo al güerito. El otro que espere su turno en el separo de varones.

Ya no oí qué tanto les preguntó el Agente, pero cuando me tocó declarar dije lo que pasó y nada más. Menos mal, las declaraciones de los tres coincidieron. Nos tuvieron allí varias horas y después nos llevaron a la morgue para ver el cadáver e identificarlo si es que nos era conocido.

— ¡Qué horror, si es René, nuestro vecino del sexto piso!

—A caray, vamos a ver, con que usted lo conoce y sabe quién es.

—Claro, no sólo fue mi vecino, sino también mi sastre.

Cuando levantaron la tela y descubrieron el rostro desfigurado de René, Fer y yo nos sobrecogimos. Sentí un escalofrío que me corrió por toda la columna y se dispersó por las piernas y los brazos. Todos los vellos del cuerpo se me crisparon de golpe. La cortada que René tenía en el cuello era espeluznante, una franja ancha y profunda le corría de una oreja a la otra. Lo habían degollado de un navajazo bien afilado. Parecía

corte de bisturí, ejecutado con pulso firme por una mano diestra en el oficio. El tajo lucía como si la piel lisa del sastre fuera de mantequilla. El tabique de la nariz estaba hinchado y desviado.

—Lo mataron a golpes y cuchilladas, no entiendo ¿Por qué si era un hombre de bien?

— Me llevé el susto de la vida cuando lo palpé blando y viscoso dentro del basurero, allí no alcancé a verle la cara, estaba escondida tras sus cabellos largos, enmarañados y pegajosos con sangre. Pobre hombre, quién pudo ensañarse con él para matarlo de esta manera, —me comentó en voz baja Fernando.

En mi cabeza corrían muchas interrogantes. René, por lo que me contaba cuando le llevaba mis jeans para hacerles la bastilla, había sido un gay muy noviero, celoso y apasionado, según él, tenía mucho pegue con los hombres. Eso sí, me decía que le daba mucha rabia cuando alguien le ponía los cuernos. Me contaba de sus amores y cuitas, haciéndolo como si fuera de mujer a mujer.

Vestía femenino, elegante, de buen gusto, era delicada, aunque un poco chismosa, claro, todo mundo iba con ella y se enteraba de las vidas ajenas. No había nadie tan diestro para ajustar bien al cuerpo los jeans. Su voz me sonaba en la cabeza: —Ay amiga, si enflacas no vayas a reclamarme que los pantalones te quedan aguados, voy a poner una báscula en el negocio para pesar a todas las clientas ¿sabes? porque algunas, y no digo nombres, me salen con que no hice bien la compostura y eso no es jus-to. —Yo le respondía —no te preocupes, nada me daría más gusto que volvértelos a traer para achicarlos. —Ay, pero no pienses que lo digo por ti ¿eh? —me decía y le contestaba —claro que no... ya me imagino por quiénes lo dices.

En tiempos de calor René usaba sandalias. Tenía unos pies bellísimos, más cuidados que los míos. Se enchinaba y ponía un poco de rímel en las pestañas, hacía yoga, usaba blusas de seda, collares, etc.

—Ay Mercedes, el vecino fue toda una loca. No me extraña que haya acabado así.

—Me decepcionas, Fernando. Tu comentario me cae como patada en el estómago. René fue mi amiga ¿entiendes?

—Estamos. No más comentarios sobre el asunto. A ver si ya nos dejan ir a la casa.

¡Qué miseria la de los dos! Las cuatro de la tarde y yo en el Ministerio Público sin arreglar. El olor de Fernando ya es insoportable. Apenas hace dos horas, antes de ir a la morgue, lo acompañó un policía al baño, se lavó cara, manos y, como pudo, limpió la dentadura; creo que el poli le consiguió un chorrillo de alcohol para desinfectarla y metérsela a la boca ¡Qué asco! Cuando lleguemos a casa se la lavo con cloro. A las seis el juez dictó libertad condicional en lo que investigan el crimen. Llegamos a la casa. Aquello parecía una irrealidad. Me casé para llevar una vida diferente y allí estaba, inopinada, espontánea. Hacía honor a mi nombre: Mercedes a merced de lo que el futuro depare.

—Te bañas o me baño.

—Yo primero porque no creo que quieras que toque nada en la casa. Antes de que te dé un ataque me meto a la ducha.

—Ajá, me doy cuenta que me vas conociendo mejor cada día. Hazlo tú y por favor desnúdate en el vestíbulo, yo abro la llave de la regadera.

—Qué vas a hacer con mi ropa.

—Qué crees ¡Tirlarla a la basura! No pretenderás que la eche en la lavadora y menos que la lleve a una lavandería ¿qué no la hueles?

—Lo que me espera en unos años. Vas a ser una vieja histérica.

Fernando ya andaba desnudo atrás de mí. Entramos al baño y después de quince minutos, cuando calculé que ya se había enjabonado llegué y me metí con él a la ducha. Jugamos un buen rato, hasta que se acabó el agua caliente y nos metimos en la cama a seguirle. Nos evadimos trenzando piernas y brazos. Nos teníamos el uno al otro. Juntos podíamos superar la pesadilla vivida de ese día en una noche sabrosa y tranquila.

Apagamos la luz y en mi cabeza se encendió la imagen de René en la morgue. Quería quitármela pero era inútil. Noté que Fer daba vueltas a un lado y otro. No quería tocar el tema del sastre. Lo que deseaba era dormir. Él se acomodó sobre su costado, acucillado. Me amoldé a su cuerpo y logré conciliar el sueño.

Fernando no volvió a dejar la dentadura en un clínex. Ahora se queda dentro de un vaso con agua y pastillas efervescentes para desinfectarla.

—Cuando tengamos dinero, lo primero que haré será ponerme implantes. No sabes lo que se siente, a mi edad, tener que usar una dentadura postiza.

—Te amo como eres, con o sin dientes. Además nadie lo nota...si no abres la boca —le sonreí y, a los dos, nos entró un ataque de risa.

—Después de tu escena por lo de Mariate, creí que me los habías escondido o tirado para que llegara a la oficina y ella me viera chimuelo.

—Cómo puedes pensar eso, me ofendes.

Quiero tanto a mi Fer que lo último que haría sería perderle sus dientes. Y en cuanto a la Mariate ¡No tiene por qué enterarse de las intimidades de mi marido!

—Sabes que lo de la dentadura me hace sentir inseguro. Creo que la gente me lo nota.

—Déjate ya de tonterías. El dentista te hizo un buen trabajo. Nadie se da cuenta, los postizos son parte de ti —le digo muy seria, mientras pienso que, menos mal, el barrendero encontró la dentadura.

—Claro, como tu tienes unos dientes lindos me dices esas cosas queriéndome lavar el cerebro de que “son parte” de mí, pero tú no los sientes en la boca.

—Si no te apuras con el desayuno llegarás tarde.

—Quién nos iba a decir que buscando los pinches dientes me toparía con el cadáver de René. Por cierto, la policía ya no nos ha vuelto a interrogar.

—No, más bien han estado inspeccionando el depa que él ocupó. Mientras te bañabas, tocó a la puerta una señora muy amable. Es su mamá. Vive en Hermosillo y tiene un acento norteco muy marcado.

—No me digas que le contaste cómo descubrimos a su hijo. Espero no le hayas dicho lo de mi caja de dientes.

—Sólo piensas en ti. Con qué otro objetivo ibas a estar hurgando ese día en el contenedor. Ni modo de mentir. Y apúrate que ya vas tarde.

—No me digas que se enteró.

—No tengo ganas de discutir.

—Yo tampoco, al fin y al cabo qué son mis dientes comparados con su vida.

—Nada, no son más que un trozo de acrílico.

Se levantó de la mesa me dio un beso y salió del departamento. Qué alivio, no sé, lo quiero tanto, pero a veces me pone de mal humor. Así ha de ser en todos los matrimonios.

Estoy nerviosa, no tarda en sonar el timbre. Invité a la señora Rosario Palma, mamá de René. Me puse a hacer unas galletas y prepararé café. Al rato llegó y conversamos con brevedad.

—Estimé mucho a su hijo. No sabe cómo siento lo ocurrido.

—Gracias, era un chico muy reservado, lástima.

Ella tenía la mirada rara. Tristeza sí, y algo más que no podía descifrar. Ese “lástima” me sonó a doble sentido: En forma literal, porque lo asesinaron; en forma alegórica, porque seguramente al ser gay le dijeron, como hacen muchos padres en este país, que se fuera lejos, donde no supieran de él.

— ¿A qué edad vino René a México?

—A los dieciocho.

Obvio que no pregunté por qué. Su padre ha de ser el típico macho que no tolera a un hijo así.

—René nunca me habló de usted, pero sí me contó de su abuela, la que lo enseñó a coser.

—Ay, que mi mamá. Cuánto quiso a mi hijo. Usted sabe lo que pasa con las abuelas que no tienen nietas, porque René fue hijo único. A él le enseñó lo que ella hacía con tanto esmero, tejer, bordar y coser.

—Qué bueno que su abuela lo instruyó tan bien. Nadie cosía y arreglaba la ropa como su hijo, señora. Siéntase orgullosa.

Percibí cierta incomodidad en el ambiente y dejé que ella se explayara, pero nada, se hizo un silencio pesado.

— ¿Y cómo va la investigación? —pregunté.

—Parece que ya tienen al asesino.

—Qué bueno. Eso no debe quedar impune.

—Sí, Mercedes. Ahora ya no tarda en llegar el inspector. Me voy a llevar sus cenizas a Hermosillo. Le agradezco sus atenciones.

La mamá de René salió de mi casa como si tuviera prisa. Hubo algo más que me ocultó y que no pude averiguar hasta después, cuando me topé con Tere, la cotorra del edificio.

Según ella el crimen se aclaró y detuvieron al culpable. Esta vieja vive en el primer piso y parece que no tiene otra cosa qué hacer que ventanear a los vecinos. No la soporto, pero lo disimulo. Si uno la deja hablar, se va largo, como hilo de media.

—Dicen que fue un crimen pasional. Ya ve, Merceditas, como tantas otras cosas, lo tiraron a la basura.

— Qué pena, René fue tan linda persona. Quién hubiera imaginado que le pasara algo así, —me despedí de manera abrupta para no abrir la boca con ella.

El asesinato de René salió en la plana roja del diario vespertino *Últimas noticias*. La impresión de verlo en la morgue se fijó en mi cabeza como portada de una película de horror y me crispó los nervios. Un tal Raúl Martínez, novio de Oscar, el mejor amigo de René, lo mató por celos. La única manera de borrarlo fue poniéndome a hacer algo. Me dio por sacudir y ordenar el depa. —Los malos pensamientos se disipan trabajando—, decía mi abuela y tenía razón, el olor a limón del aceite para conservar los muebles me hizo olvidar al sastre.

Pasé el trapo por la vieja madera de la mesa que hace años fue el comedor de mis abuelos y hoy sirve para proyectar, dibujar, escribir y, en fin, es útil para todo, menos para sentarnos a comer —como la gente—, ¿cierto, abue?

Qué sobria lucía esta mesa vestida con el mantel, los cubiertos, las copas y la vajilla azul con blanco para celebrar mis cumpleaños cuando todavía vivía con nosotros el abuelo. Me preparaban un pastel de chocolate que tenía jalea de frambuesas en el centro y lo adornaban con betún de vainilla y velitas. Ahora es Fernando quien me invita a festejarlo en algún restaurante de moda. Yo se lo agradezco mucho, aunque él no sabe que aún echo de menos el pastel de Teresa, la cocinera que trabajaba con mis abuelos.

Nuestro menaje es escaso, lo que facilita la labor de limpieza, casi todo proviene del reciclaje. Algunas cosas fueron de mi abuela, otras las conseguimos en ventas de garaje. Me gustaría poder comprar muebles contemporáneos, éstos de líneas limpias que hacen la vida más cómoda, pero ya vendrán tiempos para esos lujos. Por lo pronto

he logrado darle al depa un ambiente ecléctico, afín a Fer y a mí. Con la cretona beige de las cortinas de la sala de mi abuela forramos el sofá viejo que nos dio mi suegra. En las paredes cuelgan varios tapices y pinturas que hice en mis tiempos de estudiante.

Abro el closet de la recámara para guardar la ropa, volteo al lado izquierdo y veo que tengo algunas blusas y camisas sin botones para coser ¿cuándo? No sé, un día de estos. Todavía no he desempacado el costurero de mi abuela. Lo busco dentro de unas cajas que no he abierto desde que me casé. No tardé en encontrarlo. Es un cofre de madera reciclado por ella. A mí también me da, de vez en cuando la manía de arreglar y transformar cachivaches en algo útil. La cubierta tiene un pirograbado con el logotipo de una fábrica de chocolates que ya no existe, *Lady Baltimore*. La adornan las siluetas rococó de una pareja que está entre dos árboles. Un hombre que reverencia y besa la mano de una mujer. Ella, con peluca, abanico, escote y vestido largo. Él, con el cabello en una trenza, pantalones hasta debajo de la rodilla, medias y zapatos puntiagudos con hebilla. La caja tiene una cerradura dorada, de ésas que se pueden abrir hasta con un broche de cabello. Dentro guarda los secretos de costura de mi abuela. Ella forró el interior con retazos de fieltro. Además le construyó, con cajitas de cartón, varios compartimentos para separar y ordenar ovillos de colores, agujas, alfileres, tijeras y un huevo de madera para zurcir.

— ¡Abuela! quién remienda en estos tiempos medias y calcetines. Si se agujeran, van a dar a la basura—. Al tocar con las yemas de mis dedos la textura lisa del huevo oigo su voz:

—Tú Mercedes, tú. Anda, repasa y cose los botones que faltan en esas camisas, allí te dejé una cajita con un buen surtido. Hay de concha y de plástico. Escoge los que son casi iguales a los originales.

—Está bien, tú ganas—. Dejé pendiente la limpieza y me puse a coser botones. No dejaba de observar con fascinación el cofre, objeto literal de minimalismo que contenía el cuarto de costura de mi abuela. Me trasladé al costurero de su casa y conversamos a gusto.

Según le iba contando las peripecias del día en que acabamos detenidos y fuimos a dar a la Delegación, oía sus carcajadas.

—Así se hace cada día mi hijita. La vida es una caja de sorpresas. Eso es lo divertido. La incertidumbre. Si vieras cómo extraño esas andanadas.

—¿Por qué dices eso?

—Si tú no me llamas, sólo me queda, como dicen los vivos, descansar en paz.

—Dime ¿Qué hay después de la vida?

—Muerte, Mercedes y, no preguntes más porque a cada uno le toca averiguarlo en su momento, así que no me olvides, te lo suplico.

—Cuenta conmigo. Me gusta que todavía me acompañes. Oye, ahora que estoy casada voy descubriendo que realmente no conocía bien a Fer.

— ¡Claro! “Para conocer a Fer vive con él un mes”.

—Caray, no me digas que sigues por allá con tus refranes.

—“Lo que bien se aprende nunca se olvida”.

—Qué crees, de que tiene sus dientes postizos ¡No me di cuenta hasta que volvimos del viaje de bodas! ¿Puedes creerlo? La verdad, no se nota que son falsos.

—Por supuesto que lo entiendo. A nadie nos gusta mostrar nuestros desperfectos.

—No estoy de acuerdo. Hay que ser sinceros y mostrarnos como somos. Yo lo amo con todo mi corazón, sin o con dientes.

—Ojalá sigas queriéndolo así, porque el amor se acaba cuando saltan nuestras miserias.

—En serio ¿Se acaba?

—En vida siempre lo quise negar, pero a ti no te puedo mentir. Yo no amé a tu abuelo toda la vida. Al principio sí, pero con el tiempo nuestra relación fue cayendo en la costumbre. Y en una mujer como yo, el tedio y la rutina me hicieron buscar emociones por otros lados, —me quedé pensativa. Aquellos eventos que vi de niña, cuando discutían mis abuelos cobraron sentido.

— ¿Alguna vez sentiste celos?

—Yo no, tu abuelo no me dio motivos.

—Pero, me acuerdo que tú a él sí—. Me dio pena pensar en mi abuelo. La quiso tanto. Con razón me decía que era como una leona. Cuántas le habrá hecho.

—No empieces Meche ¿si ya sabes? para qué preguntas.

—Le pusiste el cuerno aquél día que nos anunciaste: “Voy a la peluquería, tardaré. Teresa, por favor caliente la comida a la una y media para el señor y la niña”.

¿Verdad?

—Y, sí fui.

—Al salón de belleza y ¿a dónde más?

—Pues allí y ya. Mejor cambia el tema. Por vida tuya mi hijita me estás agobiando con tantas preguntas.

—Los muertos no se agobian. Anda abue, ya pasó mucho tiempo, era yo una niña, cuéntame tus secretos—. Como cuando estaba viva, seguía siendo astuta y mandona. Esta vez tenía que ser yo más sagaz que ella. Guardé silencio hasta que me dijo con voz dulzona:

—Sólo te los cuento porque hoy sacaste el costurero que te regalé y lo estrenaste pegando botones.

—No des más rodeos. Lo de los poemas que guardabas en tu ropero te delató en algo que ocultabas al abuelo.

— ¡Ay! No insistas, si ya sabes que tuve un enamorado que me escribía poemas y que tu abuelo se disgustó ¿para qué me atormentas ahora—? No le hice caso y continué con el tema.

—Aquel día, durante el desayuno él estuvo muy serio, callado. Tú, frente al jugo de naranja, llorabas sobre la papaya y le suplicabas: “Por favor, Alfonso, por favor, perdóname”. Él, al verme entrar en el antecomedor me dijo muy serio: “Ya me voy a la oficina, si tu abuela empeora llamen al doctor”. Tú gritaste desconsolada que no, que tu enfermedad no era del corazón, sino del alma. Me decías “mi hijita, eso no lo cura el médico”. Tenías los ojos hinchados, pero entre gemidos y quejidos me impresionó verte comiendo esa papaya bañada con tus lagrimones. El cuadro no pudo ser más patético. Lo recuerdo y me entristezco. En ese momento me sentí insegura, viendo una pelea entre las únicas personas que me querían. Al poco tiempo el abuelo te dejó.

—Mercedes, Mercedes, perdóname, tú y yo sabemos que quién le dio los poemas a Alfonso fuiste tú, chismosilla.

—Pensé que al abuelo le iba a dar risa que alguien en la peluquería te escribiera poemas. Como tú me decías: “No hagas cosas malas que parezcan buenas”.

—Ya sé, pero no tenías edad para saber las cosas que a veces pasan entre los adultos. Estabas tan pequeñita, sin tus padres, y nosotros con la responsabilidad de criarte y formarte.

—Perdón, abuela, dijiste cosas de adultos o de adúlteros.

—No, Mercedes, no me hables así.

—A esa edad yo qué me iba a imaginar. Pensaba en ti, sentada en el salón, con rulos, bajo esos secadores que eran como escafandras de buzo pero con ruido de avión. Tú leías unos poemas cursis, escritos por un hombre rococó, como el que tiene mi cofre de costura. Yo te admiraba e idealizaba en un cuento, como si te hubieras ido de viaje por el túnel del tiempo.

—Aciertas en la mitad de la historia. La otra, no tienes por qué saberla.

—Si así nos llevamos, me decepcionas, —volvió el silencio y cuando decidí guardar el costurero salió su voz.

—Antonio, así se llamaba. Nos conocimos en un café de Coyoacán, donde se reunían varios escritores, pintores y escultores.

— ¡Y tú qué hacías hasta Coyoacán!

—Satisfacer mi lado bohemio, el que nunca pudo llenar tu abuelo. ¿Te acuerdas cuando cantábamos en el costurero y yo te contaba que de soltera quería ser artista?

—Sí, y tu mamá no te lo permitió, ya lo sé, dime más de Coyoacán.

—Cuando tú eras chica había un café cantante, se llamaba *El cóndor pasa*. El ambiente de la calle empedrada y la casa colonial pintada de azul añil con el zoclo en rojo quemado me atraían como un imán. La primera vez fui con Ema Garrido ¿te acuerdas que ella escribía poemas?

—A mi abuelo, esa señora no le caía del todo bien.

—Claro, la prejuizgaba. Decía que era de cascos ligeros, pero no le hice caso a Alfonso y me salí con la mía, seguí siendo su amiga, ella me invitó a Coyoacán la primera vez, después empecé a ir una vez por semana coincidiendo con el día que iba a la peluquería.

—Toda tu vida hiciste lo que te dio la gana. Quiero ser como tú. A veces esto del matrimonio me hace sentir como pájaro en jaula. Sigue, por favor, me interesa mucho aprender cómo encontraste la de manera de hacer tu voluntad. Aunque el abuelo se acabó enterando porque eso sí, él era un lince.

— ¡Lo supo por ti, Mercedes, por ti! Qué lince ni qué felino, si era como un minino de angora.

— ¡No hables así de mi abuelo, respétalo si me quieres!

—Te adoro mi hijita, por lo que más quieras, no me grites.

—Bueno, si tanto me quieres cuéntamelo todo, anda, ánimo que “agua pasada no mueve molino”.

—Eso es tema para otro día, pero está bien. Creo que ya estás en edad de entender esas cosas. Si quieres saber cómo conocí al poeta, no interrumpas.

— ¡Sí! —me dispuse a escucharla.

—En el café cantante había unos músicos peruanos, Jimmy, Tshilo y su novia Gabriela, la bailarina. Ellos se turnaban los descansos con dos guitarristas mexicanos, Jesús y Dago, quienes cantaban la Malagueña a dos voces y me llenaban el corazón de emociones nuevas, prohibidas para una mujer casada. Los peruanos tocaban zampoñas de diferentes tamaños, como la quena quechua que canta con el viento andino, el cajón que fusiona ritmos incas y africanos, instrumentos mestizos como el bombo que con su retumbo grave acompaña a las cuerdas del charango y que vibran distinto a las de la mandolina y la guitarra españolas. Además, ¿qué sería de la música peruana sin los efectos de percusión? Cuando los artistas llevan el ritmo de la melodía con cencerros, claves y guacharaca enriquecen la profusión de sonidos y le dan a las canciones tradicionales un toque de autenticidad personal. Los músicos se instalaban en un rincón del café.

—Ay abue abrevia y ve al punto. No necesitas ser tan ceremoniosa o ¿le estás dando vuelta al asunto?

—Déjame seguir con mis recuerdos y escucha —siguió en un tono idílico, suave, raro en ella, casi desconocido para mí. No podía creer que la que me hablaba era mi abuela.

—Está bien, sigue, pero ya, dime qué pasó.

—Afinaban charangos, guitarras y en aquel salón el ambiente entraba en calor, el ánimo me subía y ya desinhibida cantaba con todo mi corazón. Era como dejar a Emilia Santamaría en el perchero para transformarme en Rosa de Castilla, ése fue mi nombre artístico en Coyoacán. Eso sí, como la Cenicienta, pero en lugar de a la media noche, a las seis y media de la tarde, hora en la que cerraban el salón de belleza, salía

disparada para la casa. Hasta que un día el poeta decidió abordarme antes del baile y la música y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Me dejó de boca abierta y con voz entrecortada le pregunté:

—Ay, pero y ¿mi abuelo?

—Alfonso ni se daba cuenta porque con su eterna e inflexible rutina, a esas horas solía estar siempre en el *Frontón México*. Era amigo de varios pelotaris. El Jai Alai fue el único vicio que tuvo, lo entretenía de cuatro a ocho de la noche — ¡Inocente! —pensé.

—Con razón siempre cenábamos a las ocho y media.

Ya no quería saber más, pero ella continuó. Lo mejor era seguirle la corriente, así que cambié de actitud.

—Mis huídas misteriosas de *El cóndor pasa* avivaban los ánimos del poeta, lo traía loco. “Rosa, mi Rosa de Castilla, por qué cuando todo empieza te vas cómo el viento”, me decía y, yo lo dejaba con la palabra en la boca. Tomaba un taxi, en el trayecto me arreglaba un poco el cabello y me refrescaba para llegar como si nada.

— ¡Pillina, pillina!

—En el café aprendí a mover la cintura y los brazos al compás del huayno, hasta me preguntaban si había nacido en Perú.

—Oye abuela, qué divertido suena y ¡qué calladito lo tuviste! —estaba tan entusiasmada que creo no me oyó y siguió. Las modulaciones exageradas de su voz me hacían percibir que estaba reviviendo aquellas aventuras. Yo permanecí callada, gozando con sus andanzas, qué me quedaba.

—No te puedes imaginar el desfogue que sentía bailando. Las voces, risas y melodías alegres vibraban en mí de contento y se estampaban por paredes, pisos y techos. Gabriela, la bailarina, usaba faldas y pollera colorada. Sus blusas eran un primor de bordados, con vivos de encaje. Pollera, falda y blusa ondulaban al ritmo de la música contagiando de alegría hasta a los más tímidos y tiesos que se morían por bailar, pero no se atrevían a soltar el cuerpo. Ella me enseñó valeses, marineras, huaynos y bailes afro-peruanos. Con esos ritmos sueltas las caderas y los hombros al compás del cajón, bombo y otras percusiones. Desatas todo el cuerpo y dejas que exprese lo que le dé la gana, haciendo a un lado las ridículas inhibiciones de nuestra herencia acartonada que nos veta las expresiones del lenguaje corporal —hizo una pequeña pausa y suspiró.

—Fue con un valsecito cuando me enamoré de mi poeta. Él me llevaba de la cintura y, con el toque de la punta de sus dedos, me indicaba hacia dónde girar el cuerpo. Yo flotaba con él por todo el salón. ¡Huy! Si tu abuelo se hubiera enterado me mata ¿no crees?

—Si le hubieras dicho todo esto como me lo estás diciendo a mí, sí te habría matado. Él también tenía su carácter. Me haces pensar que eso de hacer cosas a espaldas del abuelo te-re-que-te gustaba.

—Claro, Meche, si lo prohibido es lo más sabroso.

Sabía que mi abuela tenía algo de cachonda, pero qué bárbara, no tanto. La provoqué para que de una vez soltara todo.

—Pero ¡qué onda con el poeta!

—No me creas tan lanzada. Eso no pasó de unos devaneos interesantes, fueron unos besitos y hasta ahí nomás.

—Caramba abuela, lo que acabas de decir no lo crees ni tú.

—Dejémoslo así, llámalo resbalón, cana al aire, como quieras, pero no te daré santo y seña.

—Por su nombre, eso que hiciste, en sentido literal ¡fue un acostón!

—Sólo te perdono lo que acabas de decir porque ya estoy hecha polvo, pero...

—Pero para polvos los de Rosa de Castilla ¿qué no? ¡Así que estuvo sabroso el revolcón!

— ¡Delicioso! Me dejó como una seda. Con decirte que me quitó diez años de encima. Los amigos de los jueves me preguntaban, mientras jugábamos canasta, que qué cremas estaba usando porque me veían más joven.

— Qué bárbaro, seguro no te atreviste a decirles que la crema era de los Andes. Pobrecitas las has de haber hecho comprar alguna de esas carísimas del *El Palacio de Hierro*.

— No seas ordinaria ¿Ves por qué no te quiero contar más? Saliste tan tremenda o más que yo Mercedes.

—Bájale abue, sólo fue, como tú dices, un chascarrillo.

— Ahora resulta que “los patos le tiran a las escopetas” no más eso me faltaba.

—Yo quisiera sazonar mi vida con un poco más de sal y pimienta como tú, casi no veo a Fer, se la pasa en las obras y la oficina, llega hasta las once y media. Yo sí que me he comportado como una santa.

—Ya te cansarás. Y fíjate lo que te digo, todos cometemos errores y el que esté libre de culpas...que se aventure a divertirse un poco ¿cierto?

—Tienes razón. Quién se atrevería a juzgar. Si vieras, me da gusto saber que en vida hiciste todo por ser feliz.

Rosa de Castilla me dejó pensando. Tanto que me preocupa que la Mariate de la oficina se meta con Fernando. Qué tal que yo salgo como mi abuela, capaz de ponerle los cuernos a él. No, imposible. Lo quiero demasiado. El primer año de matrimonio es difícil, pero luego dicen que las parejas se ajustan. Así nos va a pasar.

Ay mi abuelo, cuánto amó a su Emilia, lo de los poemas... ¿Y por eso se fue? También él era un hombre muy inteligente. A lo mejor al principio se tragó toda esa mierda por amor a ella y tuvo otros motivos para dejarla ¿Será que yo sin saberlo la delaté? ¿Sólo por sacar del ropero los poemas y dárselos a él? Con razón insistía en comparar a su mujer con una leona. Ella le gruñía a cada rato. Con qué facilidad lo hacía caer como un ratón. Claro, Emilia le daba roquefort del francés y Alfonso, goloso, lo engullía y se dejaba querer. A lo mejor estoy errada. Él también habrá hecho de las suyas y mi abuela ni se enteró. Qué bueno que nadie puede leer nuestro corazón.

El corte de cabello, largo a los lados y la nuca corta me favorece. Marinela maneja las tijeras con destreza. Paso una mano por el fleco y está como seda. Salgo del salón de belleza con paso seguro, la frente en alto y mi melena flotando al vaivén del viento. Aire de suficiencia, eso es lo que resulta de una arregladita en la peluquería. No me cambio por nadie. Pongo mi gesto de “háganse a un lado que voy yo”, los hombres de traje y corbata giran la cabeza y me echan una mirada, algunos lo hacen con disimulo, otros con ojos de Rayos X. Me piropea un albañil. “Huy mamacita, aquí tengo el pajarito que quiere entrar a tu nidito”. Mi ego sube como la espuma del buen champán. Le devolvería un guiño, pero ahora voy junto a mi amiga Laura Salazar, por eso me hago la digna, arrecio el paso e inflo los aleros de la nariz, como si oliera el excremento de un gato.

— ¿Oíste?

—Qué —Laura se hace la sorda.

—La vulgaridad que me gritó aquel pelado desde el andamio —mi amiga finge y pone cara de interrogación.

— ¿Cuál? —y empieza a mirar para todos lados.

—Babosa, no voltees que va a creer que me gustó—, lo cual es cierto. Me halagó su ordinariez. Laura sigue viendo para todos lados con la boca abierta.

—Ah sí, te refieres a ese güey que está sentado en un columpio, allá en aquel edificio, huy, ¿ya le viste la raya del trasero?

—Sólo tú te fijas en esas cosas, —alzo la vista mientras pienso, mentira, tú eres igual o peor, de un vistazo ojeas hasta el color de los calcetines.

Entramos a la *Cafebrería el Péndulo*. Me llama la atención la enorme caja con arena y el cuerpo grave que remata en punta y oscila suspendido desde la bóveda por una cuerda gruesa. Dibuja formas, a veces rectas, a veces redondas sobre el fino polvo amarillento. Damos una vuelta por las estanterías. Me llevo a la mesa dos novelas para leer los comentarios de las solapas y decidir si compro una de ellas. Se nos acercan dos tipos con una pinta buenísima. Laura les sonrío con los ojos y la boca. Yo levanto la barbilla, la miro y le pregunto:

— Oye ¿quiénes son estos papuchos?

—Ahorita te los presento.

El más alto es un cromo, modelo de revista o algo por el estilo. Es como un maniquí, pero de carne y hueso. Cruzo con él una mirada, me extiende la mano y su voz me cimbra.

—Soy Julio—, me quedo pasmada unos instantes y le devuelvo la frase de cajón.

—Mercedes, encantada.

Sí, este hombre es arrollador. Siempre habrá uno más guapo e interesante que Fernando, como también hay otras más bonitas y atractivas para él. No voy más lejos, la Mariate de la oficina, por ejemplo. No sé por qué si ahora estoy tan contenta se me ocurre pensar en mi marido y en esa tipa.

El otro chico también tiene buen ver, pero es de los que no me mueven ni un cabello. Obnubilada por Julio no me grabo el nombre del otro. Por la conversación me entero que Laura y él se conocen desde la infancia. Con estas conjeturas empiezo a

sentirme en confianza. Julio y su amigo trabajan como asesores de imagen para algunos artistas de telenovelas. Con razón andan tan bien arreglados.

—A las cuatro empieza la hora feliz. Dos por una copa en el bar Polanco —dice Laura.

— ¡Me cae bien que comience la parranda tan temprano! —claro, la primera entusiasmada soy yo, Fernando llega hasta las once. Qué café ni qué libros ni qué nada, pagamos la cuenta y salimos hacia el bar que queda a pocos pasos del café.

— ¿Has estado en ese bar? —me dice Julio.

—No, nunca, pero siempre hay una primera vez.

—La música es en vivo y los Martinis, qué te puedo decir, son buenísimos. Además, mi loft está justo enfrente.

—O sea que tú feliz con ir allí porque no tienes que manejar ¿verdad?—le digo en tono guasón y lo abrazo. Él corresponde pegando su torso al mío. Un gusanito me corre de arriba abajo.

—Te invito a conocerlo después del bar.

—No creo. Pediré sólo un Martini y regreso a mi casa.

—Eso dicen todas.

—Yo no soy como todas. Conmigo te equivocas.

Julio sonrío alzando la vista con aire de un “vamos a ver”. Yo me digo “Mercedes, compórtate. Eres una mujer casada. A las seis, como hacía tu abuela cuando iba a Coyoacán, sales y te vas derecho para tu casa”. Entramos y es cierto, el lugar está casi lleno. En la penumbra, apenas veo el reloj, no quiero ponerme los anteojos, así que no sé qué hora es. No hay ventanas, sólo luces de colores que

iluminan el escenario donde están los músicos y unas veladoras diminutas sobre cada mesa.

—Un Dirty Martini por favor, —le digo al barman. Julio opta por el clásico, Laura y el otro cuate piden Sintinis. Creo que los hacen con tequila en lugar de ginebra y con jugo de granada porque son rojos.

Después del tercer Martini decido que es el momento adecuado para ir al baño. Me he reído tanto que me arden los ojos, seguramente el rímel está corrido. Ah y ¿qué horas son? Me levanto y pierdo un poquito el equilibrio.

— ¿Te acompaño? —Julio se incorpora para darme su brazo.

— ¡No, no, no! Si estoy muy bien ¿Les hago un cuatro?

Laura no pregunta. Va conmigo hasta el baño.

—Qué bárbaro, Lauris, me la estoy pasando de maravilla. No quiero irme.

—Son las seis y media. Qué te parece si ya le paramos y en una hora nos vamos.

—Sale amiga. Tú sí me comprendes de verdad. Oye, qué cuero de hombre es Julio ¡Qué calladito te lo tenías!

—Hace poco que regresó a México. Estudió en Estados Unidos. Te aviso que de aquí me voy con Pedro.

— ¿Pedro?

—Sí, el amigo de Julio — me dijo, y yo, por estar tan embobada con el galanazo la cabeza me da vueltas, no recuerdo el nombre del otro.

—Pero si tú te vas con Pedro ¿yo qué hago, mensa?

—No sé, pero espera un poco a que se te baje el cuete ¿Crees que puedas manejar al rato?

—Sí. Qué ¿me ves mal? o qué.

—No, al rato ya estarás mejor ¿verdad?

—Sí, no te preocupes. Ya sabes que soy muy responsable ¿a poco no?

— ¡Claro, amiga! Tú nunca pierdes la vertical.

—Clarines Lauris, vete con tu galán y a ver qué hago yo con el mío.

Regresamos a la mesa. Los muchachos ya habían pagado la cuenta. Laura y Pedro se despidieron.

—Oye Julio ¿Me acompañas un ratito mientras bebo agua para poder irme al rato?

—Mejor caminamos a mi casa, allí te pones cómoda. Así nos la pasamos suave. Somos gente cabal ¿o qué? No vamos a dejar que los amigos manejen en estado inconveniente.

—Bueno, vamos.

Me pega el aire de la calle y compruebo que no estoy pasada de copas, sino borracha. No me atrevo a manejar. Necesito diluir el alcohol y pronto. Veo el reloj y son las siete. Para las nueve debo estar en casa.

El loft de Julio está decorado con un gusto exquisito. Colores fríos con algún toque de rojo. Muebles contemporáneos, mi sueño. La vista del ventanal da al bosque de Chapultepec.

—Recuéstate en el sofá, ponte cómoda ¿quieres agua Perrier?

—Sí Julio, dame del agua que tengas, me da lo mismo de la llave que de Tehuacán. Oye ¿a qué sabe la Perrier?

—A agua con burbujas.

—Bueno pues la acepto, tengo sed.

Me quito los zapatos y la chaqueta. Empiezo a oír una música que no conozco, pero me gusta porque me relaja aún más de lo que estoy. Regresa con dos copas de agua sobre una bandeja plateada, bajo una servilleta verde almidonada ¿Quién le planchará tan bien? A lo mejor es metro-sexual porque todo lo tiene en su lugar. Los calcetines los lleva sin una sola arruga. Sus manos están más cuidadas que las mías ¿Se hará manicure? Sentado a mi lado me llega de pronto el vapor ligero a vetiver. No discierno si el mareo es por los Martinis o por toda esta situación tan fuera de la realidad. Debería irme, pero mi cuerpo está tan torpe que a cada intento por ponerme de pie me acurruco más entre los cojines del sofá. Me abraza y no lo rechazo. Se acerca cada vez más. Empieza a darme un masaje en los pies.

—Ay, por favor, no me hagas cosquillas, —pero tampoco quiero que deje de acariciarme.

—Qué borrachera la mía. Discúlpame, tienes razón, soy igual a las demás.

—No digas eso, Mercedes. Eres única. Me gustan tus pies —empieza a besármelos de una manera excitante.

— ¡Pero qué haces!

—Consentirte ¿Te gusta?

—Claro que me gusta pero, sabes, necesito ir al baño, tú sabes, he tomado tanta agua que...

—Tómate tu tiempo. ¿Ves esa puerta?

—Sí.

—Entra por allá y abre la puerta de la izquierda.

El baño es de mármol verde oscuro. Las toallas, de todos tamaños, son blancas, abullonadas. Más varonil no puede ser, aunque toda esa perfección para mí es un tanto artificial. Tampoco en este cuarto falta un florero con una orquídea blanca. Abro mi bolsa y allí está todavía el cepillo de dientes sin abrir y la muestra de *Crest* que me dio el dentista hace ya más de tres semanas. Menos mal que siempre cargo, como decía mi abuela, “hasta la mano del metate”, porque después de lo que he bebido la boca me sabe como el *Brasso* con el que limpio los objetos de metal. Qué buena es Marinela, el peinado sigue perfecto, todavía no se me ha rizado. Me paso un clínex por las ojeras y pongo un poco de brillo en mis labios. Me lavo las manos con un jabón que huele a verbena y dejo todo impecable. Cuando llego a la sala él no está. Escucho un ruido como de licuadora. A los pocos minutos llega con dos sorbetes de limón en otra bandeja y su servilleta. Me quedo muda. Está en calzoncillos negros, en el cuello lleva una corbatita como de frac. Me mira a los ojos y los suyos centellean.

—Oye, me tengo que ir.

—Sí, pero a mi cama.

—No, a mi casa. Gracias pero...

—Pero nada, —me agarra de los brazos y cargada, entramos a su recámara. Me posa con delicadeza sobre su cama, con cabecera de barrotes y me ata las manos con unos pañuelos grandes, suaves, como si me fuera a crucificar.

—No me toques, —le imploro y me pone un esparadrapo sobre la boca. Me desnuda y ata mis piernas al otro barandal ¡Qué humillación! Se va hacia el baño y oigo que echa a andar un motor. Me acuerdo de René en la morgue, golpeado, degollado. Éste me va a matar, la culpa es mía por confiada, por borracha, por estúpida. Debería estar en mi casa viendo la televisión. Pobre Fer cuando me descubran en un tiradero de basura, dentro de una bolsa negra, hecha pedacitos. Si tan siquiera pudiera hablar para pedirle a mi verdugo que me dé un vaso de vodka, ginebra, whisky, anestesia o algo para no sentir el tormento.

—Soy el lobito feroz y me voy a comer a Caperucita, ¡grrrrr! —me grita desde el baño. Ya no oigo el motor. Se aparece sin la corbata cursi, ahora con una piel de algún pobre animal atada a la espalda. En la mano derecha lleva una toalla doblada y una capa roja le cuelga del brazo. La otra mano la esconde detrás. Me pone la capa sobre cabeza y hombros, me pincha una nalga, yo salto y él extiende una toalla por debajo. Me retuerzo desesperada. Llora, no me puedo limpiar la nariz, la tengo tapada. La almohada está manchada de rímel y mocos. Ya no me importa nada. Voy a morir de la manera más infame. Me quedo inmóvil.

—Así, quietecita, quédate. Primero vamos a talar el bosque, —me dice y yo pienso cuál ¿el de Chapultepec? Porque en este lugar sólo hay unas pinches orquídeas. Cuando oigo de nuevo el motor, me muestra una máquina de afeitar.

—No te voy a hacer daño, Caperucita. Sólo te voy a herosear. Vas a quedar lisita, sabrosa. ¿Qué no ves que con esa mata de pelos no puedo entrar a tu casita? —cabrón de mierda, quiero gritarle, arañarlo, ponerle cera caliente cerca del pito y

arrancarle los pelos, pero me doy cuenta que él está de lo más afeitado también. Estos metrosexuales son bichos raros.

—Si me prometes no gritar, te quito el esparadrapo.

Asentí no sé cuantas veces con la cabeza. Me lo quita y limpia mi cara con una toalla humedecida en agua con olor a rosas.

—Ya no llores que me pones triste.

—No, no, no lloro, no te pongo triste —me doy cuenta por su mirada y sus movimientos sin agresividad de que no me va a hacer daño si yo le sigo la corriente. Empieza el afeitado. No sé si la humedad viene de adentro o es afuera. Las cosquillas que me produce la máquina no me desagradan.

—Y cuándo me vas a desatar.

—Al ratito, ya verás —no veo lo que me está haciendo pero no puedo mostrarle que estoy desesperada.

— ¡Lista preciosa! Ahora sí luces lo que escondías.

—Desátame, por favor. Prometo ser una buena Caperucita.

No me responde. Se dedica a besarme por todos lados. Me acaricia y yo me doy por vencida de nuevo. Me unta de aceite y me da masaje en piernas, muslos, caderas, abdomen, pechos. No hablo, sólo me concentro en vivir el momento.

— ¡Cómeme! me rindo.

—Si tú me lo pides, te devoro.

—Sí, hazlo ¡pero ya!

Me desata y lo abrazo. Luego flexiono las piernas y las aprieto contra sus costillas. Entramos en un vaivén suave, al ritmo de la música, sin prisa. Nos quedamos

un rato descansando. Después de un tiempo me levanto al baño, veo la hora, son las diez. Julio está dormido. Me aseo y sin hacer ruido salgo de su casa. En la calle no llueve, no hay viento, no hace frío ni calor. Desde la tarde hasta la noche de ese día, como otro cualquiera, no ha pasado nada, fuera del loft de Julio, todo sigue igual. Subo a mi coche y en poco tiempo llego a mi casa. Fer no ha llegado. Me ducho y caigo en un sueño pesado. Hace mucho tiempo que no duermo así.

Lo sucedido ayer me parece un sueño. Sólo el afeitado me recuerda que fue real. Por la mañana Fer apenas me da un beso en la mejilla y sale corriendo a una junta. Mejor. Quiero estar sola. Decido quedarme en casa, pero mi corazón no está en paz. —Abuela, si te contara lo que acabo de vivir...—pero hay secretos que uno se lleva a la tumba ¿cierto?

Qué imprudente, con la borrachera me olvidé que existen los condones. Sería injusto pegarle a Fer algún bicho de esos que con sólo saber que existen me inquietan. Anoche planeé entre sueños que hoy, sin falta, iré al laboratorio frente al Hospital Español que ofrece exámenes para la detección inmediata del VIH y cosas de ese tenor.

En medio de mis cavilaciones, tras el vapor y la cortina de la ducha, veo de pronto un bulto extraño. Pego un grito, me resbalo y evito la caída de milagro. Mi mano derecha se queda con el asa de aluminio y los tornillos que la unían a la pared y, al mismo tiempo, me doy cuenta de que es Fernando, quien como en tira cómica, hace todo tipo de aspavientos.

— ¡Mi linda! ¡Qué golpazo te dizte! Zonó durísimo ¿Eztáz bien?

—Casi me matas del susto. Pensé lo peor. Cómo voy a imaginar que eres tú si ya te habías despedido. Menudo trancazo me di en el codo.

—Perdóname, no fue mi intenzión.

—Los bienintencionados suelen llenar los panteones, mi amor. Por lo menos toca la puerta o anuncia que eres tú.

—Ez que por poco y me voy zin dientez ¿te imaginaz? Me vi en el retrovizor chimuelo y regrezé.

— A ¿sí? ¡No me digas! Cómo no me voy a dar cuenta si estás ceceando.

Si Fer pudiera saber en lo que yo estaba pensando se tragaría los dientes falsos. Abre los ojos como platos soperos, los dirige hacia mi entrepierna y, ansioso, sin

mirarse al espejo se mete la dentadura, casca la mordida y la rechina. Nunca le he dicho, pero ese ruido me crispera los nervios.

— A jijos ¡Y a ti qué te pasó!

—Me duele el codo.

— ¿Dijiste el coño?

— ¡No seas ordinario!

—El codo y el... sereno ¡Mercedes qué te hiciste en el triángulo de...las Bermudas! ¡Híjole, estás al rape —! Fascinado, sube la vista hasta confrontarla con la mía y me sonríe igualito que la mascota de su mamá, un poodle juguetero que después de hacer alguna travesura te mira y tuerce el hocico en una mueca socarrona.

—Ayúdame y no te me quedes mirando como un pazguato. Ay, ay, ay, cómo me duele el codo, se me atoró en la jabonera y creo que me lo rompí—. Creo que ya se dio cuenta que finjo y sólo tengo un rasguño porque me pone una cara picarona.

—Un golpe en el codo trae buena suerte mi amor. Anda, no seas díscola y pásame tantita de tu buena vibra.

Si supiera el inocente que precisamente, la buena suerte es lo que más necesito en este momento. Hago de tripas corazón y le cambio el tono, aunque me siento ridícula, quién me manda.

— ¿Te gusta? Me hicieron un Brazilian Wax —en ese instante me salen las palabras quebradas entre la risa y el llanto. Cubro mi sexo con ambas manos.

—No te tapes nena, déjame verte mejor ¡Guau! ¡Qué hermosa! —sus piropos me halagan y él sigue — ¡tu nuevo look te sienta como de revista! Huy, ven acá preciosa. Trasquilada estás de rechupete.

—Deja ya de verme así y apiádate de mí que me está sangrando el codo —me salen unos lagrimones provocados no por el dolor, sino por el miedo de no poder frenarlo ni frenarme, así que pruebo a simularle un mini drama. Mientras lloro, él me envuelve en la toalla y, echa un taquito, me carga y recuesta con cuidado. Ahora resulta que en menos de veinticuatro horas dos hombres me han cargado y depositado sobre la cama.

— ¿Te duele mucho? Déjame ver, parece que es sólo un arañazo. Menos mal, mi linda, el susto fue mayor que el golpe ¿verdad? —claro, él ni se imagina. Más que el codo, creo que lo que pasó con Julio me ha puesto nerviosísima con Fer.

—No, Fer, no es cierto, lo de mi codo es serio ¿no ves que la sangre no para de salir? —le exagero un poco la nota para que no empiece con que quiere hacer el amor en este preciso momento.

—Verás chiquita, ahora mismo te pongo un curita. Oye, qué tal si llego un poco tarde a la oficina, no creo que me digan nada ¿Estrenamos? Hum, te me antojas más que nunca.

—No mi amor, ahorita no. Mira, todavía está muy sensible.

— ¿El codo?

—No Fernandito, el codo no. Pillín, ya sabes de lo que estoy hablando, pero te encanta jugar al despistado ¿verdad?

—Pues claro. Oye, sí que te dejaron despejadita ¿Ya viste cómo me pusiste? —le miro de reojo el tiro del pantalón y, dicho y hecho. Parece que se le va a reventar el cierre.

—Anda chiquito, ya vete a la oficina, mira, con la lloradera se me tapó la nariz
¿Me pasas un clínex?

—Te paso lo que quieras. Pero así no puedo salir a la calle ¿Y dime, quién te afeitó?

—Juliette, una francesa que trabaja con Jean Claude, —le contesto al mismo tiempo que soplo los mocos lo más fuerte que puedo para bajarle el ánimo pero ni se inmuta.

— ¡No me digas! ¡Ou la lá! Seguro que trasquilaba ovejas en Burdeos y ahora se lo hace a la creme de la creme aquí en México. Lo que no me cuadra es que si las francesas andan todavía con el plumero en las axilas, ahora traigan aquello sin un pelo.

— ¡Qué pasado de moda estás! Hoy en Francia hay más salones de depilación que bares y cafés.

—Bueno, y qué más da, sin tanga y con tango véngase mi reina.

Conozco bien a mi Fer. Cuando se calienta no hay forma de calmarlo. Con el cuento de los peluqueros pensé que ya se estaba enfriando, pero parece imposible. Sé lo que quiere y no va a parar hasta conseguirlo. Se mete rápido al closet. Sale de allí con un pañuelo.

—Soy el Capitán de *La niña* y estás en mi camarote, —le ata nudos en las cuatro esquinas y se lo encasqueta en la cabeza. Abre su camisa hasta el ombligo, muestra el pelo en pecho y me echa una mirada de ésas que me son irresistibles.

—No, Fer, por favor, ahorita urge que llegues a tiempo. Mira cariño dejémoslo para la noche.

—Por media hora no pasa nada. Hoy me doy el lujo y llego tarde, pero feliz —lo vi tan emocionado y contento que estuve a punto de ceder, qué bárbara, casi me convence. Sabe dónde tocar mis botones y cuando lo hace ya no pienso y me dejo llevar por el jolgorio que, de sobra se ve que me encanta.

—Cuando regreses te prometo que jugamos al Capitán ¿vale?

—No, no vale. Si es sólo un ratito mi nena.

—Si no hubieras dejado los dientes ya estarías trabajando.

— ¡Benditos dientes! Nunca me ha dado tanto gusto que sean postizos.

—Bueno, juguemos tantito nada más y por la noche festejamos.

Nos besamos un ratito sin llegar a más. Lo disuadí, ya no sé ni cómo, pero al fin se fue para la oficina. Ahora resulta que Julio me hizo un favor. Aquello afeitado trastorna a Fernando y a mí me ha puesto más caliente que una sartén sobre la estufa lista para cocinar lo que venga.

En el laboratorio hay como veinte personas esperando turno. Me acerco a la ventanilla, saludo a la recepcionista y en voz baja le digo que necesito un examen de enfermedades sexuales.

— ¿Gusta uno de estos paquetes? —grita con voz de silbato, como si fuera un restaurante y ofrecieran un menú de lo más apetecible. Me pasa a través de la ventanilla una hoja con el amplio surtido de análisis. Aquí todo el mundo se entera a lo que vienes.

— Señorita, por favor quisiera éste —se lo señalo con el índice sobre el papel.

—Identificación con foto por favor —ve la credencial, sube la vista, me mira y empieza a llenar la solicitud.

—Pérese tantito, —lo del tiempito me parece eterno, traigo los nervios de punta.

—Oiga, ¿y tardaré mucho? —le pregunto con tiento, pero no me contesta. Su semblante comunica un “despacio que si me apura me tardo más”, mientras frunce el ceño y con sus dedos chatos, entorpecidos por unas uñas de acrílico enormes, despega con lentitud las hojas de colores adheridas unas a otras, imantadas por el papel calca. Le esbozo la sonrisa obligada, no hay más que esperar a que termine con el papeleo.

— Disculpe ¿cuál era el análisis que solicita? —se oye hasta el pasillo donde está el elevador. Me acerco al hueco de la ventanilla y con la boca entrecerrada digo:

—VIH y ETS.

—Le conviene el Paquete Dos ¿verdad? porque por separado es más caro.

—Sí, señorita, —le reitero —éste, el de mil doscientos pesos.

—Okey seño, ya le entendí —voltea y grita— ¡Carmela! ¿No anda por ahí? ¡Rocío háblale a Carmela y dile que tiene paciente para Paquete VIH con ETS! —
¿Cómo es posible que se dé media vuelta y divulgue la información? No quiero ni voltear a ver qué cara pusieron los que esperan turno en la sala.

—Óigame, le pido de la manera más atenta que sea un poco más discreta.

— ¿Qué dice? Hable más fuerte por favor.

—Que sea considerada y tenga la bondad de no gritarme.

—Usté disculpe, es de que los pacientes no me oyen porque el vidrio es muy grueso y no los deja. Mire seño, tome asiento y espere su turno.

Tengo ganas de ahorcarla, además de lenta está sorda. Sin ver a nadie, como si así pudiera evitar que la gente me mire, busco un lugar vacío en esa sala tan fría, de techo alto, donde las paredes pintadas de gris hacen eco. Pienso que un resbalón como el de ayer le puede suceder a cualquiera. Ha pasado media hora y cuento hasta diez personas que, como yo, han de estar inquietas, esperando a que les saquen tubitos con sangre.

— ¿Mercedes Santamaría?

—Sí, —asiento la cabeza varias veces reiterándole el monosílabo.

— ¿Viene en ayunas?

—Sí —casi no me sale la voz, no he querido tomar ni agua, porque uno nunca sabe con qué le van a salir, como decía mi abuela, “toda precaución es poca”.

—Por favor llene el cuestionario y entréguelo a la doctora cuando toque su turno.

Preguntas sobre mi vida sexual ¡Qué oso! Todo por un desliz que a cualquiera que no esté en sus cinco sentidos le puede pasar. Qué aventura tan intensa e inesperada la de anoche. Escucho mi nombre de nuevo y salto de la silla. Otra mujer, de edad respetable, me hace una señal alzando el brazo y agitando la mano: “Si usted es Mercedes Santamaría, venga conmigo”. Su cara redonda, con arrugas y labios gruesos pintados de rojo contrastan con la bata larga, blanca y almidonada. Leo en su gafete: Carmela Hernández. Camino tras de ella hasta el cubículo que queda al fondo del pasillo. La observo cómo se coloca encima de la bata, otra desechable de color amarillo y se pone guantes dobles. Abre un paquete sellado que contiene la jeringa. Pregunta de nuevo mi nombre y apellido, se cerciora de que coincida con los tubos de ensayo que tiene preparados, lo cual me tranquiliza, sería fatal que hubiera un error,

aunque nadie es perfecto. Para muestra estoy yo, aquí, por atrabancada. Antes de sacarme sangre me cuestiona.

— ¿Todavía está usted casada? —me mira a la cara.

—Sí —el “todavía” no me gusta, es como si leyera en mis ojos alguna traición.

— ¿Tiene problemas en las relaciones sexuales con su marido? —la pregunta retumba en mi cabeza como golpe seco. Podría haber sido grosera y contestarle: “Eso es algo que a usted no le importa ¿Qué? ¿No puedo hacerme estos exámenes a menos que tenga problemas con mi esposo?” Pero le contesto con decoro.

—No señorita, sólo quiero descartar la posibilidad de alguna enfermedad sexual.

—Entonces ¿cree que él le ha sido infiel?

—No, para nada —nunca lo he pensado de Fer, pero allí me asaltó la duda. Qué tal que se haya metido con la Mariate, la duda crece cada día más en mi cabeza ¿Será que ella no tiene nada con mi Fer y yo veo visiones?

— ¿Cuándo fue la última vez que tuvo relaciones sexuales?

—Anoche —por supuesto no le dije que con Julio. Si ya de por sí me estaba interrogando como si estuviera ante el Ministerio Público, no quiero imaginar el enredo en el que me metería si la entero de mis devaneos.

— ¿Usó condón? —con esta palabra sentí los pelos crispados que ya no tengo.

—No —Carmela sabe lo que es un condón, obvio, es su trabajo, pero no ha de tener idea de cómo se ve su marido con uno. A poco se lo hace con preservativo, no creo, si ha de estar casada con el típico macho bigotón y reaccionario. Es más, ya ni ha de hacer nada, se ve muy gastada y, de hacerlo, a esas alturas, ha de ser a la antigua,

flojita y cooperando, luz apagada, ni un ruido, hasta que el viejo se satisfaga, dé media vuelta y empiece a roncar.

—Si usted se siente expuesta a enfermedades sexuales, cuando esté con su pareja le recomiendo que lo haga usando un condón. Me entiende ¿verdad?

—Sí, ¿ya acabamos? —pensándolo bien Carmela es una suertuda, en sus tiempos no existía el Sida, aunque creo que se morían de sífilis y otras cosas porque no había antibióticos, aunque tiene razón, “más vale prevenir que lamentar”.

—No, si todavía faltan los análisis. Extienda el brazo izquierdo sobre la mesa por favor —en qué situación tan incómoda me ha puesto Carmela. A ver si ya se me quita la hipocondría. Cierro los ojos, siento dolor cuando entra la aguja, los abro y en el tubo de ensayo no hay ni una gota de sangre.

—Lo siento, pero se escondió la vena. Ahí vamos otra vez —y pienso ¿vamos? será que va usted y espero que ahora sí le atine. Pica y vuelve a fallar el picotazo. Mejor la deberían contratar para puyar a los toros en la Plaza México.

—Disculpe. Probemos en el otro brazo —respiro hondo y me resigno a quedar amoratada.

Por fin, a la tercera, veo cómo se llenan tres tubos de ensayo con mi sangre. Después me da un frasquito de plástico para la muestra de orina. Voy al baño, se lo entrego y me lleva a otro cubículo para el examen ginecológico. Veo el reloj creyendo que ya llevo allí más de una hora, pero sólo han pasado cuarenta minutos. Al terminar la revisión me dice que no encontró nada fuera de lo normal, pero que espere a los resultados de los análisis. A no ser por los tres piquetes, Carmela es bienintencionada. “Quién bien te quiere te hará llorar”, me decía mi abuela.

—Puede recoger el resultado de VIH en veinte minutos por la ventanilla de recepción, se entrega en sobre cerrado. Los cultivos estarán la semana próxima.

Me siento y hojeo una revista para matar el tiempo. No me puedo concentrar en la lectura. Si el resultado sale negativo no habrá problema con Fernando, pero si doy positivo...mejor leo el último chisme de Brad y Angelina. Las otras pruebas no me preocupan tanto, con antibióticos se cura casi todo. “Coscolina”, diría mi abuela, pero lo bailado nadie me lo quita. Menos mal que uso la píldora, aunque con las hormonas me salgan barros enormes en la cara antes de cada período.

— ¿Mercedes Santamaría? —vocea la escandalosa de la recepción y me entrega el sobre cerrado. Corro hacia el coche y sentada al volante, antes de encender el motor, lo abro y leo: Negativo. Veo la bienaventurada palabra y me sale el ¡Hurra! más fuerte de mi vida.

Pido en *Bondy* un desayuno abundante y, para el remate calórico, café vienés. Doy el primer sorbo al jugo de mandarina cuando llega alguien por detrás y me tapa los ojos. Reconozco el olor de esa colonia.

— ¡Julio! ¿Qué haces por aquí?

—Vengo a desayunar ¿Y tú?

—Pues lo mismo.

Pongo las manos debajo del mantel porque me están sudando de nervios. Siento las axilas empapadas. He de traer dos rodetes marcados en la blusa. No quiero separar los brazos de los costados. Lo que me faltaba, volverlo a ver justo al día siguiente. Ahora que estoy sobria me doy cuenta que además de ser un papucho de papuchos luce rozagante. Después de la buena noticia en el laboratorio, Julio me inspira confianza. Él ha de ser más cuidadoso que yo. Me ha de ver como una chica decente, bien, no sé, hay cosas que se intuyen.

— ¿Esperas a alguien? —su voz me pone a temblar por dentro, pero me hago la fuerte y le respondo con más seguridad que un bono del tesoro norteamericano.

—Sí, a ti.

—Pues entonces nos tenemos telepatía.

—Parece que desde ayer me olfateas y sigues mi rastro, lobito feroz.

— ¡Grrr!

Se acerca el mesero. Como siempre, ha de haber oído nuestra conversación y el rugido de Julio, pero el socarrón finge sordera bajando la vista hacia su libreta para tomar la orden.

— ¿El señor me pidió un jugo de toronja, un plato de avena y un café?

—Sí, por favor.

—Estará en seguida ¿Va a ser una sola cuenta?

—Sí, me la trae a mí —no me dio tiempo de intervenir. Mejor, que pague él, ni se imagina lo que pedí de desayuno.

—Qué prudencia la tuya, jugo y cereal, en cambio ahorita vas a ver todo lo que me voy a comer.

—Me gustas porque te ves contenta contigo misma ¿Sabes? Me molestan esas niñas que sólo piensan en la dieta. Las invita uno a un restaurante y salen con la obsesión anoréxica de “Ay, cómo ves si pedimos un filetito miñón entre los dos”. Les pregunto si quieren un postre y reaccionan como si las hubiera insultado. Lo peor, estás con ellas y en lugar de músculos tocas una piel delgada, pegada a los huesos.

Mientras Julio habla de la falta de ganas de comer en las mujeres con cuerpo de espárrago, a mí me traen la canasta de pan con una palmera, una concha de chocolate, otra de vainilla y un cuerno de esos que con mantequilla y mermelada son una delicia.

— ¿Quieres un pan de dulce?

—Eres la mujer más tentadora que he conocido. Escoge tú primero.

—Pido la concha de chocolate.

—Qué coincidencia. Es mi favorita.

—Pues vas a tener que elegir otra pieza o ¿quieres la mitad?

—Está bien, la podemos compartir y si te arrepientes pedimos otra ¿vale?

—Vale.

Llega el mesero con el platito diminuto de avena para él y uno grande para mí con dos huevos fritos encima de unas tortillas, salseados, uno de chile morita y el otro de chile verde, acompañados con frijoles negros refritos.

— ¡Uf! ¿Huevos divorciados? ¿Es alegoría?

—No lobito, ya sabes que estoy casada y contenta con Fernando. Lo de anoche fue un desliz y nada más ¿cierto?

—Bueno —hace una pausa— así empiezan a veces las relaciones ¿no? Dime ¿La pasaste bien anoche?

—Por supuesto que sí. Eres el lobo más atrevido y cachondo del mundo. Me dejaste el montecito sin bosque ¿Ahora dónde me voy a esconder?

—Ni modo, ya no puedes ocultar tu belleza. Ayer descubrí a la Caperucita más hermosa que me he comido.

—Y yo me encontré con el lobo más atrevido y lanzado de ese cuento.

—Tenemos química.

—Sí, pero estoy comprometida.

— ¿Entonces no quieres que te vuelva a hablar?

—Por lo pronto...no. —Siento que con mi negativa lo pierdo. Es curioso cómo se dan las relaciones. Si no tuviera a Fer nunca le diría que ya no me hablara.

—Como tú lo prefieras ¿Sabes? Te admiro. Eres especial.

—Tan especial como cada una de las mujeres que metes a tu apartamento.

—No me digas eso, Mercedes. Estoy siendo sincero. Eres incomparable. No es fácil encontrar a la mujer que uno quiere de verdad.

—“Que te compre quién no te conozca”, decía mi abuela con mucha razón.

— Sí, he salido con muchas, pero no hay una que te llegue a los talones. Si cambias de opinión háblame tú.

Sus palabras me atraen hacia él con la carga positiva de la libertad. Le respondo con un gesto cariñoso. Las palmas de sus manos envuelven mis mejillas, acerca sus labios y nos damos un beso. Sin decir nada más, dejamos el restaurante. Salimos y tomamos rumbos opuestos. No quiero voltear y creo que él tampoco lo hace.

Qué suerte la mía. Desearía volver a estar con él, pero ¿y Fer? Respiro hondo y me voy a la casa. No quiero pensar. Me hago ovillo en la cama, no puedo poner la cabeza en blanco. Me asalta la imagen de Julio desnudo, con la piel de lobo que le baja por la espalda. A la vez aparece la cara pícaro de Fer cuando me ve el sexo afeitado.

Amo a Fernando. Deseo a Julio. Me incorporo para recoger del suelo *Del amor y otros demonios* e intento concentrarme en la novela, pero los renglones brincan, no entiendo el argumento. El tiempo pasa lento hasta que al fin quedo dormida.

A medio soñar escucho cómo gira la llave dentro del pestillo y distingo, desde la cama, que el pasador se recorre hacia la izquierda. Rechinan las bisagras de la puerta y entra Fernando. Veo la hora, me levanto y voy hacia la entrada.

— ¡Llegas temprano! Si son apenas las seis de la tarde —me abraza y nos besamos.

—Hubo una fuga de agua en la Facultad de Arquitectura y suspendieron la clases ¿No te parece increíble? ¿A dónde quiere ir mi princesa?

—No sé, pero tengo hambre y no he preparado nada. Estaré lista en unos minutos. Mi celular está sonando en la recámara, déjame ver quién es.

—Contesta con calma chiquita que no tenemos prisa.

Abro la cubierta del teléfono. Es Laura. El instinto me pone a la defensiva: “Hola, aquí estamos Fer y yo que nos vamos a cenar. Sí, nos hablamos mañana”. Seguro ésta quiere saber cómo terminaron las cosas con Julio. Tengo que pensar cómo y qué le cuento a esa chismosa. Ya la conozco, pretende que le diga todo lo que pasó anoche, con pelos y señales. Pues se va a quedar sin los pelos, como yo.

En la cafetería de *Sanborns* hace mucho calor. Me quito el suéter sin darme cuenta que todavía traigo las bolitas de algodón pegadas con tela adhesiva en los antebrazos. Fernando se me queda viendo y empiezo a sudar aún más.

— ¿Fuiste al laboratorio? ¿Crees que estás embarazada?

—No lo sé, me siento muy cansada y el doctor quiere saber si tengo anemia — fue lo primero que se me ocurrió inventar.

—Yo te veo muy bien, cada día te pones más linda. Hay en tus ojos un brillo diferente, travieso ¿qué hiciste en todo el día?

—Nada, descansar, ver tele y dormir una siesta —le sonrío con un guiño.

Miento. Fer me cree. Luego, el efecto engañoso es como un sedante. Prueba superada. Espero que éste sea de acción prolongada. No sé por qué las circunstancias que me presenta la vida aparecen montadas en un escenario, donde la fuerza de la inercia me domina hacia lo que no debo hacer. La tentación se vuelve irresistible, anula mi voluntad, cedo ante cualquier impulso y actúo como yegua desbocada. Entonces me pregunto ¿Podría el instinto limitar o excluir la responsabilidad del acto cometido? Sí puede, me respondo.

— ¿En qué piensas que estás tan callada? Por qué te ausentas. Pones una barrera misteriosa entre los dos.

Las preguntas de Fer, una tras otra, me sacan de todo razonamiento lógico, — ay no, cómo se te ocurre. No sé. Se me puso la mente en blanco.

— Pillina, te conozco bien, ¿qué está tramando esa cabecita?

— En serio que nada. Ya te dije, no sé por qué ando tan dispersa.

— Creo que lo que pasa es que te aburres en la casa. Ya falta poco, Mercedes. En seis meses me aumentarán el sueldo y tú podrás regresar a la universidad.

— Ya no sé qué es lo que quiero.

Eso sí que es verdad. Lo de la universidad ahora ni lo pienso. Me preocupa volver a lo que los convencionalismos sociales llaman normalidad. Hoy mi vida se parte en dos. Antes y después de Julio.

— ¿No será que tienes ganas de tener un hijo?

— Ay ahorita por favor eso, ni me lo menciones.

— Lo pongo en la mesa porque la semana pasada me dijiste que te gustaría quedar embarazada, pero te dije que era mejor esperar un poco más. Ahora te saco el tema porque te noto rara y, como fuiste al laboratorio ¿Cuándo toca tu período?

— No lo sé mi amor, en unos días. En cuanto a tener un bebé debemos dar tiempo al tiempo ¿tú qué crees?

— Pues sí, ahorita sería añadir una presión económica más a las que ya tenemos. Y dime, ¿qué tal está quedando el tapiz que te encargaron para el despacho de Juan Manuel Taboada?

—Apenas tengo el diseño en papel. Mañana se lo mostraré a Helen para ver si la gente del taller puede empezar a teñir los hilos.

—Oye, ¿por qué te quedaste todo el día en la casa? ¿No que tenías mucho que hacer en el taller? —ahora sí noto que él percibe algo fuera de lugar. Su gesto es impenetrable o soy yo la que ya no puede crear más mentiras.

—Desayuné en *Bondy*, algo no me sentó bien y preferí no comer.

¿Cómo sostengo lo dicho si estoy que devoro todo lo que leo en el menú? Basta ya de farsas, luego me enredo y acabo mal.

—Entonces pide algo ligero, ¿qué tal un consomé?

—Tampoco Fer. Estuve mal por la mañana, pero un consomé no me quita el hambre.

—Eres capaz de pedir unas enchiladas.

—Qué buena idea, las quiero verdes.

—Bueno, al fin dicen que un clavo saca otro clavo. Yo pediré las suizas.

Ordenamos la cena y nos reímos tanto que se me borró lo pasado por un rato. En la casa, para aturdirme un poco y seguirle la onda serví dos copas con un licor viejo que había en la casa de mi abuela.

— Qué es este líquido verde, Meche.

—Chartreuse, un licor de hierbas, salud.

—Salud linda. Oye, no sabe tan mal.

Llegamos a la sala y me amodorré en el sofá pensando en la posibilidad de que Fer se quedara dormido y yo me atontara lo suficiente para hacer lo mismo. Pero de eso nada, al contrario, se ausentó por unos minutos y volvió del baño. El vapor de su

colonia invadió el ambiente. Disfrazado de pirata, con el pañuelo en la cabeza y el sable de su bisabuelo se abalanzó sobre mí.

—Espérate Fer que todavía no me lavo la boca, he de traer el pedacito de cilantro entre algún diente. Huy el aliento me sabe a cebolla cruda. Recuéstate en el sofá, ahora regreso.

—No me dejes mucho tiempo aquí mi linda porque estoy que me muero por ya sabes qué.

— ¡Ya vuelvo! —me pongo unos calcetines de lana y el camisón de franela a rayas que me hace cuerpo de almohada. Me calzo las chanclas rosa viejo. Mi abuela apodaba a esta indumentaria la “mata-pasiones”, lencería idónea para apagar el fuego del hombre más ardiente. Llego a la sala y cuando me ve se ríe.

— ¿Y ahora tú? te disfrazaste de la abuelita de Caperucita o qué.

—Este... me puse lo primero que encontré.

—Cómo que no estás de abuelita, véngase con el capitán antes de que llegue el lobo y lo mate a sablazos —¿Sospechará? Hay abuela ven y sálvame. Mejor le sigo la corriente.

— Y dime abuelita ¿Dónde guardas tu tesoro?

—En el Triángulo de las Bermudas mi capitán ¿te lo muestro?

— ¡Jo, jo! Sí, esa ricura la quiero sólo para mí.

—Pues sé bueno conmigo y acaríciame un poquito que me siento solita y tengo mucho frío.

—Ahorita te caliento, ya verás.

El camisón de franela, los calcetines y las chancas quedaron a media sala. Lo mismo que el pañuelo, la camisa y el sable del bisabuelo.

—Pero si eres Caperucita ¿Qué pasó con la abuelita?

—Se la comió el lobo feroz.

—Si ya decía yo que estás demasiado tierna para pasar por una ancianita. En serio Meche, qué linda te ves así. No sé cómo se te ocurrió pero me encanta que me sorprendas.

—Ya lo sé y me fascina verte en celo.

— ¡Mira cómo me pones! —le veo aquello y me prendo.

—Ahora la noche es nuestra Fer. No hay prisa, lo podemos hacer despacito.

Me da ternura ver el respeto y delicadeza que me tiene. Sus mimos están sobrados de amor. A las tres de la mañana cocinamos una pasta con tomate fresco, albahaca y champiñones. Hoy nos levantamos como pudimos, pero contentos.

Él se quedó en casa viendo el fútbol. Voy a la bodega *Sam's*. No soporta ir a esas tiendas, se altera, traba la mandíbula y entorna los ojos mirando al techo. Tampoco yo aguanto ver un partido de América vs. Chivas de Guadalajara, prefiero salir. Si me acompaña empieza, “¿por qué compras tanto papel higiénico?” Le digo la consabida respuesta, “para que no falte en tres meses” y sigue, “¿adónde lo vas a guardar?” respondo lo de siempre, “en el cuartito de servicio de la azotea”. La verdad es que necesito estar sola. Anoche la pasé muy bien con mi Fer, pero todavía me inquieta la despedida de Julio: “Si cambias de opinión, háblame”.

Entro al inmenso galerón y ¡al ataque! Primero, la joyería. Me detengo en la vitrina de los anillos. Hay uno de plata que luciría perfecto en el dedo meñique de la mano izquierda. Lo usaría en la zurda, por si me saludan con un apretón de esos que me hacen ver estrellas. Trescientos ochenta pesos. La dependienta dice que lo puedo cargar a seis meses sin intereses. Suena tentador pero mejor no me endeudo, al cabo ya disfruté con hacerme las ilusiones. La empleada da por hecho que es venta segura. Nada más lejos de eso. Después de quince minutos le doy las gracias con una sonrisa que no muestra mis dientes ¡Qué pena! Ni modo.

En la sección de libros abundan los manuales de auto-ayuda, “si cambias de opinión...”, me retumba la voz de Julio. Trato de no pensar en él y leo los títulos de las novelas de bolsillo traducidas al español. Hay varias de Danielle Steel y Stephen King. Allí permanezco aturdida, queriendo borrarlo con las portadas llamativas de esas obras que atraen al más incauto. Obvio, de los autores que me gustan no hay nada en el supermercado. La semana próxima compraré una de Rosa Montero en *El Péndulo*, ¡no,

qué digo! si Julio vive justo enfrente. No quiero pensar en él. Decreto que quede en mi bitácora como una aventurilla. Después de todo, cómo pretendo suprimirla, menos aún negarla. Será cuestión de tiempo para que sólo quede el dichoso recuerdo, no sé, por ahora Fer es mi prioridad.

Llevo un buen rato aquí y el carrito sigue vacío. Nunca miro el reloj si ando de compras. En eso soy idéntica a mi abuela, me sube la adrenalina y no me da ni frío ni calor, ni sed ni hambre, pero hoy no experimento la emoción de la compra como de costumbre, sólo estoy evitando estar junto a Fer. Es definitivo que no quiero que se entere del incidente con Julio ¿para qué si no va a volver a pasar? Entonces, cuál es el miedo. No sé, pero nunca nada me ha quitado la paz de esta manera.

Recorro los pasillos a mis anchas. La sensación se vuelve liberadora conforme voy descartando lo que no necesito. Si hubiera venido Fer, habría tenido que pasar por estos corredores como hacen los caballos de los picadores en la fiesta brava, cuando a ciegas salen al ruedo, los embiste un bulto de cuatrocientos cincuenta kilos y regresan al picadero sin enterarse de la faena. Acompañada, me pasa lo mismo que a ellos, parece que llevo los ojos vendados: “No veas nada Mercedes, pasa de largo, que lo ponen nervioso las tiendas”. Pero qué hago aquí, sola, perdiendo el tiempo, sin disfrutar el paseo, con un problema grande, como toro de lidia.

— ¡No exageres mi hijita! Lo que pasa es que no te gusta ver el fútbol y vienes aquí a atolondrarte para no pensar en él.

— ¿Por qué te apareces? Aquí no podemos conversar. Hablando sola, la gente va a pensar que estoy loca —¿Y a cuál “él” se refiere? Como todo lo ve...—.

—Qué obsesión tienes por meterte en mis asuntos. Anda, abuela déjame un ratito, cuando regrese a la casa nos vemos.

—Aquí no encontrarás la solución, —no le respondí. A veces su espíritu chocarrero se torna impertinente, pero sus palabras me cimbraron aún más.

Salí de esos pasillos disparada al departamento de vinos ¿Qué tal si llevo una botellita de tinto Beaujolais? Sí, la echo al carrito, qué rico beberla en una cena con mi Fer. Por fin saqué el listado de mi bolsa. Caí en cuenta que salvo los treinta y seis rollos de papel del baño, las diez cajas de clínex, el vino y una caja con veinticuatro botellas de agua mineral, los otros artículos o no los tenían o eran de unas dimensiones y cantidades excesivas. Pagué y me fui al *Superama* para conseguir lo demás.

La música New Age que ponen en ese supermercado me hace deambular como si en lugar de pisar firme apenas rozara el suelo de los pasillos. Coloco la bolsa en la canasta del carro y afianzo las manos al manubrio para deslizarme a gusto. Me dediqué a ver las etiquetas de los alimentos y a escoger las marcas más baratas. Hacía mis cálculos mentales con toda calma. Leí todas las leyendas de nutrición, 0% grasas trans, 0% carbohidratos, etc. La vida light es lo de hoy. Fuma cigarrillos light, come queso light, compra helado sin azúcar y refrescos sin aspartame porque es un veneno. Ahora hay stevia, la yerba endulzante diez veces más cara que el azúcar, pero es inocua y no te engorda. Lo único que no nos ha metido el mercadeo publicitario son las enfermedades light, pero no tardarán ¿Y qué hay de los acostones light? Si guardas bien el secreto son a todo dar.

Fer se exaspera en el mercado. Bueno, a veces tiene razón. El otro día le pedí que pasáramos a la *Comercial Mexicana* rapidito, sólo por una papaya y coincidió que era día de ofertas, así que salimos de la tienda con todo el frutero. Desempacamos las cosas en la cocina y me dijo, “Mercedes, todo esto se va a pudrir”. Le respondí, “Fer, no podemos ir al súper antes de comer porque todo se nos antoja”. Me reviró, “entonces por qué cornos entramos” le contesté, “porque los dos teníamos hambre” y a ambos nos entró un ataque de risa. Reconozco que me tiene bastante paciencia.

Llego a la caja con el carrito lleno y hay una línea inmensa. Después de veinte minutos me toca el turno. Paso todo por la banda, la cajera escanea la mercancía.

—Son setecientos ochenta pesos con veinte centavos ¿se lo redondeo?

—No señorita, no traigo efectivo. Le pago con tarjeta.

Busco la *Visa* en la cartera y no está. Las señoras que esperan me ponen cara de pocos amigos. Yo les echo ojos de “tranquilas por favor”. Volteo todo lo que traigo en la bolsa sobre la zona de empaque del cajero. No aparece. Reviso si tengo suficiente efectivo. Apenas completo doscientos cuarenta y tres pesos.

—Señorita, ¿me puede guardar las cosas un momentito mientras voy al coche a ver si encuentro mi tarjeta? —la cajera me ve con cara de “usted quién se cree”. Ni se diga las personas que están esperando para pagar sus cosas.

—No se tarde porque si viene el supervisor tengo que anular su compra, córrale.

En el coche reviso el piso y entre los asientos. Nada. Vuelvo a sacar todo de mi bolsa y al ver el recibo me sube un golpe de sangre a la cabeza ¡La dejé en la caja cuando pagué el papel del baño! Salgo despavorida a *Sam's* para recuperar la *Visa*. En la tienda no está. Busco el celular. ¡Tonta! lo dejé cargando en el enchufe de mi baño.

Un alma caritativa del departamento de servicio al cliente me presta un teléfono. La cancelo. Me avisan que ya le hicieron un cargo en una gasolinera, otro en una tienda de ropa y otro más en un restaurante, que para retirar esos cargos vaya sin falta mañana temprano al banco. Veo el reloj y han pasado seis horas desde que salí de la casa. Ya no siento que vuelo, sino que arrastro los pies hasta el coche.

—Hola Fer ¿qué tal estuvo el fut?

—Buenísimo. El “Chicharito” metió dos golazos al América. Te ayudo a bajar las cosas.

—Sólo compré papel del baño, clínex y la caja de agua.

—Pero si tardaste...

—Sí, y perdí la tarjeta pero ya la cancelé. No hay cargos, creo —quién sabe si los haya, vamos a ver si mañana en el banco arreglo el asunto.

— ¿Te sientes mal?

—No, pero quisiera descansar.

Fer me abraza y caminamos juntos a la recámara. Me meto en la cama bajo las sábanas para que no me vea llorar. A los pocos minutos lo siento junto a mí.

—No te preocupes, a todos no puede pasar ¿Quieres que mañana te acompañe al banco?

—Sí, ¿sabes? Te extrañé.

—Yo también. Hablé a tu celular, pero sonó aquí. Pasaron muchas horas. Te imaginaba con el carrito lleno de tantas cosas que no iban a caber en nuestro depa.

—Pues ya ves, no traje leche ni pan, pero tenemos papel higiénico para varios meses.

Me sonrió y se sentó junto a mí — ¿Quieres ver una película?

— ¿Me estás invitando al cine?

—Al cine o a donde quieras.

—Vamos un rato al Parque de Polanco a caminar y que nos dé el aire.

— ¡Órale! —eso me dijo pero al mismo tiempo empezó a besarme el cuello. Sus manos revolvieron mi cabello. Poco a poco me fue desvistiendo. Con sutileza sacó mi blusa. Bajó los tirantes del sostén, me movió de lado para desabrocharlo. Su cabeza bajó entre mis senos. Me concentré en el masaje de su cuerpo contra el mío. No sé a qué hora nos dormimos.

¡Las diez de la mañana! No me di cuenta, Fer se fue. Qué ojeras, la cabeza está revuelta, señales claras del bajo ánimo que manifiesta todos mis defectos ante el espejo del baño. El moho en las juntas del piso y la pared de la ducha me desesperan, necesito diluirlo con ácido y desaparecerlo antes de que se me suba por los pies, como hace el chahuistle cuando se abraza al maíz para asfixiarlo. Qué asco me provocan los cabellos que tirados en el piso merodean revueltos con el polvo, como si quisieran cobrar vida y, hechos marañas, al menor viento se despegan del suelo y ruedan por la casa como las madejas corren por el desierto.

Urge asear el departamento, de techo a piso. Después, un baño largo y tranquilo para tallarme bien la cabeza, con mucho champú, cepillarme las uñas de los pies y frotarme el cuerpo con un estropajo bien untado de jabón. A ver si desinfectando todo por fuera ahuyento la voz de Julio que me intoxica por dentro.

Abro las ventanas. Prefiero el esmog que huele a diesel y no el aire de porquería que se ha adueñado de mi casa. Tiendo la cama con unas sábanas que guardo aún sin estrenar, regalo de las amigas del colegio en mi despedida de soltera ¿Podré dar nueva vida a mi relación con Fernando? Sí, sin miedo. Bueno no lo sé, pero lo intento.

El sonido estridente de las máquinas, lavando y secando, me contagia a hacer más ruido. La aspiradora devora furiosa las miserias que por el piso pretenden levantarse contra mí. El escándalo de las máquinas es ensordecedor. Arranco la grasa pegada al horno de la cocina con *Easy Off*. Mi mano izquierda que en mi caso es la diestra, restriega la superficie de la campana que está sobre la estufa hasta que con tanto zigzagueo me duele el brazo y sin proponérmelo levanto la capa de pintura beige.

El acero expuesto me remite a pensar en el afeitado de mi sexo. Aturdirme. Sí. Eso quiero
¿Qué más puedo hacer para desaparecer a Julio? Me siento impotente, gana el miedo.

— ¡Abuela! cómo salgo de este problema. Tú viviste cosas parecidas. Te
necesito ¿No me oyes? ¡Me quiero morir! —grito con toda fuerza.

— ¡Basta ya de cursilerías, Mercedes! Deja el drama barato para esos guiones
ñños y trillados de telenovela. Caramba, actuando de esa manera ni pareces mi nieta.
Hay que tener clase hasta para perder la honra ¿entiendes?

—Qué alivio oír tu voz aunque me reprendas por medio de un cliché que sí que
es de pasquín —oigo su risa traviesa.

—Tienes toda la razón. Mis ridículas exageraciones son para llamarte la
atención. Si quieres hacer drama hazlo, pero con buen gusto, usa el sentido del humor
y cambia el tono cursi de la conversación. Estabas monologando como lo haría una
pobre mujer aburrida, del siglo XX, que se siente víctima de todo lo que le sucede y no
conmueve ni a una mosca, más bien la atonta. Ala, eso ya está pasado de moda.

—Es que ni te imaginas.

— Lo sé todo, Mercedes.

—Entonces ¿por qué no has venido antes?

— Cómo crees que voy a aparecerme, si has estado en intimidad, un día con
Julio y el otro con Fernando. Ya sabes, no me gusta ser imprudente. Además mi hijita,
ayer sí te visité en el mercado, pero...

—Ni que la prudencia fuera tu fuerte o ¿querías que hablara con las cajas de
detergente? —las dos nos reímos reconociendo nuestras fallas.

—Es verdad mi hijita, cuánta razón hay en tus palabras, creo que siempre he tenido un pequeño defecto que a veces me ha complicado la vida. Hay que ver la de disgustos que me habría podido ahorrar con tu abuelo si hubiera mantenido la boca cerrada en el lugar y momento preciso —le desvió el tema de don Alfonso porque si entramos en esa materia nunca vamos a terminar.

—Bueno, al punto, cómo consigo volver a la calma, —le pregunto y sigo con el trapeador en la mano, tallando el piso.

—Empieza por dejar la manía de la limpieza que eso no va a arreglar tu vida.

—Está bien abuela, —me siento en el sofá.

—Lo que te pasó no es ninguna tragedia.

—Créeme, nunca pensé que ese día fuera a acabar en la cama con Julio.

—Por esa sinrazón te gustó tanto mi hijita. No nos hagamos tarugas. Te dejaste llevar por el instinto y ¡zas!

— ¿Eso es malo?

—No es malo ni bueno.

—Antier en *Bondy* dejé la puerta entreabierta con Julio.

— ¿Eso es lo que quieres?

—No. Estoy enamorada de Fernando, pero me cuesta dejar de pensar en el otro.

—Por fin entramos en materia ¿Quieres seguir con tu marido o te vas con el amante?

— ¡Abuela! no es mi amante.

—Sí que lo es, mientras no rompas el nexo que sientes con él lo será.

—Lo de Julio fue un encuentro inopinado. Sin pensar, me dejé llevar por el instinto. Le coqueteé desde que lo vi en el café. Seguí el flirteo en el bar, se me pasaron las copas y acabé en su casa.

—Mejor dicho, remataste en su cama.

—Bueno sí, así fue. Tú también te echaste alguna cana al aire con el poeta — digo alguna cana al aire para no discutir con ella, pero a saber quién sabe cuántas se tiró con el peruano.

—Cierto, las dos tuvimos un resbalón. Yo decidí seguir con tu abuelo, aunque ya ves, al poco tiempo se fue para toda la vida y...tú ¿qué resuelves?

—Continuar con Fer. Por eso quiero limpiar y borrar todo —dicho esto, se me salieron las lágrimas.

—Limpias porque tienes remordimientos. Déjalos a un lado y vive feliz junto a tu marido y olvídate del otro que no te aporta más que inquietudes.

—Eso quisiera, pero...—me interrumpe y su voz retumba con eco en las paredes del depa.

— ¿Crees que como en los cuentos, ese hombre quedó prendado de ti con amor a primera vista? Por favor, deja eso para la ficción y entra de nuevo en la realidad.

—Me dijo que yo, para él, soy especial, —consigo al fin serenarme.

— ¿Piensas que alguien que acaba de conocerte por la tarde, en un rato más te lleva tan fácil a la cama? ¿Es eso amor?

—Viéndolo así, la verdad, aquello fue puro cachondeo.

—Si así lo sientes ya encontraste la respuesta. No está mal, de vez en cuando, echarnos canitas al aire. Me voy tranquila y te dejo terminar la faena. “Mucho ayuda el que no estorba”.

— ¿Por qué tanta prisa? ¿No me has dicho que para ti ya no existe el tiempo?

—Para mí no pero para ti sí. Cuando me necesites de nuevo llámame y ya sabes: para estar a gusto las dos no podemos tener urracas en el alambre ¿cierto?

—Lo dices por Fer ¿verdad?

—Y por otras personitas que van como abejas al panal.

Doña Emilia logró subirme el ánimo.

Termino la limpieza. El departamento tiene más luz, huele a limón. Me arreglo, no me parezco a la mujer que hace unas horas se vio al espejo. Salgo despampanante, con el vestido amarillo de tirantes, directo a la oficina de Fer para caerle de sorpresa e invitarlo a comer. Si se enterara de lo de Julio me mandaría a volar. Él padeció de niño el divorcio de sus padres. Como pelota de ping-pong, una semana vivía en la casa del papá y la otra en la de la mamá. A los dieciocho se largó por su cuenta, ahora se la lleva bien con los dos.

Pulso el botón del piso diecisiete en uno de los tres elevadores. Se abren las puertas del despacho y no veo a Mariate en la recepción. Camino hacia el cubículo de Fer y un compañero suyo me cuenta que salió a comer con el arquitecto Herrera y su secretaria. La noticia me cae como aguacero. No encuentro qué hacer ¿Esperar? ¿Dejarle una notita cariñosa? Sí.

Hola mi Fer, pasé por aquí para invitarte a comer. Quería darte la sorpresa, pero te dejo en estas palabras todo mi amor.

Besitos cariñosos, tu Mercedes

Pongo la nota sobre su mesa de trabajo y regreso al vestíbulo donde están los elevadores. Se abren las puertas y al adelantar un paso veo a Fer con la mano sobre la espalda de Mariate mientras le sonrío. Voltea al frente y al verme abre los ojos y se le saltan.

— ¡Hola mi amor! —me saluda feliz y yo respingo la nariz con cara de perdonavidas y pienso en décimas de segundo: “Qué mi amor ni que nada, cínico, y yo aquí de idiota”, pero disimulo mi coraje porque no voy a hacer un papelito frente a esa cualquiera”.

—Hola y adiós Fernando.

Me subo al mismo elevador y al momento se cierran las puertas. El closet de acero va en ascenso. Alcanzo a escuchar de él un “Mercedes, espera”. Subo hasta el ático. Me empieza a temblar de manera involuntaria el ojo izquierdo. Saco las gafas de sol y me las coloco. Pulso el botón de Planta Baja. Por fin, después de parar en varios pisos, donde sube y baja la gente, el elevador se vacía. Salgo al último. Al ver el vestíbulo de mármol verde se me cimbra el cuerpo de frío. Sólo quiero llegar a la puerta circular, empujarla y salir corriendo. Al contacto con el aire de la calle siento consuelo, como si ese vientecillo, en lugar de descobijar, me despejara la cabeza. De pronto Fer me alcanza.

—Por favor mi amor, qué te pasa, qué he hecho para que te pongas así. A Mariate ni la saludaste y a mí me dejas con la palabra en la boca —al oír ese nombre volví a montar en cólera.

—Saludar a esa vieja ¿yo? no me fastidies, lo único que falta es que me rebaje a la altura de la piruja.

— ¿Con que celosilla eh? Caray Mercedes, no me conoces. El día que te deje de querer, antes de ponerte los cuernos, primero hablo contigo. Sabes que no tolero la deslealtad ¿O crees que no sufrí por eso con mis padres?

—Sí, cómo no, la mejor defensa es el ataque haciéndote la víctima. A ver si maduras de una vez y te dejas de mojigaterías. Qué ingenio tan corto tienes. Crees que me vas a convencer con mentiras y aludiendo a lo de tus papás para que yo te crea que no andas con la lagartona ésa. Y lo que vi ¿qué? ¿Me lo inventé?

— ¡Sí! Una y mil veces sí, te lo inventaste.

— ¡Qué va, si tenías tu mano sobre su espalda!

—Sí, para cederle el paso con cortesía. No confundas los buenos modales con otra cosa.

—Eso dices pero,...

— ¡Pero nada, Mercedes! Me extraña que con tu educación confundas la camaradería con pendejadas. Eso déjaselo a ella que no ha tenido las mismas oportunidades que tú.

—Pues si eres tan, pero tan caballero haz el favor de no subir la voz.

—Caballero o no, la subo o la bajo como se me dé la gana y por cierto, ante tus necesidades mejor te dejo porque no sabes ni lo que dices. Ves moros con tranchetes

cada que me comporto amable con alguien más. Hoy ha sido uno de los días más afortunados en mi carrera y tú vienes a estropearlo. No se vale. Adiós.

Se da media vuelta y yo me quiero morir de la vergüenza ¿Por qué fui tan incisiva con él? Conozco sus modales ¿Entonces cómo me dejo llevar por lo primero que veo? Me voy a comer. La soledad me sirve para pensar cómo le voy a pedir disculpas.

En mis arrebatos hablo, me cierro y no escucho. Me dejo llevar por la ira y desplazo mis torpezas en él ¿Por qué? No lo sé. Soy la primera en pasar el mal rato. Hoy sus palabras me rozaron como cuchillos de ilusionista lanzando dagas alrededor de la mujer inmóvil que siente miedo, pero aparenta no inmutarse cuando las puntas afiladas se clavan a milímetros de su cuerpo en el bastidor de cartón-piedra.

Aprovecho para llamar a Laura. Había quedado de hablarle ayer o antier y no lo hice. Mantenemos una conversación superficial. No me pregunta nada acerca de Julio. Eso, en lugar de apaciguarme me pone más inquieta ¿Será él capaz de haberle dicho lo que sucedió entre nosotros? Caray, otra vez esta imaginación mía se sale de madre como los ríos del sureste en temporada de lluvias. ¿Por qué sin pensar saco conjeturas y especulaciones que nada más me hacen sufrir amén de perder el tiempo? Cuántos disgustos me podría ahorrar si no le diera vuelo a esas conjeturas, pero tengo miedo, porque me siento insegura y eso, me lo he buscado sola.

Mejor me cargo de energía positiva escuchando música hasta que aparezca mi Fer. Las horas se me hacen eternas. Abro mi novela y no me puedo concentrar en la lectura, ni siquiera estoy atenta para ver un programa en la tele. Sólo espero su

llegada. Mientras pasan los minutos con lentitud examino los hechos y me arrepiento de todo, de las mentiras, la cachondez y los celos... espero...infundados.

A las once de la noche entra Fer la mar de contento.

—Prepárate chiquita porque nos vamos a la playa.

— ¡Increíble! ¡Te sacaste la tanda del despacho o qué!

—Qué tanda ni que nada. Mi proyecto para el hotel ganó el concurso en la Secretaría de Turismo.

Abro los ojos y la boca, dejo de respirar por un momento.

— ¡Ése es mi Fernando!

Él, con la sonrisa abierta muestra la dentadura postiza. Le brilla con el reflejo del foco sin pantalla que cuelga sobre la mesita de la sala. Enmudezco. No hace un solo comentario del pleito que tuvimos frente a la oficina.

— ¡Sí mi linda, tu Fernando ganó el proyecto para el despacho! Los planos llevan la firma del despacho con mi nombre. Es mi proyecto, mi diseño, mi idea —noto cómo hace énfasis triunfal en cada “mi”. Lo abrazo con efusión. Merece mi admiración, no cualquier arquitecto joven logra algo así.

—Hay que celebrarlo en grande ¿Abrimos una botella de vino? —le propongo.

—Sí, abre la única que tenemos ¿Cómo te quedó el ojo? Avión, hotel y viáticos pagados ¡Qué maravilla, otra luna de miel, Meche!

Él se quitó los zapatos, abrió el vino y sacó dos copas. Yo entré a la cocina por unos cuadritos de queso Nochebuena. Encendí velas y música, apagué la luz y canté con el CD de Shakira *“Estoy loca por mi tigre, loca, loca, loca...”* bailando frente a mi adorado Fernando.

El cielo azul, sin brizna de polvo, nos acoge. La brisa me entra descarada y tibia por los poros. Satura mi piel con la humedad del mar. Aires de vida nueva junto a mi Fer en Playa del Carmen. Respiro profundo y mis pulmones cansados del esmog de la ciudad comienzan a limpiarse. Veo a la izquierda, desde el balcón de la recámara, el mar infinito que se borra en el horizonte. El agua de la orilla se comporta como el aceite en las veladuras. Es bálsamo que transluce las mil y más turquesas que proyectan desde el fondo marino los arrecifes. Las barcas en vaivén figuran como bailarinas caribeñas con los meneos a babor y a estribor de las caderas que emergen de sus quillas. La playa de arena blanca es coral hecho polvo, poco a poco, erosión causada por centenares de huracanes que dejan tendido el tapete hospitalario para que pisemos sobre él descalzos y con su textura fresca nos olvidemos del pasado.

—Fer, ponte el traje de baño y vamos a la playa.

—Sí, hay que aprovechar la tarde juntos. Mañana temprano voy con el archi Herrera a ver el lote en Akumal.

— Y ¿dónde queda ese lugar?

—No muy lejos de aquí, yendo hacia las ruinas de Tulum.

—Pero no dijiste vamos, sino voy ¿Qué hago yo?

—Ay mi amor, es sólo por la mañana. Podrías ir a la playa ¿no?

—Qué remedio, si me dejas solita. Oye ¿y si voy contigo?

— No creo que te divierta mucho andar por el terreno mientras hacemos el levantamiento. Vamos cuatro en un Jeep, dos topógrafos, Herrera y yo.

—Ni que fuéramos elefantes y no cupiéramos cinco en el coche.

—Mi linda por favor, voy en plan de trabajo. Cuando regrese podemos subir al transbordador y cenar en Cozumel ¿sí?

—Bueno, bajemos a la playa que me muero de ganas por entrar al mar.

Nos instalamos bajo una palapa, en seguida corremos hasta la orilla y de un salto nos zambullimos. Flotamos boca arriba y el plano celeste sólo cambia con la intrusión del vuelo de los pájaros. Fer me mece en sus brazos en forma de cuna. Pierdo peso, la ligereza de mi cuerpo despierta al instinto natural. Deseo hacer de dos uno con el agua que acopla piel con piel. Las olas se fueron a pasear por otros mares. En la balsa de aceite vivo el sosiego donde el tiempo no existe. Miro en el bajo fondo del mar a los pececillos traviesos haciéndome cosquillas en las piernas y en los talones cuando me rozan con sus aletas ágiles y flexibles. Seré muy Piscis, pero disto mucho de parecerme a los peces ¿Cómo me verán ellos?

Desde mar adentro volteo hacia la Playa del Carmen. Recuerdo que hace quince años vine con mis abuelos. Nos hospedamos en Cancún. Me llevaron a conocer las ruinas de Tulúm e hicimos una parada aquí. El pueblo entonces era minúsculo. Junto a la playa había un restaurante sencillo. Allí mi abuela quiso pasar más tiempo pues había unos músicos tocando valsos peruanos. Le dio por cantar y mi abuelo se puso de pésimo humor. Ahora que ya sé todo entiendo por qué discutieron y llegamos tarde a Tulúm, donde estaban por cerrar la entrada a los visitantes. Antes, desde el mar, sólo se veía la selva, inmensa como el océano. En la planicie abundaban las ceibas y los árboles de chicozapote que tanto me gustan. Hoy ha desaparecido casi todo el verde y en su lugar hay una nueva ciudad. Parece un símbolo de la barbarie civilizadora de concreto que invade y cambia el paisaje virgen, para siempre.

—Meche, qué tanto ves hacia la playa.

—Qué va a ser, si la ciudad tapa todo, ya no se ve la selva.

—Te quedaste inmóvil, pensativa.

—Sí, me acordé cómo era este lugar cuando era niña y me entró nostalgia por el verde de la jungla.

—Nunca había estado aquí, lo encuentro bellissimo. Qué colores tiene el mar. Ahora me doy cuenta de que Acapulco, comparado con esto, es sólo un balneario de la capital.

—Pues aquí, dentro de poco, si siguen construyendo hoteles, se va a convertir en otro balneario más y nos va a dar lo mismo venir aquí o ir a Acapulco.

—No me digas eso Meche que estamos aquí por lo del proyecto.

— ¿Y, por lo menos va a ser ecológico?

— ¡Claro! Por eso gané el concurso. Cuando regresemos a México vas a la oficina y te muestro la maqueta. Aunque ahora en el cuarto tengo los planos y te puedo enseñar las perspectivas. El estilo arquitectónico estará integrado al paisaje por medio de palapas como las que construyen todavía los mayas.

—Qué orgullosa estoy de ti. Obvio, tú no proyectas en contra de la naturaleza.

Admiramos la puesta del sol tirados en la playa. Mientras la inmensa mandarina baja hasta tocar el mar, los tonos del agua y del cielo cambian como sucede cuando damos vuelta a un caleidoscopio. Fer y yo lo observamos paso a paso. En la ciudad casi nunca tenemos tiempo para advertir cómo se guarda el sol para dejarnos a oscuras. Grabo en el registro de mi memoria los tonos complementarios, cálidos y fríos

para diseñar un tapiz, aunque también le voy a hacer un pequeño fraude con las fotos que guarda mi cámara digital.

A la hora del crepúsculo entramos al vestíbulo del hotel. El conserje nos avisa que a las ocho de la noche esperan el nacimiento de cientos de tortugas junto al muro de contención que separa la playa, del jardín y la piscina. Nos explica que la Secretaría del Medio Ambiente tiene un programa en marcha para evitar su extinción, reubicando los huevos en las áreas seguras de los hoteles, garantizando así su supervivencia. Nos hace una invitación para que ayudemos a liberarlas y cuidarlas durante su camino al mar. Fer y yo nos sentimos halagados y dispuestos.

— ¿Has visto cómo nacen? —me pregunta Fer con cara del típico papá que va a ayudar a su esposa en un parto.

—No y ¿tú?

—Tampoco.

—Si nos lo pidieron a nosotros es que no ha de ser muy complicado.

Bajamos volando y nos hacen la seña de guardar silencio. Los empleados del hotel llevan linternas y poco a poco van llamando a los huéspedes que esperamos turno. Nos asignan el cuidado de uno de los nidos. El guía señala con la lámpara hacia un punto donde se mueve la arena. Descubre veinte o treinta huevos de cascarón flexible que rompen las tortuguitas con la cabeza ¡Qué esfuerzo tan grande hacen por liberarse del cascarón! Nacen en la orfandad y para subsistir tienen que caminar hasta el mar. Me pregunto dónde están las madres y los padres desnaturalizados de estas criaturas. Ayudamos y salvamos a muchas, pero las que están quietas dentro del

cascarón ya están muertas. Me doy cuenta que la vida se debate con la muerte desde su concepción. Mientras estamos vivos, la vida juega constantemente con nosotros, nos mueve, sacude y exige esfuerzos hasta límites insospechados. La muerte, en cambio, llega y nos da un miedo atroz, pero realmente es pacífica, todo lo vuelve tranquilidad y reposo. Me entero que, ya de adultas, las tortugas regresan preñadas y desovan en el mismo sitio de su nacimiento y me pregunto, con lo grande que es el mundo ¿a dónde irán las tortugas? ¿cómo pueden orientarse para volver a este sitio?

—Fer, quiero ser como las tortugas, viajar a muchos lugares y luego regresar a nuestra casita.

—Concedido. Iremos juntos a conocer varios países como lo hacen ellas.

—Los nacimientos me exaltan el instinto.

—Estoy puesto, aquí el ambiente está suave para hacer bebés.

— ¡Qué gracioso! Siempre estás listo para eso. Te amo, pero de verdad y en serio ¿Tienes hambre?

— ¿De ti? siempre.

—Ya basta mi Fercito. Tengo un hambre feroz. Vamos a cenar ¿sí?

—Lo que quiera mi princesa.

Entramos al comedor del hotel situado en lo alto de una terraza. El balcón simula la ilusión de estar dentro de un barco en altamar. Unos reflectores ocultos iluminan con luz indirecta el inmenso Caribe. Me siento en un crucero que va hacia unas islas donde nadie tiene que trabajar. Me tiro bajo un árbol de mangos y no tengo ni que estirar el brazo para alcanzarlos, ellos caen junto a mi mano cuando adivinan que tengo hambre. Las cacatúas azules y los pericos de plumaje multicolor chismean acerca de un quetzal

que logró escapar del hombre depredador que envidia su realeza. Regreso a la mesa con mi Fer que lee la carta.

—Los precios del menú están por las nubes. Menos mal que el despacho va a solventar los viáticos.

—No creo que a tu jefe le importe demasiado el costo. Pagar una cena aquí, para él, ha de ser como quitarle una pluma a un ganso.

—Las apariencias engañan, Meche. Quién sabe si él tiene o no mucho dinero, —responde muy serio, en su papel de hombre casado y de negocios, alzando la vista por encima de la carta de vinos.

—Están carísimos. No sé cuál será bueno.

—Todos han de serlo, no te compliques y pide el más barato, total ni tú ni yo somos expertos.

Para no abusar, Fer ordena la botella de vino blanco menos cara de la carta. Los dos pedimos lo mismo; el Tikinxic, un pescado cocinado en barbacoa al estilo maya. El pianista del lugar toca música mexicana de Agustín Lara y de Armando Manzanero. Por lo menos el último es menos viejo, hace poco lo vi en la tele. Durante los festejos de la Independencia cantó, pobre, más bien carraspeó melodías en el Zócalo. Algunas de sus canciones me gustan. Además no pretendo que el pianista interprete éxitos de hoy ni que baile el *Waka Waka*, porque el hotel está lleno de personas mayores, retiradas claro está, que se pueden dar el lujo de viajar con parsimonia, como lo hacen las tortugas y me imagino que el ritmo africano, hoy tan de moda, no lo pueden entender.

Despierto con la luz intensa que se filtra entre la pared y la cortina. Su voyerismo es una espada que con filo de acero corta mi sueño. Fer salió sin hacer el menor ruido. Admiro su delicadeza. El radio-reloj marca las diez y diez, como lo hacen todos los aparatos de medir el tiempo en la publicidad de las revistas. Me pregunto si ésa es la hora real o está sobrepuesta para despistarme. Acostada, observo lo que me rodea. Nada del otro mundo. Medio dormida llego al lavabo, el agua fresca me despabila. Voy hacia el ventanal, abro de golpe las cortinas. Sol y mar al unísono invaden mi intimidad. Mis pupilas, impuestas a la oscuridad del departamento de México se encandilan, me reclaman el cambio fotogénico emitiendo una punzada dolorida que me fuerza a bajar los párpados y renunciar al azogue laminado de sol barnizado sobre el agua.

Se me abre el apetito. Cómo puedo tener hambre a las diez y diez, después de lo que cené ayer, cuando a las diez menos diez acabamos pidiendo unas crepas de naranja y nos trajeron unos chocolatitos con el café.

En la ducha hago planes. Alistarme para la playa, estrenar el bikini azul que conseguí rebajado antes del viaje, una ganga de poca tela a precio de retazo. El calzoncito se arma en el cuerpo, tiene forma de dos mini trapecios y se ajusta a las caderas con dos moños muy coquetones que hago con sus tiritas. Me coloco la parte de arriba de igual manera, los dos triangulitos que cubren mis pezones los ato con un lazada maestra que cuelga por la espalda. Me envuelvo un pareo de algodón estampado debajo del ombligo para mostrar el *piercing* con una perlitita monísima que se mueve cuando camino y, por último, estreno los *flip flops* que tienen un poquito de

plataforma para verme más alta. Me dejo el cabello suelto y ¡Lista! Bajo al bufet del desayuno.

Saboreo con los ojos la fruta fresca, recién cortada y dispuesta en abanicos abiertos de sandía, papaya, piña, plátano. Las jarras enormes llenas de jugo están rodeadas de hielo picado. Opto por uno de mandarina. Me sabe al sol que vi con Fer. El vaso anaranjado sobre el mantel añil y su textura tejida a mano, contrastan como el día y la noche antes del crepúsculo. El chef moreno, con el cilindro almidonado sobre su cabeza, está detrás de un mostrador colmado de verduras y demás cosas ricas, me prepara en una sartén dos huevos rancheros con frijoles negros refritos. Llega a la mesa el pan tostado y el café.

Se ausenta el tiempo porque no resiste el desprecio que le tengo cuando pretendo vivir, aunque sea un solo día sin el cronómetro que marque el ritmo vital con horarios y obligaciones. Aspiro a eternizar cada momento sin que un tic tac lo esté midiendo y me recuerde que aunque no quiera, pertenezco al reino de efemérides que el tiempo entierra y cubre con una lápida de olvido. Algo me falta. Olvidé en la habitación el bolso de playa con las gafas oscuras, el bronceador y mi novela. Regreso al cuarto y el sol ya no está inclinado, me deja ver el mar sin lastimar mis ojos. Me cepillo los dientes y al llegar a la puerta, echo en falta algo más que un simple bolso. Extraño la compañía de Fernando.

Elijo una tumbona en la playa para broncearme frente al sol. La poca brisa levanta cabritas que apenas hace un rato dormían emparejadas con el mar. Hay unas cuantas nubes decidiendo con el viento en una junta de consejo para dónde quieren orientarse. Hacia acá tardarán demasiado, les digo, y les sonrío para que tomen rumbo

opuesto hacia Cancún. Allí pueden divertirse mejor que aquí, mojando a más turistas. El aire comienza a soplar sutilezas hacia el norte, mis guiños surtieron efecto, señal de que la Naturaleza y yo estamos de acuerdo; por lo que la dejo manejar mis instintos.

Se acerca un empleado del bar y me ofrece una piña colada o un coco con ron y jugo. Me decido por el coco. Tomo la fruta redonda en mis manos, su pulpa blanca, dura y fresca huele a perfume azucarado. Observo con detenimiento el tulipán rojo que la adorna. Los pétalos de finas orlas se engrosan junto al tallo. El pistilo carnoso y firme sostiene los estambres delgados que saturados de polen me seducen. Su estigma es una boca lubricada que permanece entreabierta para consumir el amor. Coloco la flor entre mi oreja izquierda y el nacimiento del cabello. Pasa un chico joven y no me quita la vista. El tulipán y yo atraemos a los zánganos que rondan por allí.

Antes de volverme estatua de sal y ponerme boca abajo se me ocurre caminar un rato por la orilla junto al oleaje suave que viene y va. Mis pies se mueven dentro del agua igualando su temperatura con la del mar. Observo en la arena mojada los rombos que forman vitrales de ámbar y ocre, enmarcados por el líquido estañado. Hoy no llevo cámara, así que mi vista deberá recordar su textura para reproducirla en un tapiz. El litoral hacia el sur se difumina en una nebulosa donde no alcanzo a adivinar ni el principio ni el fin del horizonte.

Encuentro un vidrio de mar. Su textura entre las yemas de mis dedos me conecta a su forma. Me identifico con él. Como yo, es pieza de un rompecabezas perdida en medio del mundo. Cuántas olas lo habrán revolcado contra las rocas y cuántas las arenas que han ido puliéndolo con paciencia, sin prisa, transformándolo en un objeto de colección. La verdosa opacidad y alisado de sus cantos es admirable. A

quién le importa si en su pasado formó parte de alguna botella barata que contuvo algún licor.

No colecciono lapas ni caracoles, como hace mucha gente que los usa de adorno en su cuarto de baño. La fobia por estos caparazones proviene de un recuerdo no muy grato en la infancia cuando, en una bolsa de plástico guardé el mar con la ilusión de llevarlo a la casa. Eran unos caracolitos vivos que encontré en la playa de Acapulco. Al desbaratar la maleta, mi abuela los tiró porque los inocentes sucumbieron asfixiados. El olor a muerte y el dolor de la culpa asesina permanecieron junto a mí por un buen tiempo.

Sin darme cuenta he caminado bastante lejos. Apenas veo la silueta del hotel a escala, como las maquetas que arma mi Fer. El sol comienza a inclinar su mirada. Doy media vuelta y me aborda un hombre de pequeña estatura con una botella de esas de salsa marca *Búfalo*, pero con otro líquido turbio.

—Seño ¿No me compra un aceite de coco? Ándele, no sea malita, para que me persigne ¿Verdad que usted quiere agarrar el color bonito de por aquí? Llévase aunque sea uno.

—Si me pone la piel tan linda como la de usted se lo compro ¿Cuánto cuesta?

—mi Fer no me ha vuelto a ver morena desde la luna de miel.

—Pos mire, pa usté son cien pesos por uno o ciento cincuenta por dos.

—No mire, no traigo casi nada. Mañana ¿sí? Estoy hospedada en aquel hotel que se ve al fondo de la playa y...—me interrumpe.

—Bueno se lo dejo a cincuenta y le doy una sobadita en sus piecitos pa que lo cale, ande nomás le unto tantito. Tiene propiedades humectantes. Verá que le va a dejar su piel que tiene tan blanca, bien sedosa y bien tostada.

—Sí, pero vamos a mi hotel. Allá me hace la demostración.

—Ay seño mire, en la zona hotelera no nos dejan pasar quesque porque molestingamos a los turistas ¿usté cree? pero aquí hay una palapa pa que no se me insole güerita.

Me hace un gesto tierno y sus ojos negros, hermosos, de mirada limpia me atraen tanto que los míos corresponden a su mirada con esos pestañeos que le alborotan las pupilas. Lo de güera ha de haber sido por mis rayitos, porque tengo el cabello de color castaño.

—Ándele pues.

No le costó mucho convencerme, le di los cincuenta pesos y me acosté debajo de la palapa. Por allí no había casi nadie. Empezó con el masaje en los pies y me dejé llevar por el placer que siente cualquier ser viviente cuando le acarician la piel de esa manera.

—Oiga ¡tiene manos de ángel!

—Sí seño, son como las de los merititos ángeles ¿ya ve? yo ya sabía que le iba a gustar, si a quién no, el secreto de estas manos es de mi *chiich*, o se lo digo mejor en castilla, pa que me entienda, *chiich* es abuela en maya, ella me enseñó y a ella la enseñó la suya y así, dende en denantes que vinieran los güeritos, por aquí curamos muchas cosas sobando.

El hombre hablaba hasta por los codos, pero no me importó porque su masaje me tenía embelesada. La humedad de la brisa aumentó con una leve bruma que llegó con toda clase de preguntas. Que si estaba sola, que qué hacía en Playa del Carmen, que si no me daba miedo el mar, etc. Si he de ser honesta, yo también provoqué la conversación.

— Usted, ¿cómo se llama?

—En maya mi nombre es *Yuumil*.

—Me gusta ¿Qué significa?

—En castilla quiere decir dueño.

—Y cuál nombre le gusta para mí en maya.

—*Sáasil*

— ¿Qué quiere decir?

—Luminosa o luz, como su mercé.

Con esos nombres, el masaje, la brisa y el paisaje empecé a imaginar. *Yuumil*, rey de Tulúm me consolaba antes de sacrificarme a los dioses. La pluma de quetzal en su cabeza era la noble insignia de su alcurnia, vestía la túnica atada a la cintura con el cinto ancho, bordado de todos los colores. Llevaba puesto un pectoral y muñequeras de oro. Yo, *Sáasil* era una princesa maya hermosísima en *Xel-Há*. Mi nombre hacía honor a la playa más bella de Tulúm. Aquel día me vistieron las doncellas con una túnica pesada, bordada con tulipanes rosas, naranjas y amarillos. Colgaban de mis orejas y nariz los aretes de filigrana y jade blanco. En el escote lucía trece vueltas con collares de pepitas de oro. Mis brazos y tobillos los cubrieron con brazaletes del mismo

metal y cuentas de jade verde para que con su peso me hundiera asfixiada en el Gran Cenote.

Incómoda por la falta de costumbre a tanto oropel y parafernalia me entró una especie de miedo. El masaje ya iba un poco más arriba, por las pantorrillas, pero qué más daba, si sus manos sólo se deslizaban por los tobillos, subían y se detenían al llegar a las rodillas. En medio de mi fantasía comenzó a acariciarme más arriba, de manera tal en la que el placer experimentado me tenía un tanto rendida a dejarme llevar sin medir las consecuencias. Sus manos calientes rozaban la parte interna de mis muslos, los rodeaban y daban vuelta hacia atrás, tocándome las nalgas hasta que reaccioné a la ensoñación antes de llegar más lejos.

—Oiga, por favor no suba más ¿sí?

—No me lo tome a mal, güerita. Mire usted, aquí para nosotros, eso de tocarnos no es pecado, sino que nos gusta bastante harto. No le va a pasar nada, al contrario, quiero verla disfrutando. Vea que no le hago daño.

—Si no me está lastimando, pero ya me demostró el aceite y ya se lo pagué. Tengo que regresar a mi hotel.

—Sólo nos hacemos ariscos cuando nos maltratan ¿Es usted arisca? Pos uno qué va a saber si la han lastimado.

—Ni soy arisca ni me han hecho daño. Mire ya me tengo que ir. Gracias, estuvo delicioso, —le eché una sonrisa, pero le vi los ojos inquietos. Hizo una mueca de desagrado.

—Pérese, pérese, pus cuál es la priesa. On va ir, si stá de vacaciones. Pa qué la sobo si no sabe sosegarse. Orita mesmo la ablando, póngase flojita—. Sus manos subieron por mis muslos hasta tocar mi sexo empapado.

— ¡Basta ya—! Me levanté de un tirón.

—Ay sí, muy apretadita, pero bien que le gustó y se me relajó, hasta se le abrieron sus piernitas, no se haga la santita.

Salí en carrera.

— ¡Huy, condenada vieja venga pa'cá!

Me alcanzó. Vociferaba majadería y media. Me agarró de los brazos zarandeándome.

— ¡Te lo voy a clavar hasta adentro *choko iit!* Pa que entiendas maya jija de la chingada ¡A ver grita pa que se me pare más!

—No por favor, no, déjeme ir, se lo suplico, —le dije llorando, tirada a la orilla del mar. No podía contra su fuerza. ¡Abuela, abuela, sálvame!

— ¡Dale con todo tu ser en los huevos, Mercedes! —le solté una patada fuertísima en la entrepierna. El hombre se dobló y siguió maldiciéndome, pero ya no me alcanzó. Corrí hasta perder el aliento. Llegué al hotel, subí al cuarto y me metí a la ducha. No medí el tiempo. Me restregué todo el cuerpo. Lo sentía sucio.

Casi nunca he llorado, pero bajo el chorro de agua salen todas, lágrimas viejas y nuevas. De mis papás ni me acuerdo, era muy chica, se fueron al cielo, me dijo la abuela. A mí me dolía su abandono como si se hubieran mudado de ciudad. De mayor supe que murieron en un avionazo. Luego se fue el abuelo, menos mal, la abuela todavía me habla. Pero el único ser vivo que me quiere es Fernando.

El resultado fue patético: Ojos hinchados de tanto llorar y marcas moradas de dedos en los brazos. Veo el reloj. Las cuatro con quince. Pido que me lleven a la habitación una cubeta con hielo y me pongo fomentos para que no se note que lloré. No quiero hablar ni con mi abuela. Ojalá y mi Fer llegue tarde. Cómo es posible que no mida las consecuencias y me deje llevar por cualquier hombre que me piropee.

A través del espejo que está frente al lavamanos veo la puerta de la habitación. En cualquier momento entrará y se dará cuenta de que lloré, aunque la hinchazón de los ojos ha bajado un poco con las compresas heladas pero, ¿y los moretones? no tengo manera de disimular las marcas. Inventaría que me revolcó una ola y el salvavidas me arrastró a la playa. No, eso no se lo creería ni el más ingenuo. Él sabe que nado bastante bien, no tiene un pelo de tonto. Lo imagino circunspecto, con el ceño fruncido y una mano en la barbilla afirmando que esos moretones son los típicos de un jaloneo con otro hombre.

Enciendo el radio, pero la música se evade de mí, se pierde, no la escucho. Mi cabeza vuelve y vuelve sobre lo sucedido. Me seco el cabello y lo dejo suelto. Si usara maquillaje en los brazos taparía un poco las secuelas, pero si no me lo pongo ni en la cara, mucho menos en el cuerpo. Paso un poco de rímel a las pestañas, rubor en las mejillas y tantito brillo sobre los labios. El vestido anaranjado, amplio, de mangas cortas me conforta con su color. Cubro mis brazos con el chal blanco.

El timbre del teléfono me hace pegar un salto. Por la línea escucho la voz tranquila de Fer que pregunta cómo estoy. Se disculpa porque tiene una junta con el contratista de la obra y llegará después de las diez. Le respondo un “no te preocupes,

tómate tu tiempo”. Cuelgo el auricular, suspiro y quiero salir del cuarto porque sus paredes me están ahogando.

Me acomodo en una poltrona frente a la piscina. Observo a mi derecha que unos niños no se están quietos ni un segundo, entran y salen del agua como si sus padres les hubieran dado una taza de azúcar antes de nadar para mantenerlos hiperactivos. A la izquierda flota una mujer mayor con los ojos cerrados y el cuerpo relajado sobre una colchoneta azul. El oleaje que levanta el barullo infantil la mece como en una cuna. Está tan en paz que envidio su facilidad para relajarse. Si yo pudiera dejar de pensar en los líos en que me meto estaría casi como ella, tranquila, con el pensamiento en las tortuguitas que ayer se internaron en el mar. La miro bien y sí, parece que... ¡Es mi abuela dormida en la colchoneta! No, no puede ser, pero me la recuerda. Ella pasaba horas enteras flotando encima de un colchón inflable que cargaba cada vez que íbamos a la playa. A mí me daba miedo verla tan quieta por mucho tiempo, como si de verdad estuviera muerta ¿Y si la que flota en la piscina es ella?

— ¡Mercedes! ¡Acabas de insultarme con esa comparación! ¡Cuándo tuve yo esa celulitis en los muslos y el derrière, a ver, dímelo! Ni siquiera antes de morir perdí la figura ¿Cuántas veces caminé sobre esa banda eléctrica que compramos en *El Palacio de Hierro* para no verme como ésa?

—Sí, es verdad, todas las mañanas después del desayuno te ponías a ver la tele trotando, hasta que un día te fastidiaste la rodilla.

—Pues sí, pero aún con los meniscos rotos no paré de caminar todos los días.

—Ni quién lo dude. Ahí estabas dándole a la caminadora, perfumando la salita de la tele con el ungüento de *Bengué* para la artritis.

—Ya llegarás a vieja Merce, ya llegarás, pero lo que me trajo hasta aquí no es ni la playa ni el mar ni la piscina. Hoy sí, como dice la juventud, la cagaste mi hijita.

—Sí abuela, *Shit happens*.

—Ningún chit japens ni qué chile jalapeño. Fuiste tú la que provocó al vendedor de la playa ¡Por una vez en tu vida, acepta la verdad!

—Es que yo me dejé llevar por...

—Nada, te fascina el cachondeo, cuando te sientes sola andas a tontas y a locas. Cualquier hombre que te haga tantito caso corre peligro contigo mi hijita. Nomás te faltó una pizca y tú lo hubieras violado.

Tiene razón, yo calenté al maya, pero no quiero admitirlo. El masaje no pudo ser mejor, pero cuando me agarró y clavó su mirada en la mía, nada más de acordarme, me dan escalofríos. A pesar de todo, tampoco es para que mi abuela reaccione de esta manera.

— ¿Qué tienes tú que decirme si al abuelo le ocultabas todos tus enredos?

—Lo del poeta fue el único incidente. Pagué la lección con muchas lágrimas y finalmente su abandono. No quiero que pases por lo mismo.

—Sí, cómo no, fue una sola peripecia ¿verdad? Pues fijate que no te creo.

—No me interesa lo que puedas pensar de mí, sólo acepta que lo de hoy no fue un “dejarse llevar”. Pobre hombre, lo incitaste al extremo de volverlo irracional.

—Y qué ¿él no tiene frenos? ¿Es que siempre tenemos que ser las mujeres culpables del desenfreno de ellos?

—“En el arca abierta hasta el más justo peca”.

—Deja de decir refranes que no estoy para eso. Crees que todo lo arreglas con esas frases desgastadas. Dime por qué cuando los hombres andan con varias mujeres lo celebran como símbolo de hombría; en cambio, si nosotras lo hacemos nos tildan de pirujas.

—Tienes razón en una sola cosa, el asunto de la infidelidad no es de uno sino de dos. Pero en realidad el hombre llega hasta donde la mujer lo permite.

— ¿Y por qué no es al revés?

—No lo sé, mi hijita. Es una cuestión que nos viene desde Adán y Eva.

—Pues yo no creo en esos estigmas. Me atraen todos los hombres ¿eso está mal?

—No, pero ¿Por qué te casaste? Si no quieres vivir así háblalo con tu marido.

—Abuela dime cómo enfrento a Fernando.

—Con la verdad.

El agua de la piscina está lisa como un vidrio que deja ver el fondo cubierto con miles de mosaicos azules. Fer estará cenando. No me gusta comer sola, estoy inapetente. En el vestíbulo hay un espejo enorme que amplía el espacio centuplicando tresillos, columnas, lámparas, floreros y tapetes. Me miro en él y observo con detenimiento, de pies a cabeza, las manos marcadas en mis brazos que no son nada, comparadas con la herida que me corroe por dentro. Una cobardía antes jamás sentida me barre con sus varas de escoba hacia la habitación.

Enciende Fernando la luz del cuarto. No me di cuenta a qué hora me quedé dormida. El ventanal tiene abiertas las cortinas y los vidrios hacen de espejos. Como abajo, en el vestíbulo, arriba la habitación se duplica sobre el mar. Me toca caminar sobre el agua con la fe puesta en la verdad. Corro a abrazarlo. Me siento segura, no lo suelto.

— ¿Esas manchas moradas? ¿Quién te las hizo? ¡Dímelo!

Le conté todo. Nunca antes lo había visto tan enfurecido. Me hace una pregunta tras otra y no puedo responderle.

—Quiero salir ahora mismo a buscar a ese malparido para romperle la madre.

—Cálmate por favor. La culpa es mía Fernando.

— ¡No te recrimines de esa manera que me rompes el corazón!

—Entiende que soy yo la que provocó al vendedor en la playa.

Nos sentamos a los pies de la cama. El ventanal del mar refleja la escena donde Fer y yo representamos las miserias humanas de las que pocos se atreven a hablar con la verdad. Me abraza y le salen unas lágrimas como si fuera niño. Se acurruca sobre mi regazo en posición fetal, su ternura me desbarata. No hace ni el menor reclamo, me pide que le repita todo lo que le acabo de decir. Lo hago mientras él se endereza y sigue recargado en mi hombro. Mi chal nos sirve de pañuelo. Quedamos inmóviles, frente al mar que no vemos porque la luz artificial lo impide. Me levanto un segundo y la apago. Se ilumina el océano con la luna. Pasa un rato, le pido perdón. Él cierra los ojos por un momento pero enseguida los abre, me dice:

—Te voy a pedir algo muy importante. Aprende a controlarte.

—Lo prometo.

—No podría soportar esto una segunda vez.

Apagamos la luz y no dormí en toda la noche. Creo que Fer tampoco porque cuando amaneció él se levantó y cerró las cortinas para intentar seguir durmiendo.

Durante el vuelo pasa la sobrecarga con el carrito de bebidas. Titubeo para responder hasta la cuestión más elemental. Me pregunta qué quiero y, como si fuera tonta, abro la boca, la miro, arqueo las cejas y guardo absoluto silencio. Inquieta con otras palabras y le respondo quedito que me dé cualquier cosa. Hace acopio de cortesía con la sonrisa forzada y me dice que entiende cuando alguien no quiere nada, pero aunque tengo sed sólo asiento la cabeza. Se aleja de mí y suenan las campanitas de las botellas que oscilan dentro del carrito por el pasillo. Fernando parece ausente. Va metido en su proyecto. La pantalla de la computadora tiene unas gráficas a colores, jerga de arquitecto que no sé descifrar. Sólo me habla lo imprescindible. Está aislado en su burbuja, junto a mí, como si yo también fuera en la mía. El cielo limpio de Cancún queda detrás. Vamos sobre el ala inmensa, como edredón mullido, de un ganso gigante, cuya extensión se pierde en la puesta del sol.

Los motores cambian de ritmo y sonido. El avión pierde altura y queda por debajo de la capa de plumas que hace un rato veía por encima. Cierro los ojos. Imagino con el sube y baja de las bolsas de aire que tengo una bolita roja, como de pingpong, subiendo y bajando entre el estómago y la garganta. Luego me figuro que voy en un carro tirado por seis caballos a galope sobre un camino empedrado que atraviesa el campo del cielo. Cesa la turbulencia y por la ventanilla aparecen las primeras estrellitas de la tierra que en los suburbios destellan de abajo hacia arriba. Las gotas de lluvia forman líneas plateadas sobre la claraboya. Me visitan por unos segundos y se van para que salude a otras nuevas. Discurro que me tragó un robot con cuerpo de pájaro y ahora vivo en su barriga. Es un ave con ventanitas para que vea la

ciudad, con sus colonias y edificios, avenidas y parques que desde arriba me parecen ajenos, porque no quiero reconocerme como una hormiga más de las tantas que laboran en la jungla de cemento. Cerca del aeropuerto, el vientre del pájaro-robot casi roza las azoteas de las casas aledañas a las pistas de aterrizaje. Tomamos tierra, me sale un suspiro. Todavía no salgo de la cabina y ya me siento en casa.

El asfalto mojado brilla como azabache. Las llantas del coche se deslizan resbaladizas sobre el viaducto. El silencio en el interior del auto contrasta con el sonido de ambulancias, patrullas y conductores energúmenos que se pegan al claxon de sus vehículos. Fer conduce como si fuera solo en el carro. No me atrevo ni a encender el radio ni a preguntarle si quiere oír música. Por fin, pone las noticias de Radio Fórmula. Escucho. Que si por el cierre de Mexicana de Aviación hay una alza en los precios de los boletos de Aeroméxico, que si las sobrecargos desempleadas más atractivas van a sacar un calendario de lo más sexy para el 2011, que si los desempleados de la Compañía de Luz y Fuerza del Centro les van a copiar la idea para seguir con la huelga, etc. Prefiero oír todas estas babosadas a estar un minuto más con Fer en silencio. Decido ver por la ventanilla todos los anuncios luminosos que hay sobre los edificios. “Soy totalmente Palacio”, dice una modelo con ojos de caramelo, “Ixe es lo mismo, pero no es igual” y pienso en Fer. Será como otros hombres, pero es inigualable ¡Ay! ya no encuentro con qué enajenarme, apenas vamos a la altura de Los Pinos y de aquí al Toreo falta cruzar Polanco y Lomas. Fer cambia la estación y está la Lady Gaga con su *Popopopopopo Poker Face*. A ritmo de la reina del *Twitter* por fin pasamos la fuente de Petróleos Mexicanos.

El departamento está húmedo, parece refrigerador. Enciendo un radiador en la recámara y pongo otra cobija sobre la cama. Deshago la maleta mientras Fer revisa la correspondencia. Él rompe el silencio.

— ¿Quieres unos sándwiches de jamón? Yo los preparo.

—Bueno sí, ¿corto un tomate?

—Sí, tú haz eso mientras se tuesta el pan y lavo unas hojas de lechuga.

Cenamos rápido, sin cruzar más palabras que las necesarias.

—Estoy rendido —lo dice mirando al techo, luego entrecierra los ojos y bosteza llevándose una mano a la boca. Aunque anoche no dormimos bien, seguro que no lo está tanto. Ese cansancio en Fer es el típico y perfecto pretexto para evitarme.

En la cama no puedo dormir, pero me quedo inmóvil para que Fer piense que ya lo estoy. Me gustaría pasar desapercibida en estos momentos, porque me encanta llamar la atención, pero después de lo que hice en Playa del Carmen es mejor no mover el agua. Pasa un rato, lo miro dormido. No me atrevo a tocarlo, ni siquiera me siento capaz de hacerle un cariño. Ayer lo dejé hecho añicos. Su fragilidad es como la del cristal.

Cuando no duermo pienso ¿De dónde me viene el afán loco por atraer a los hombres si en Fer tengo todo lo que una mujer podría desear? Si él se lo propusiera, podría ligar bien y bonito. Es un hombre atractivo para muchas otras mujeres. Eso me consta, la secretaria se derrite nomás con verlo y, a la descarada le importa poco que yo esté presente. Hoy mismo, a la salida del aeropuerto, unas tipas con minifaldas y escotes hasta el ombligo no le quitaban el ojo de encima y, eso que no saben que mi

Fer es un arquitecto exitoso, si además se enteraran de que es inteligente y responsable le lloverían como los dulces de una piñata cuando se rompe el cántaro. Y mientras yo ¿Qué me estoy pensando? Acaso soy ¿insustituible? ¡Claro que no! Si sigo así me va a dejar por otra. En tres días regresa a Playa del Carmen para echar a andar la obra ¿Qué tal si por allá conoce a alguien más? A mí me bastaron unas cuantas horas para ligar al primero que pasara pero, el maya me cautivó con la habilidad de sus manos. ¡Ay, qué estupideces estoy diciendo! ¡Caray, si seré ligera de cascos! ¡Cualquiera en dos patas, atractivo o no, me parece todo un seductor! ¡No y mil veces no! Ellos no son los cazadores, soy yo la que los flecho y caen en mis manos como pichones, porque el juego de la atracción suscita en mí la delicia del vértigo. Miro la pantalla del reloj y en vez de dormir he estado dándole vueltas a la cabeza, son las dos de la mañana.

Le preparo un café y Fer sale de madrugada para el aeropuerto. En lugar de regresar a la cama y dormir otro rato me puse a asear y a ordenar el depa. A las diez de la mañana todo estaba albeando. Salgo de la ducha, me observo en el espejo y veo que el cabello ha perdido la forma, requiere con urgencia que lo componga Marinela ¡Con razón me da tanta pereza peinarme, si ya no me lo puedo acomodar! El barniz de las uñas de los pies está descascarado y las manos se ven resacas, con las uñas rotas y disparejas. Me alisto y llego al salón de belleza. En dos horas salgo de allí con peinado nuevo, hace varios años que no lo uso tan corto. El manicure y cuidado de los pies mejoran mi aspecto ¡Qué cambio! Fer me ama de verdad porque aun descuidada,

él, prudente, no me ha dicho nada. Hoy, en el trabajo Pablo, otro diseñador, me sube el ánimo.

— El tapiz que vendimos al despacho de arquitectos es nuestra mejor publicidad. Tenemos cuatro pedidos Mercedes, por cierto qué te hiciste. Estás más linda que nunca.

—No será para tanto, vengo de la peluquería.

— ¿Qué planes tienes?

—Ninguno, Fer está en Playa del Carmen.

— Huy, si te pusiste tan bonita sería un desperdicio que te enclaustraras solita. Te invito al cine, está la película *El cisne negro*, dicen que va a ganar varios óscars.

— Gracias Pablo, pero lo dejamos para otro día ¿sale?

—Okey, estoy puesto para cuando quieras —me halagan sus insinuaciones, pero la neta, no hay química con él.

Regreso a la casa con buen ánimo, pero al poco tiempo empiezo a sentirme angustiada ¿Por qué? si hoy hice todo para estar tranquila. Pienso en ella y atraigo su voz.

—Mi hijita, piensa de manera positiva. Lo bailado ya nadie te lo quita.

—Julio y *Yuumil* son imborrables.

—Obvio, la memoria no se pierde mas que con Alzheimer.

—Me siento sola abuela, muy sola ¡Ayúdame!

—Te sientes un poco incómoda, es normal, pero no es el fin del mundo, menos mal ya te arreglaste un poco. Andabas como esas mujeres jóvenes que por su actitud se avejentan.

— ¡Cómo!

—Sí, como vieja histérica. Ya lo dice el refrán “La mujer compuesta quita al marido de la otra puerta” —huy, no vaya siendo que doy entrada de par en par a Mariate.

—Por más que pienso cómo...

— ¡Pues ya no pienses! actúa. Nada más sé tú misma mi hijita, si el flirteo te sale por los poros de lo lindo ¡Caray úsalo con Fer! Tienes la solución en la punta de la nariz y andas tan atolondrada como yo, cuando me volvía loca buscando mis lentes y los traía puestos.

—Con los lentes fuiste todo un caso ¿Te acuerdas de aquel jueves jugando canasta con tus amigas? Te quedaste viendo fijamente a Rosita y le reclamaste que los anteojos que traía eran tuyos ¡Qué bárbara! Y por más que te decían “Emilia, por Dios ¿Cómo le dices eso a Rosita?” tú insistías mientras ella, con cara de asombro, no decía ni una palabra porque era muy educada.

—Para colmo yo era la mayor de todas. Han de haber pensado que estaba chocheando al ver que llevaba mis lentes bien puestos. Qué carcajadas tan sabrosas nos echamos mientras me disculpaba justificando que los armazones eran casi iguales, pobre Rosita.

—Como nos pasa siempre, ya nos desviamos del tema ¿cierto?

—Sí, pero despejamos las inquietudes y nos reímos un poco. A ver si a ti no te pasa lo mismo que a mí con los anteojos y pierdes al marido dentro de tu misma casa.

—Explícate.

—A Fernando lo tienes enamorado. Concéntra tu energía en él y deja de malgastar tus encantos.

—Qué fácil se oye, pero qué difícil es ponerlo en práctica.

— Deja ya de castigarte. El pasado quedó atrás. Toda experiencia sirve, si lo sabré yo.

—Abuela ¿Te cuento una confidencia?

—De eso pido mi limosna.

— Nadie me ha acariciado tan sabroso como el maya.

— Así nos entendemos, sincera, desahógate conmigo. Si no hay pájaros en el alambre, de nuestras cuitas no se entera nadie.

— Si no estuviera casada, me canso que me lo habría comido.

—Por supuesto mi hijita. Mal hubieras hecho en quedarte con las ganas ¡Al cuerpo lo que pida!

—En eso estaba cuando ¡híjole, me acordé de Fer! Y...ni modo, reaccioné a tiempo.

—Bueno, casi a tiempo. Si no gritas “¡Abuela!” No te habría dicho que le patearas las bolas.

—Huy, habría quedado satisfecha y sin moretones. Ya ves, de lo que pasó con Julio no sabe de la misa ni la media.

—Eso de aquí no sale mi hijita, pero de otra boca quien sabe...

—No me preocupa ni se conocen. Te cuento mejor algo sabroso; mientras *Yuumil* me masajeaba, yo me quería transformar en una fiera.

—Pues deja que se desate la pantera con Fer y te vas a enfrentar a él como si fuera un león que lleva varios días en abstinencia.

—Ahora te toca a ti ¿Qué tantas cosas hacías con el peruano?

—Todo lo que no podía hacer con tu abuelo ¿Me explico?

—No, eso no está claro. Dame pelos y señales.

—Mejor dicho, hija mía, el abuelo fue de esos hombres que piensan en la esposa sólo como un adorno para procrear.

—Llega al punto abuela—. Carraspeó un poco y se aclaró la garganta.

—Pues...así se estilaba en mis tiempos. Uno era el receptáculo para ellos y punto ¿Entiendes?

— Mejor pon punto y coma ¿cómo lo hacías con el abuelo?

—Te lo explico en tres palabras: Con camisón, a oscuras y en silencio.

— ¿Y?

—Nada.

— ¿Nada de nada?

—No se me movía ni un pelo. Alfonso se contagió con las memorias de John Wesley Hardin, “la pistola más rápida del oeste”. Ya te puedes imaginar cómo disparaba.

— ¡En un suspiro!

— ¡Sí! Con tu abuelo aquello lo hacía a sangre fría. Del único tiro acertado nació tu madre —oyendo su historial me fui haciendo chiquita en el sillón.

—Ahora sí que te entiendo abuela, por eso el peruano...

— Sí, Mercedes, sí ¡Ay Antonio, Toñito de mis amores! —creo que es la única ocasión en la que ella ha podido desahogar con soltura su secreto.

—Por él descubrí y experimenté el verdadero placer.

—Te admiro. Si a mí me hubiera pasado lo mismo, las escapadas al salón de belleza hubieran sido diarias.

—Tú no necesitas escaparte. Tu Fernando te adora, no lo descuides. Lo vas a traer loco.

—Ya lo verás, prepárate porque con tanta emoción vas a resucitar y a morir varias veces.

— ¿Me vas a dar ese gusto?

—Ay abuela, dime cuándo no te lo he dado. “Obras son amores”.

—“Y no buenas razones”.

La sobrecama de tonos ocres, naranjas y rojos contrasta con el verde de la palmera y las paredes blancas. Sobre los platos de la vajilla, encima de la cómoda puse varias velas de distintos diámetros. Un pañuelo de seda beige clarea la luz de la lamparita en la mesa de noche. El tapete, a los pies de la cama, le dará la bienvenida. Un lienzo de yute cubre la ventana. La bandeja con uvas, nueces y cuadritos de queso, junto a la botella de vino y dos copas, está al lado de la cama.

Me envuelvo, de las caderas a los tobillos, en cuatro metros de gasa esmeralda. Una cinta de la misma tela cubre mis senos. Los aretes largos de filigrana enmarcan el atuendo. Dejo listo un paño azul para él. Cautivaré a mi sultán.

Entra Fernando, me ve tirada en la cama con actitud de odalisca, brazos arriba, manos detrás de la nuca y una pierna a medio doblar. Arquea las cejas, abre los ojos, deja caer la maleta, se da media vuelta y le da un ataque de risa.

— ¡Perdón, me equivoqué de casa!

— ¡Qué bueno papito! ven acá, te invito a la mía, —. Mientras se lo digo, salto como un gato, me pongo en cuatro manos y con la derecha le hago la seña con el índice para que se me acerque. Me sigue el cuento y se aproxima.

— ¿Quién eres tú? ¿La Mata Hari del edificio? —sigue a carcajada limpia. Yo me aguanto la risa y actúo, le hago unas pestañeadas, llevándome el dedo con el que lo hice venir a la lengua, entreabriendo la boca. A jadeo limpio le digo:

—Me llamo Yazmín y soy tuya, pídemelo lo que quieras —enciendo la música árabe que encontré en Youtube, me levanto y al compás del pandero y la mandolina comienzo a contonear las caderas y a mover con suavidad mis brazos. La sonrisa de mi Fer es amplia, sus dientes lucen blancos como las teclas de un piano de juguete.

—Sigue bailando para mí, bella Yazmín —lo empiezo a desvestir, está fascinado.

—Ahora dime ¿cómo te llamas tú?

—Venancio, nena.

— Mira que eres cejijunto y de barba cerrada ¿Del país o importado?

—Importao directamente de la Madre Patria ¡Joder!

—Pues chico, prepárate para la faena con una morucha del Nuevo Mundo.

—Listo, dime cuando desenvaino la espada.

—Primero da unos pases y muéstrame maestría —le enrolló en las caderas la tela azul. Me da unos capotazos con el pañuelo que quita de la lámpara, mientras le bailo la danza del vientre por todo el cuarto. La faena terminó hasta la madrugada.

Nos encontramos a las tres y media de la tarde en *Garabatos* de Presidente Mazaryk, el café más concurrido de Polanco. Estuve con Laura. Como de costumbre, las mesas estaban casi todas ocupadas. La mixtura de aromas que ronda a los clientes del lugar es adictiva; su cuerpo etéreo destila café, chocolate, azúcar y mantequilla de la repostería recién horneada; el olor circula como una serpiente sigilosa que despide, en cada giro, esencias encantadoras. Su hechizo me produce un letargo placentero en el que gasto las horas conversando.

Me contó que sigue bobeando con Pedro, el amigo de Julio. Por cierto que a él no lo mencionó para nada. Mejor. Más bien la conversación versó en torno a ella y su reciente relación. Está viviendo con el galán, pero sus papás no lo saben todavía. Ellos creen que su niña sigue en el departamento de soltera que le pusieron, no hace mucho, cerca de la universidad. Laura siempre ha sido una chica mimada. La mamá, entrometida, se lo decoró y, la hijita, con tal de que papi la mantenga y mami le preste a Teresa, la muchacha del servicio que le limpia, lava y plancha la ropa, se aguanta y calla, aunque sus gustos sean otros. Yo no soportaría ver a diario esa cortina que la madre colgó en el baño. Tiene dibujos de pescaditos, corales y rayitas azules que semejan olas, para que la nena, cuando se meta a la tina, se sienta como si fuera una sirena en el fondo del mar. La recámara es rosa en toda la extensión de la palabra: Colcha, cortinas, tapete, lamparita, las cosas allí son fresas. No entiendo cómo Pedro puede inspirarse para estar con ella en ese cuarto. Ha de fantasear con la muñequita de Hello Kitty que descansa sobre la almohada de la cama, qué horror, con razón el

novio la convenció para dejar el nidito rosado de carpetas y algodones abullonados, capaces de asfixiar hasta al ciego más enamorado.

Los comentarios de Laura, a veces, son incisivos. No sé por qué se los aguanto. La debería de mandar a volar. Además, a Fer no le simpatiza mucho, pero todavía nos vemos de vez en cuando. Si yo decidiera terminar esta amistad sería por propio convencimiento, pero si Fernando intentara entrometerse, no se lo toleraría. Aunque, a decir verdad, sé que jamás lo haría; es muy listo y me conoce demasiado bien como para cometer un error tan tonto.

Laura me preguntó, con cara de “ya lo sé pero quiero oírlo de tu boca” que cómo se “sentía” la vida estando casada, porque a ella, “eso”, le parecía anticuado. La connotación negativa para referirse al matrimonio me incomodó.

—No es un asunto de sentir, sino de amar —le respondí disimulando la molestia por medio de un gastado cliché, porque tenía que contestarle algo rápido ante esa lanzada, pero luego de un suspiro, entorné las pupilas hacia el techo, pensé por dónde podía continuar la filípica y con actitud de sabelotodo continué:

—Para mí, los papelitos del Juzgado y de la Iglesia son sólo la formalidad que reclama la sociedad. Es difícil romper de un tajo los convencionalismos tradicionales, pero tú ya lo estás haciendo y sabrás si te casas o no, cada quién hace su vida —le dije y al verle el gesto de “ésta no es la contestación que quería de ti”, sentí la satisfacción de revirarle la estocada que me pegó primero. Buscaba una afirmación que no teníamos ninguna de las dos.

—Mis padres no van a aceptar que viva en pareja.

—Y cómo los vas a hacer cambiar de opinión —le dije, a sabiendas de que ante sus padres no se atrevería ni siquiera a mencionar dicho tema, —atrévete y háblales con la verdad.

—No sé, a lo mejor me desconocen y entonces ¿de qué voy a vivir?

¡Obvio! Era la respuesta lógica: mentir y vivir en una farsa eterna. Cómo la van a desconocer, antes muertos que dejar la hipocresía y la apariencia de que en la familia Salazar esas cosas nunca pasan, ni que fueran perfectos. Al contrario, son de tan rancio abolengo que algunos de su casa huelen a azufre. La noté un poco inquieta e intenté salir de esa conversación mientras me llegaban oleadas del aroma fresco a café recién filtrado.

—No exageres, a veces te pones dramática. Para empezar, ya deberías de buscar trabajo y ganar algún dinero para que te cortes el cordón umbilical ¿No crees?

— ¡Claro! Tú ni siquiera acabaste la carrera, pero como tienes talento para el arte de los tapices lo dices fácil, pero yo...— la interrumpí antes de que me restregara el asunto de la orfandad.

—Vivir es un arte, Laura.

Esas palabras sí me sacaron del apuro, aunque en ese instante caí en la cuenta de que estoy a años luz para lograrlo.

—Sí que lo es, pero a mí se me ocurrió estudiar Literatura y no es fácil conseguir empleo.

—Anda, ya te veo buscándolo con ganas de no encontrarlo. No nos hagamos tontas, tú estudiaste un MMC amiga, o sea, “Mientras me caso”. Y a todo esto ¿qué opina Pedro?

—Pues que no nos presionemos; que vivamos en pareja hasta que decidamos si nos conviene o no seguir juntos.

—A nosotros nunca se nos ocurrió vivir en pareja, nos casamos convencidos, sin ninguna presión. Total, en la práctica, la convivencia ha de ser igual con papeles que sin ellos. Tú, mejor que nadie, sabes que no soy ni me siento convencional.

— Ya lo creo, para nada, además Fer, con todo y ser mayor, es bastante liberal, te envidio.

El tono del comentario me destempló. Laura considera que mi marido pertenece otra generación. En ese momento llega una ráfaga con olor a chocolate y la conversación gira hacia otro tema.

— ¿Te acuerdas de Felipe, nuestro compañero del colegio? —Laura lo mencionó y de inmediato mi memoria fotográfica lo recordó de cuerpo entero, en el patio del colegio, con su cabello rubio despeinado. Qué bien le sienta el suéter azul del uniforme con el cuello en V y la camisa blanca que asoma y rodea la nuca más apetecible del Colegio Francés.

— ¡Claro que sí! Tan guapo y loco que era. Me gustaba mucho, pero nunca se fijó en mí. Siempre andaba con las más facilonas del salón ¿Te acuerdas de Marta?

—Ésa se dejaba tocar por todos lados y claro, Felipe andaba obsesionado con ella para que le hiciera no sé qué tantas cosas.

—Nada más que Marta le resultó una caliente-huevos, mejor la mandó a volar para cambiarla por Ester.

—Cierto, Estercita no era tan agraciada, pero ésa sí le entraba a todo.

Con tanto chisme nos reímos. Empezó a oler a pan recién horneado. Seguimos con los recuerdos de los quince años cuando, tanto Laura como yo, estábamos apenas despegando. A esa edad empecé a depilarme el bigote, las cejas, las piernas y las axilas. ¡Cómo dolía aquello de la cera! Después, a los dieciocho, las dos nos dimos vuelo con los galanes y a veces creo que yo, para complicarme la vida, todavía no he calmado la fiebre de adolescente. Percibo el aroma al caramelo del azúcar quemado de un flan mientras Laura me habla de Felipe.

— Volví a verlo justo este fin de semana. Agárrate bien de la silla Mercedes, te vas a caer cuando lo veas, está de no creerse, resulta que Pedro y él son amigos. El lunes compraron unas motocicletas y quedamos de vernos aquí al rato ¿Quieres darte una vuelta con nosotros?

—Con lo que me gusta la sensación de velocidad sí lo haría, pero tengo que ir al trabajo antes de las seis, —lo de la excusa fue para que no se note que muero por pasearme con Felipillo en una moto.

—Ándale Mercedes, acompáñanos, vamos aquí cerca, al depa de Felipe en Santa Fe y en un rato regresamos.

— ¿Vive por allá? Se ve que le va bien porque las rentas en esa zona están carísimas, —ojalá que Laura no me vuelva a tentar, porque soy capaz de todo.

—Te acompaño hasta que lleguen por ti y luego cada quien se va por su lado ¿sale? —qué hipócrita soné, ni yo me lo creo.

—Conste, luego te quejas de que tienes pocos amigos.

—No me quejo, entiéndeme, —más bien le estaba diciendo lo contrario, no cabe duda que es de rudo entendimiento.

—No te digo, desde que te casaste te has convertido en toda una señora, perdiste la espontaneidad.

No le respondí, mejor saboreé el último bocado de pastel de chocolate. Qué casualidad, la última vez que tomamos café llegaron su novio y Julio, ahora lo mismo, van a llegar su galán y Felipe. Laura parece la típica jugadora de canasta que busca a alguien para hacer el cuarto y yo soy su comodín. Si cree que me va a ilusionar está en lo cierto. En eso vemos entrar a los dos papacitos.

Se me sale un “¡Qué bárbaro, pero si está como quiere!” Me sujeto a los brazos de la silla para aplomarme. Con este tipo de hombres uno tiene que actuar displicente. El cabello lo usa un poco largo, tiene ese tono dorado que ha de destellar con el sol, aunque le cubre la nuca me apetece darle una probadita a ese cuello largo, firme, bajo la barbilla partida. Reconozco que sus ojos verdes siguen igual de vivarachos que cuando teníamos quince años. Ahora está más alto, ha de medir como un metro ochenta y siete, lleva una chaqueta negra pegada al cuerpo. No se le ve ni un gramo de grasa, su trasero está paradito, me despierta el deseo de tocárselo. Carga el casco debajo del brazo. Todo mundo en *Garabatos* voltea a ver al mango de hombre que se acerca a nuestra mesa.

— ¿Mercedes? —huy, sigue igual que siempre, se siente el galán más irresistible de México. En lugar de entonar un ¡Mercedes! me interroga como si dudara de que soy la misma de hace algunos años. Tampoco es para tanto ¿Quién se cree? Estará muy guapo, pero es un sangrón.

—Hola, —lo saludo despectiva, —tanto tiempo sin vernos —me responde y lo peor es que sí, no puedo negar que el tipo está para la foto del calendario que regala de Navidad el carnicero a sus clientas asiduas.

—Cierto, me cae que no nos hemos visto desde que íbamos al Francés ¿y qué haciendo? —pesado, ¿qué no ve que estoy platicando y que hay tazas y platos vacíos sobre la mesa?

—Aquí, con Laura, haciendo...nada ¿gustan un café?

—Qué pena, pero tenemos que estar en mi depa en un rato más.

Pues que se vayan, pensé por un momento. Además, Felipe ni siquiera me invitó a dar una vuelta en su moto.

— ¿Nos acompañas? Te invito ¿quieres? —me suelta esto el papucho justo cuando me llevo el último trago de café a los labios y por poco y hago el oso de ponerme a toser salpicando a todos.

— ¡Sí! Vamos ¿Y a qué horas me traes de vuelta?

—Para las nueve o diez ¿Aquí tienes tu coche?

—Lo estacioné a la vuelta.

Una BMW K1600 GTL azul oscura y otra negra están frente a la puerta del café. Felipe saca un casco de la cajuela posterior de su moto y me lo da.

—Pásame tus brazos por la cintura y agárrate que nos vamos.

La velocidad y el sonido del motor acallan otros ruidos. La resistencia del aire contra mi cuerpo me desinhibe. Subimos por Palmas hasta llegar a Reforma y me elevo pegada a la espalda tibia de Felipe en un deseo real de gozarlo. Toma camino por la carretera a Toluca y se desvía hacia Santa Fe. La máquina tiene una estabilidad

asombrosa, da las curvas aferrándose al pavimento mientras yo aprieto más mi cuerpo contra el suyo. Abrazada a él me sobreviene la ignición de todos mis sentidos. La motocicleta se vuelve parte de nosotros. Atraemos las miradas de todos los que circulan a nuestro alrededor. Hacemos una pareja armónica, bella. Un coche negro con defensa de tumba burros nos ha seguido desde *Garabatos*. Ha de ser su escolta. Deduzco que Felipe ha de ser un hombre importante, de empresa. Llegamos a un departamento lujosísimo con una vista panorámica de todo el Valle de México. Hoy no hay esmog y todavía, con la luz del ocaso distingo la silueta de los dos volcanes guardianes de la ciudad, ante millares de casas y edificios. Mi vista distigue hasta los aviones que despegan y aterrizan en el aeropuerto.

— ¿Te gusta Mercedes? —me inquiera Laura y le contesto con otra pregunta que me inquieta más.

— ¿De dónde ha ganado Felipe tanto dinero para tener este depa si cuando estábamos en el colegio teníamos que invitarle las papitas y el refresco? Qué ¿no estaba becado?

—No tengo idea, pero según vemos le está yendo de maravilla.

— ¿Oye Felipe, a qué te dedicas? ¿Te sacaste la lotería?

—Me la saqué conociendo a Manolo. No tarda en llegar.

—Y ¿qué haces?

—Compra venta, importaciones y exportaciones.

— Mira, si te interesa, yo diseño tapices de lana y otras fibras naturales. Tú podrías exportarlos ¿verdad?

Felipe se mofa, no me responde, da media vuelta y llama a Pedro a la cocina. Laura y yo nos quedamos en la sala. Le insisto en que hay algo en ese hermoso lugar que no me cuadra. Aparecen de nuevo los dos galanes con unos güisquis en una charola plateada. Felipe me pasa uno y lo acepto. Me digo: “Uno y punto Mercedes, no vaya a ser que pierdas la vertical”.

—Entonces qué onda contigo Meche, con que estás casada, —me dice Felipe con astucia.

—Fíjate que sí —al tiempo que le contesto pongo la cara picarona y le envío una señal mixta.

—Y qué dirá tu maridito de que andes con nosotros, güey.

—Le va a dar gusto saber que tengo buenos amigos. Otro día salimos con él...güey, —le respondí con la misma palabra y todos comenzamos a reírnos como tontos. La conversación era, casi toda, en doble sentido, usando las cinco o seis consabidas palabras de moda, así se evita llamar a las cosas por su nombre. A mí me dio también por reír y hablar la misma lengua. A veces me perdía, tenía que adivinar por dónde seguía la plática. Me mantuve firme con una sola bebida, pero los demás ya iban en el cuarto o quinto güisqui. Laura y Pedro se abrazaban y besaban, de esa manera en la que a uno se le antoja hacer lo mismo, así que cuando Felipe acercó su cara a la mía no puse ninguna resistencia a sus labios, al contrario, acepté unos cuantos besos en un manoseo bastante sabroso. De pronto, el tango electrónico de *Bajo fondo* se silenció, empecé a semblantear que el ambiente se estaba enturbiando y nadie, mas que yo mostraba prisa por volver a *Garabatos*. Ni pensar en subirme a la moto con Felipe después de haberlo visto beber con esa tenacidad. Me preguntaba

cómo podría regresar hasta Polanco si por Santa Fe no es fácil conseguir un taxi. Le dije que tenía que irme, pero me presionaron a beber otra copa. Tuve que hacerlo para evadir las necesidades típicas de quienes están borrachos, pero fui al baño con el vaso y tiré el whisky en el lavabo. Cuando regresé les dije:

— Son más de las diez y quedamos que a esa hora regresaríamos a *Garabatos*.

No se preocupen por mí, yo voy a pedir un Radio-taxi.

—Qué pedo si yo te voy a llevar en la moto Mercedes, ahorita no me salgas con chingaderas güey.

En eso entró Pedro, venía de la cocina con otra charolita, ahora era cocaína.

—Mira Meche, con un pericazo se nos baja el pedo, —dijo Pedro.

—Discúlpenme, pero yo no le hago a eso.

—Huy qué fresa resultaste ¿No que Meche era muy entrona Laura? Cómo que no, ahora vas a ver lo buena que es esta madre y lo que te hace sentir al bajar por Reforma y Palmas a doscientos kilómetros por hora y con los semáforos en rojo, —dijo Felipe. Todos se rieron y empezaron a meterse el polvo con un billete de cien dólares enrollado como un popote. Noté que la borrachera que tenían se les bajó, pero traían un acelere raro. Pedro, de estar apoltronado en un sillón se levantó y se puso a bailar conmigo sin perder el equilibrio.

—A poco nunca la has probado Meche —me preguntó Laura.

—No, mejor le hablo a un taxi —le respondí así porque la tentación era fuerte.

Después de todo, ahora se veían sobrios y con unas ganas locas de seguir la parranda.

—Por una vez que la pruebes no te va a enviciar. Yo sólo lo hago muy de vez en cuando, —me dijo Pedro.

—Como quieras, yo no te presiono pero ésta es mi primera vez y no quiero que se eche a perder —me pidió Laura.

— ¿Tu primera? Bueno, que sea también la mía, total parece que esto baja el efecto del alcohol.

—Sí Mercedes, nadie te lo va a notar. Esta madre es a todo dar, —me dijo Felipe.

Me pasaron la bandeja de plata con el polvo y el billete ¡Usar uno de a cien dólares! No lo podía creer. Felipe se sentó junto a mí, me abrazó y me indicó cómo absorber aquello por la nariz, pero en el instante en el que agaché la cabeza sobre la charola espejada vi el reflejo de mi cara cruzada con la raya blanca, me dio un escalofrío con picazón en la nariz y...

— ¡Aaachuuuuú! ¡Achú! ¡Achú! —solté el billete con la sacudida y el polvo voló por todos lados. En charola sólo quedaron gotas minúsculas de saliva. Laura me trajo unos clínex para limpiar las lágrimas y los mocos que se me salieron de la nariz con el esfuerzo irremediable para contener el estornudo involuntario.

— ¡Qué desmadre hiciste, acabas de chingarte quinientos dólares de golpe!
Pedro, desesperado, creo que trataba de recoger alguna que otra brizna sin ningún éxito, el polvo voló como talco de bebé y se desapareció. Me entró una prisa tremenda por irme.

— Mil disculpas. Yo los dejo —y al decírselos me levanté y caminé hacia la puerta principal.

—Un momento, de aquí no se va nadie hasta que yo lo diga.

Felipe se puso violento. Salí corriendo del departamento y bajé por el elevador. Al abrirse la puerta, un hombre cuadrado como ropero me dio un empujón y en un minuto ya estaba de vuelta frente a Felipe, Pedro y Laura. Me encerré en el baño y el hombre aquel forzó la cerradura y me aventó sobre el sillón de la sala.

—A ver si te comportas, —me dijo el gañán mascullando esas palabras entre los dientes.

— Déjala Felipe, que se vaya. No tarda en llegar Manolo con los otros amigos. Aquí nos quedamos Pedro y yo contigo, —Laura abogaba por mí pero era inútil.

—Te vas a ir pronto preciosa, pero antes hagamos algo entretenido en mi recámara.

Me sorprendió el cambio en la modulación de su voz. Empezó a acariciarme las mejillas y bajó su mano por el cuello. Noté que tenía un tic nervioso, movía la mandíbula de un lado a otro y se veía grotesco, pero ante el miedo que tenía me fui dejando llevar hacia su cuarto. En el camino quedó mi blusa, el tacto de sus manos me iba venciendo y accedía a que me recorriera todo el cuerpo. Al verme con él ante el espejo que había frente a la cama volví a ver a Fernando que se alejaba desdibujándose y empequeñeciéndome mientras repetía en el oído de Felipe:

—Haré lo que sea con tal de que me dejes ir.

—Está bien Mercedes, tu lo has dicho “lo que sea”, me gusta tu juego ¿sabes? me enloquecen las mujeres bravas y resueltas, que decretan un “no” cuando les da la real gana, pero la última palabra la tengo yo. No te irás hasta que a mí se me dé la puta gana ¿comprendes?

En ese momento reaccioné. A mí nadie me impone nada ¿Qué carajos estoy haciendo?

— ¡No, no, no y mil veces no! —me puse a gritar a todo pulmón mientras forcejeaba con él. Sentía que los minutos se pasaban como si fueran horas hasta que Laura y el guardaespaldas entraron. Ella gritaba:

— ¡Déjenla salir! ¿Qué no ven que se nos va a armar un desmadre?

— ¡Laura sácame de aquí! —le imploré y logré rodarme debajo de la cama mientras ella le rogaba a Felipe que me dejara ir, pero él vociferaba majadería y media, soltaba patadas, arañaba a Pedro y al guardaespaldas. Era una fiera desatada. En eso llegó el tal Manolo y metió a todos al orden. A mí me dijo:

—Vete y no cantes una sola palabra de lo que viste o te atienes a las consecuencias ¡Felipe me tienes hasta la madre no te sabes controlar! ¡Herminio!

—Sí señor, —respondió el hombre ropero.

—Deja a la señorita en su casa.

—Sí patrón.

— ¡No necesito que nadie me lleve a ningún lado! —le grité al tal Manolo y caminé hacia la puerta. Detrás de mí oí a Pedro decir “pinche vieja, que se largue” y Felipe le respondió “sí güey, no mames, qué hueva”. Ya en la calle llamé a un taxi desde mi celular. Me di cuenta de que tenía cuatro mensajes de Fernando. Llegué a mi coche a las doce de la noche y manejé hasta la casa. Al abrir la puerta entré y él salió con una maleta en la mano.

— ¡A dónde vas Fernando!

—Te advertí en Playa del Carmen que no soportaría lo mismo una segunda vez.

—Deja que te explique...

—Ahorra las palabras porque se las lleva el viento.

Me quedé en la puerta rogándole que no saliera. Lo llamé incalculables veces, le escribí textos y más textos hasta que me desmoroné como una obra sin cimientos.

Hecha polvo, el viento me lleva al cementerio. Las primeras gotas de lluvia emiten percusiones huecas al rebotar sobre mi cuerpo. Soy sombra sin sombra en el entorno deslavado de los monumentos, en su mayoría olvidados por los deudos de los muertos. Soy un remedo de vida inerte. Soy la figura de lodo que avanza lento por la calzada vacía del cuartel K. Sólo me ven los difuntos. Se asoman por las rendijas de sus sepulcros. El esqueleto harapiento de una niña pequeña, de cabello revuelto, polvoso y medio trenzado se acerca, tiende su mano, la entrelaza con la mía y me transmite el frío ingrato de sus huesos.

— ¡Quién eres! —pregunto en voz alta porque para espantajos estrafalarios, con mi abuela tengo bastante.

—Soy Sofía —el sonido de su nombre es claro, como el de una niña viva.

— No te conozco ¿Por qué me das la mano?

—Quiero jugar contigo ¿no te das cuenta de que podemos divertirnos?

— No tengo tiempo.

— ¿Qué es el tiempo?

—Algo que medimos en años, meses, días, horas.

—Aquí no medimos nada ¿A quién visitas?

—A mi abuela.

— ¿Por qué te ves tan triste? Deberías ir contenta a verla. No te entiendo o qué, ¿ya te olvidaron los vivos como a mí? —qué le respondo. Es complicado. Ni yo misma comprendo lo que estoy pasando.

— No es fácil que te lo explique. Otro día te visitaré, —pensé que con esto me dejaría tranquila.

— Podríamos brincar de tumba en tumba para que te contentes ¿Ves aquella figura?

— ¿El ángel de mármol?

— Sí, me cuida cuando descanso, después de corretear a las ratas que merodean por aquí para roernos los huesos. Te encargo, cuando vuelvas, unos retazos de res para que nos dejen en paz ¡Adiós!

Se suelta de mi mano. Su forma se desdibuja tras la cortina densa de lluvia. Increíble que los roedores cometan semejante atropello con los que descansan en el cementerio. Sofía y sus juegos panteoneros me inquietan y a la vez, me obligan a dejar de pensar en mí. Corro hasta la cripta para prevenir a mi abuela acerca del peligro voraz de las ratas. Saco la llave del bolsillo de mi gabardina. Abro, entro y cierro la puerta de inmediato para evitar que la lluvia moje el interior y algún roedor destructor se cuele y me hingue los dientes o se cebe con los restos de doña Emilia. Mis dientes castañetean. La falta de sueño y el frío, aunados a la lluvia y a la aparición de Sofía me provocan una crisis nerviosa.

—Qué tanto ruido haces, Mercedes.

—Me entró una tembladera imparable abuela — le respondí y al quitarme la gabardina me di cuenta lo poco que sirvió. Estoy empapada hasta los huesos.

—Quita el tapete, abre la parrilla y baja conmigo. Aquí junto a mí estarás mejor mi hijita.

Cómo se me va a quitar el frío entre cuatro paredes de granito y bajo tierra. La piedra parece nieve de *cookies and cream*. Me enrolló en el tapete junto a su lápida. No encuentro una razón lógica, pero mi cuerpo se va entibiando y la celeridad de mi pulso se apacigua. Le cuento el encuentro reciente con Sofía y mi abuela revive en su tumba con unas risotadas fuertísimas. Mientras se carcajea, pienso que ya me considera una chiflada. Su voz comienza a modularse como cuando por las mañanas, después de carraspear un rato se le iba aclarando hasta hacerse nítida.

—Esa niña es la más traviesa del cementerio ¡Cómo le crees! A ver ¿por dónde se podrían colar aquí las ratas? A veces, sus calaveradas, asustan hasta a los que vivimos muertos mi hijita, no le hagas caso.

— ¿Estás diciendo que sí, que me topé con un fantasma y además me tomó el pelo?

—El pelo y la mano, hija mía. Sofía se siente sola y, a veces, cuando está aburrida le sale el espíritu chocarrero y le da por espantar a los incautos que concurren a nuestra querida necrópolis.

—Ahorita no me digas eso porque apenas me estoy tranquilizando, tengo que regresar por el mismo camino hasta el coche y no quiero toparme con ella.

—Pierde cuidado, Sofía sólo hace chiquilladas.

—Pues entonces adviértele que no estoy para esos sustos, porque me quita las pocas ganas de venir a visitarte.

—No te preocupes, se lo diré, pero ¿a qué debo tu presencia en tan tormentoso día? Podrías pasar por aquí cuando el clima lo permita, aunque en eso nos parecemos ¡Sólo a nosotros se nos ocurre salir entre rayos y centellas!

—Tú lo has dicho, vine porque se produjeron descargas eléctricas desde anoche entre Fer y yo.

—Sí Mercedes ¿y?

—Y vine a buscar consuelo.

—Este problema sólo lo pueden arreglar entre ustedes.

— ¡Cómo! si él no quiere hablar.

—El cómo, cuándo y dónde no lo sé. Nadie, ni los muertos podemos controlar el libre albedrío de los demás. Sin embargo, podrías dejar de pensar tanto en ti para hacerlo en él, llamarlo y acercarlo por telepatía, es decir por coincidencia de pensamientos.

—No vine a pedirte ni sermones ni consejos.

—Entonces ¿qué quieres de mí?

—Un refugio, busco tu cariño ¿Qué no ves que se largó y estoy sola?

—Mi amor hacia ti es eterno mi hijita. Él se cansó de tus disparates ¿Qué tanto lo quieres? Si sales a tontas y a locas detrás de un truhán a pasear en moto.

—No pensé que fuera un sinvergüenza, aunque hace años que no lo veía sí lo conozco del colegio.

—Tampoco pensaste en que con Laura, tu “amiga” y lo digo entre comillas, siempre terminas metida en líos ¿verdad?

—Tampoco, si lo hubiera...

—El hubiera no existe ¡Ay, si la vida fuera como una película que podríamos cortar y recomenzarla a nuestro antojo! Pero...

— Pero nada ¡La culpa es tuya! Me convertiste en el centro de tu vida y yo me acostumbré a serlo.

—Sí, tienes razón. Te consentí demasiado.

—Amores que matan abuela, como los dulces de lagrimitas que guardabas en el ropero, azucarados por fuera y ácidos por dentro. Así me criaste o qué ¿No te diste cuenta? Vas a decirme que fue ¿sin querer? Todos disfrazamos nuestras faltas o crees que no me doy cuenta de que tienes todavía sentimientos de culpa por lo que le hiciste a mi abuelo. Qué ¿te daba lástima porque quedé huérfana?

—Si lo que acabas de decir te sirve de consuelo, desahógalo aquí. No me ofendes cuando hablas con la verdad, pero lo que importa es tu vida, no la mía que ya pasó.

—Perdón abuela. Qué sé yo de las penas que viviste. De ti sólo tengo buenos recuerdos.

—Por esos buenos recuerdos reflexiona un poquito y verás que todo tiene arreglo menos la muerte —guardó silencio y me pidió con cariño que la dejara descansar en paz.

Abro la puerta. Afuera, la niebla con lluvia entorpece mi sentido de la orientación. Sólo me guío porque sé que el camino es recto, pero entre la tormenta y la confusión que traigo no encuentro la calzada por la que debo dar vuelta para llegar al portón principal. Me resguardo de la lluvia en el quicio de un mausoleo enorme, de esos que no están muy lejos de la entrada al panteón. Me quedo quieta, recargada sobre la puerta de fierro encristalada, sin voltear a husmear en el interior de esa cripta. Apenas alcanzo a ver el monumento, estilo art decó de cantera rosa que está enfrente. Entre

los vapores salen y se esconden las esculturas que guardan los flancos de la puerta. Apenas leo la placa de mármol negro con el nombre de la familia a la que pertenece, creo que dice De la Vega.

Pasa el tiempo, ése que para Sofía no existe, pero mi reloj sí lo mide. Llevo más de media hora resguardada en este sitio y el aguacero no amaina, la lluvia cae con la misma fuerza o más que cuando salí de la cripta de mi abuela.

No es que tenga miedo a las ratas, sino a la soledad que cala mis huesos. Y no es el frío de la lluvia, sino la indiferencia de Fernando la que me carcome hasta la médula. No es mi abuela quien tiene la respuesta, sino yo quien debe buscarla.

La intensidad de la lluvia ha disminuido, pero la niebla me obstruye la vista. El cementerio se desdibuja a través del vapor que emerge del suelo. La calzada K se asemeja a la cuenca de un río revuelto. Estoy a la deriva entre el sonido del aguacero y los truenos. No soy tan inocente como la imagen que quisiera proyectar ¡Tonta! Qué ingenuidad la mía. Fernando ha de saberlo todo, hasta lo que pasó con Julio. Se dio cuenta de que construimos nuestro amor sobre una mina de arena. Pienso en él y, aunque me indigna la idea disparatada de la telepatía, aquí estoy, llamándolo con todo mi empeño, intentando transmitirle lo que lo quiero. Con los ojos bien abiertos veo venir una silueta que se acerca ¡Fernando!

El hombre levanta la cabeza, me mira extrañado, pasa a mi lado y se pierde como un punto ciego en la perspectiva de la calzada.

Vita

Lucía Sánchez Llorente nació en la Ciudad de México, pero ha vivido casi toda su vida en la frontera entre Ciudad Juárez y El Paso. De la Universidad de Texas en El Paso se graduó en Español e Historia (otoño, 2001) y tuvo el honor de haber sido Mariscal en la ceremonia de graduación. Obtuvo la Maestría en Literatura Hispanoamericana (otoño, 2004) con la tesis *El pensamiento finisecular de Leopoldo Alas "Clarín" en cuatro cuentos*. En el 2004 recibió el Certificado UTEP como traductora. Ahora se gradúa de la Maestría Bilingüe de Bellas Artes en Creación Literaria (primavera, 2011).

Desde el año 2003, ha trabajado en UTEP como instructora en varias clases de Lengua española, Composición avanzada y cursos bilingües para University College. Tradujo al español, para el Museo de Historia de El Paso, todas las descripciones de su exhibición permanente. En EPCC impartió por un tiempo clases de lengua española y, en Paul Foster Texas Tech Medical School, cada verano, a través del Departamento de Lenguas y Lingüística de UTEP, ha dictado cursos de inmersión en la cultura y lengua españolas.

La Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, con motivo del Centenario de la Revolución incluyó en una antología su ensayo: "*Cartucho* de Nelly Campobello: Fuente para abordar la historia de la Revolución Mexicana desde la ficción". Asimismo, ha publicado para UTEP poemas en dos números de la revista *Rio Grande Review*. Ha sido miembro del club de Creación Literaria (CRW). Durante los tres últimos años de estudio redactó tres manuscritos: un poemario, *Polifonías ante el espejo*; y dos novelas, *Caminos opuestos*; y *Al cuerpo lo que pida*, contenida en esta tesis.

El próximo verano y durante el otoño del 2011 continuará impartiendo cursos de Composición avanzada, Traducción médica y Lengua española para el Departamento de Lenguas y Lingüística en UTEP; y el curso de inmersión en la cultura y lengua española en Texas Tech Medical School.

Dirección permanente: 6180 Los Felinos Cir. El Paso, TX. 79912

Esta tesis fue mecanografiada por Lucía Sánchez Llorente.